

REVISTA DEL

Instituto «Alfonso VIII»

AÑO VL

Número 84 - 85

150 ANIVERSARIO DEL INSTITUTO DE CUENCA

PERFIL

Publicación del I.B. ALFONSO VIII Nº. 84 - 85 Año 45

En este número han colaborado:

Enrique Buendía Jesús Bustos Luis Calvo Jesús Cañas Miriam Caro Francisco J. Carrascosa Pedro C. Cerrillo José L. Coll Mª, Eugenia Cruz Carlos Flores Pedro García Alegría Marta González Santiago Grisolía Jesús de las Heras Víctor J. Herrero Angel Jarque Diego J. Jiménez Jaime Jiménez José L. Jover Antonio Lázaro Fernando López Alvarez José L. Lucas Aledón José C. Luján C. Luján Berenguel M. Estela Manzanares José M. Martínez Cenzano Isabel Martinez Florencio Martínez Ruiz José Ignacio Monserrat Francisco Mora Natalia Moreno Mª. Carmen Mota José Luis Muñoz Clotilde Navarro Miguel A. Ortega Manuel Osuna Francisco J. Page Virtudes Pardo Javier Pelayo Raúl del Pozo Luis Recuenco Miguel Romero Amparo Ruiz J. Rubén Sánchez Luis Tarín Pilar Tolosa Raul Torres Vicente Tusón

Edita: I.B. "Alfonso VIII". CUENCA

Imprime: Gráficas Cuenca, S.A. Hnos. Valdés, 22. 16002 Cuenca Telf. 21 14 39, Fax 21 43 65

D.L. CU - 133 - 1994

EDITORIAL

(A MODO DE DEDICATORIA)

M anda la costumbre que toda publicación periódica vaya precedida de su correspondiente editorial donde los responsables de la misma expresen su opinión sobre lo divino y lo humano. Sin embargo, hay ocasiones -y esta es una- en que no aparece claro el por qué de semejante precepto.

Hace ciento cincuenta años comenzó a funcionar el Instituto de Cuenca. Después pasó a llamarse Alfonso VIII y luego se reprodujo en el Lorenzo Hervás y Panduro, en el Fernando Zóbel y, recientemente, en el Santiago Grisolía. Desde hace ciento cincuenta años hasta hoy la educación y la cultura de Cuenca han pasado por estas aulas que hoy, afortunadamente, se han multiplicado como reflejo de una cada vez mayor preocupación por la enseñanza.

No caben por tanto editoriales, sólo la constancia de unos hechos, una cierta concesión a la nostalgia y, sobre todo, el deseo de que de estos muros sigan saliendo gentes capaces de trabajar, de respetar, de tolerar, de amar... Personas como las que firman los artículos incluídos en este PERFIL, que desde los más diversos lugares, en las más variadas profesiones, desde el prestigio y la fama o desde el anonimato han querido aportar su grano de arena a esta ceremonia del recuerdo y el reencuentro en la palabra.

No caben por tanto editoriales, sólo nuestra dedicatoria y nuestro homenaje para quienes desde hace ciento cincuenta años han formado y se han formado en el respeto, en el trabajo, en la tolerancia y en el amor.

SUMARIO

- Estudios: historia, literatura, etc.: el Instituto en la historia	
— Antiguos profesores y alumnos: las "historias" del instituto	
— Alumnos: la historia interminable	. 37

ste número de PERFIL, commemorativo del 150 Aniversario del Instituto de Cuenca, ha sido realizado por el Seminario de Lengua y Literatura Española del I.B. Alfonso VIII, integrado por Pilar Mampaso, Pilar Montalbo, Mari Luz Muñoz y Angel L. Mota. El diseño y la maquetación son de Antonio Herrera y la coordinación ha corrido a cargo de Angel Luis Mota.

Las ideas y opiniones expresadas en los diversos artículos son de exclusiva responsabilidad de cada uno de los autores firmantes a los que, como es lógico, se ha invitado a expresarse con absoluta libertad; ni que decir tiene, que quienes han intervenido en la elaboración de este número, no tenemos por qué sentimos identificados con las citadas ideas y opiniones, pero tampoco tenemos intención en oficiar de censores.

LA HISTORIA DEL INSTITUTO

Ciento cincuenta años dejan includible huella, y el Instituto tiene su historia, una historia que es paralela a la de la ciudad de Cuenca con la que se identifica, se mezcla

y se confunde. En este primer apartado hemos querido contar los cómos, cuándos y dóndes, lo que de otra forma entendemos por LA HISTORIA DEL INSTITUTO.

ORIGEN, NACIMIENTO Y PRIMEROS PASOS **DEL INSTITUTO** DE CUENCA

L1 primer Instituto de Cuenca, el que hoy lleva el nombre del rey Alfonso VIII, cumple 150 años. Su apertura, el 1 de diciembre de 1844, significa la llegada a nuestra provincia de la enseñanza secundaria, el nivel más polémico y conflictivo de la estructura educativa española, el último en ser definido y el que todavía hoy sigue suscitando mayores controversias, a medida que las reformas se van sucediendo, una tras otra.

En este trabajo vamos a trazar unas líneas, forzosamente esquemáticas, sobre el origen y primeros años de vida del Instituto, pero para comprender su ubicación en el panorama educativo nos parece conveniente establecer unas líneas históricas sobre las circunstancias que condicionaron el establecimiento de la segunda enseñanza en Espa-

Dudas y controversias de los planes de

El siglo XIX resulta fundamental en el ámbito de la Educación, puesto que es el tiempo en que se van a ir definiendo los principios básicos que permitirán, lentamente, pero de manera firme, aclarar una serie de ideas confusas y concretar fórmulas de actuación, hasta entonces, es decir, a lo largo de toda la historia anterior, la enseñanza. a todos los niveles, había estado entregada a la voluntariedad de los distintos estamentos sociales. La universidad nació en plena Edad Media, por impulso de la Iglesia y con el favor de la Corona. Más tarde se desarrollaron distintos sistemas de escuela primaria, pero siempre por iniciativas aisladas y locales, sin que el Estado se planteara el establecimiento de un sistema educativo general. Sólo a comienzos del siglo XIX empiezan a concebir los Ayuntamientos una cierta preocupación por organizar colegios de primeras letras, propósito que empezará a contar con la colaboración de las Diputaciones a mediados del siglo. Quedó pendiente, para

el final, lo que de forma genérica conocemos como enseñanza secundaria.

El Reglamento General de Instrucción Pública de 1821 y el Plan Calomarde de 1824 son las primeras manifestaciones legisladoras en que se refleja la existencia de una inicial preocupación política y administrativa en materia educativa. Ninguno de ellos pudo entrar en vigor, a causa de la oposición del rey Fernando VII.

La muerte del monarca tuvo como consecuencia la llegada al poder como reina regente de su viuda, María Cristina de Hagsburgo, quien abre de manera definitlya las puertas del país a las fuerzas democráticas, agrupadas en dos grandes ideologías, progresistas y moderados. Fruto de la nueva situación es el Plan General de Instrucción Pública, de corte moderado, que entró en vigor el 4 de agosto de 1836, con la firma del Duque de Rivas como ministro de la Gobernación, que tuvo muy corta vida en ese momento, pero que posteriormente será recogido en su práctica integridad para conformar la famosa Ley Moyano. En él aparece explícito por primera vez el concepto de "enseñanza secundaria", que se define en el artículo 25 diciendo que "comprende aquellos estudios a que no alcanza la primaria superior, pero que son necesarios para completar la educación general de las clases acomodadas y seguir con fruto las facultades mayores y escuelas especiales".

Este Plan, como decimos, tuvo cortísima vida, puesto que fue víctima de los inmediatos y sucesivos cambios de gobierno. No tuvo mejor suerte el Plan Someruelos, de 1838, que tras un largo proceso de gestión, no pudo superar el trámite parlamentario, siendo derrotado en el Senado. Lo mismo ocurría con el siguiente, el Plan Infante, preparado durante la regencia de Espartero y que justamente llegó a las Cortes cuando se producía la revuelta generalizada que daba término a la regencia, al gobierno y, naturalmente, al Plan de enseñanza.

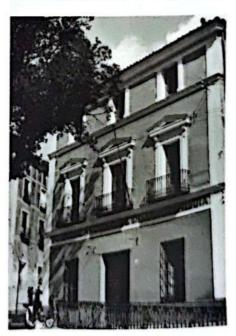
El restablecimiento del sistema parlamentario tras la caída de Espartero en 1843 retomó de inmediato el ya viejo problema de la regulación de un sistema educativo y que se centraba de forma muy especial en el nivel secundario. El nuevo ministro de la Gobernación, Pedro José Pidal, decidió afrontar la situación contando para ello con la inestimable colaboración del Jefe de la Sección de Instrucción Pública, Antonio Gil de Zarate. Experimentado el ministro en las dificultades de sacar adelante el proyecto

por la vía parlamentaria, lo sometió directamente a la firma de la reina regente, y así el 17 de septiembre de 1845 nacía el Plan General de Estudios, conocido popularmente como el Plan Pidal. En él se regula, al fin, la segunda enseñanza, que se define como continuación de la instrucción primaria (artículo 2), pero que se considera como propia especialmente de las clases medias. En cuanto a su organización, establece la necesidad de que se organice un Instituto en cada capital de provincia, sostenido económicamente con fondos provinciales, esto es, a través de las respectivas Diputaciones. Estos centros dependerán académicamente de la universidad y, en concreto, de las facultades de Filosofía y en cuanto al plan de estudios, se incluye una lista de asignaturas propias de las humanidades clásicas junto a otras de tipo científico y técnico.

De esta forma, al amparo del Plan Pidal, empiezan a desarrollarse oficialmente los Institutos a partir de 1845, aunque algunos de ellos fueron creados por decisión del gobierno antes de esa fecha. La definitiva consagración de la segunda enseñanza se producirá en 1857, con la famosa ley Moyano, promulgada por el ministro, Claudio Moyano y que estuvo en vigor nada menos que hasta 1945.

Nace el Instituto de Cuenca

El Instituto de Segunda Enseñanza de Cuenca fue creado oficialmente por una Real Orden de 5 de octubre de 1844. En el vo-



lumen Noticias Conquenses, de José Torres Mena (1878), en el Boletín Oficial de Instrucción Pública, en el Boletín Oficial de la Provincia y, sobre todo, en las Memorias del propio Instituto, encontramos las fuentes documentales precisas para rehacer la historia de aquellos momentos iniciales. Sus primeros directores, don Olallo Díaz y don Francisco de Lacueva, hicieron todo lo posible por dotar al nuevo centro de los más elementales medios de investigación y trabajo, aunque el éxito no debió acompañarles, seguramente porque las circunstancias no eran todavía muy favorables a este tipo de iniciativas, a pesar de lo cuál consiguieron establecer un Colegio de Internos. Los objetivos de estos pioneros, según podemos deducir del análisis del tercer director, Bernardo Gómez de Segura, eran ya muy avanzados, aunque tuvieron que conformarse con lograr unos medios modestos: "las más importantes máquinas de física, algunos tipos correspondientes al reino animal, un herbario con una 1.500 especies, una pequeña colección de minerología, mapas, esferas para el estudio de la geografía y alguno que otro instrumento de matemáticas".

El Instituto quedó instalado, desde su momento fundacional, en el edificio que entonces y hoy conocemos con el nombre de La Merced, situado en la plaza del mismo nombre y junto al Seminario. Las condiciones objetivas del local no debían ser muy adecuadas, sobre todo teniendo en cuenta la finalidad a que estaba dedicado y de ello se lamenta Gómez de Segura, por lo que, entre unas causas y otras "hicieron que el Instituto tuviese en su primera época una existencia precaria, débil y enfermiza, y en tal situación era de temer que la muerte entrase por sus puertas", como efectivamente sucedió el 4 de septiembre de 1850, fecha del Real Decreto que dictaminó la clausura y cierre del centro, "causándose un mal incalculable al país y muy especialmente a la Capital". Los celos del Obispado, al perder el monopolio educativo que hasta ese momento tenía el Seminario (Torres Mena lo explica con claridad en las páginas 496 y 497 de sus «Noticias Conquenses») tuvieron mucho que ver con esta decisión, cuyos efectos negativos se hicieron notar inmediatamente, puesto que pronto las familias comprobaron el coste económico de enviar a sus hijos a estudiar a otros institutos alejados de Cuenca, por lo que, olvidando las circunstancias que pueden explicar la incomprensión social y eclesiástica hacia el Instituto, autoridades y personas influyentes de la ciudad elevaron al Gobierno una razonada petición que alcanzó un inmediato resultado: por Real Orden de 5 de agosto de 1851, quedó restablecido el Instituto de Cuenca, ahora ya de una manera definitiva.

El encargo de la reapertura fue encomendado a don Bernardo Gómez de Segura, quien en su relato no ahorra lamentos sobre las penosas condiciones en que se llevó a cabo la reanudación de las actividades académicas, porque "en vísperas de la apertura del curso, no solo me hallaba sin cátedras donde dar la enseñanza, sino que ni se me facilitaban recursos para ejecutar algunas obras absolutamente indispensables", si bien disculpa a las autoridades 'porque ante la precipitada decisión de reanudar las clases, no habían tenido tiempo de elaborar los correspondientes presupuestos.

La estructura didáctica era muy distinta en aquellos tiempos a la que conocemos hoy, comenzando por la distinción que ahora se hace entre cursos. Entonces primaban las asignaturas, distribuídas aleatoriamente sin necesidad de respetar un plan ni un programa.

Los alumnos del Instituto tenían que estudiar -y aprobar-, a lo largo de su estancia en el centro, las siguientes asignaturas: Gramática Castellana y Latina (1º y 2º año); Gramática Griega y traducción latina; Traducción griega y análisis castellano y latino; Elementos de Retórica y Poética, Elementos de Geografía. Elementos de Historia, Aritmética y Algebra, Geometría y Trigonometría, Elementos de Física y Química, Nociones de Historia Natural; Psicología, Lógica y Etica; Lengua Francesa (1º y 2º); Doctrina Cristiana, Religión y Moral.

En el Curso 1858-59 se añadieron las cátedras de Dibujo y de Ejercicios prácticos de primera enseñanza, destinada esta última,



sobre todo, a mejorar el nivel de los alumnos procedentes de escuelas de la provincia, que llegaban al Instituto con una preparación deficiente.

También en estos años primeros comenzaron las adquisiciones de material de Física, Química, Historia Natural, Geografía, Historia y Matemáticas, así como las iniciales dotaciones para la Biblioteca que, por falta de espacio material, no pudo recibir todavía los más de 5.000 volúmenes procedentes de las comunidades religiosas extinguidas y que de acuerdo con la ley deberían incorporarse a la Librería del Instituto, estando por entonces depositados en el gobierno civil.

El Instituto, aunque sujeto a la disciplina organizativa del Estado, tenía que ser sostenido económicamente por la provincia, a través de los presupuestos fijados cada año por la Diputación, si bien podía recibir donaciones particulares y, de hecho, al de Cuenca, en distintas ocasiones, se le adjudicaron 42 fanegas de trigo anuales procedentes de la fundación del Aula de Villarejo de

Fuentes y 1.117 reales de la que Villanueva de la Jara creó el prócer Alfonso Clemente de Aróstegui, además de 14 acciones de 5.000 reales cada una, correspondientes a las minas de carbón piedra de Henarejos, que fueron regaladas por Sociedad Carbonífera de Cuenca a los diputados a Cortes y éstos a su vez la cedieron al Instituto, con todo lo cuál la situación económica del centro era bastante desahogada.

La búsqueda de un edificio propio

Sin embargo, desde el momento inicial todos los problemas domésticos del Instituto estuvieron condicionados a otro mucho más importante: conseguir un edificio propio, puesto que el de La Merced estaba muy lejos de ofrecer las condiciones mínimas necesarias para un centro de tales características. Aunque el tema es muy largo de desarrollar, resumiremos diciendo que, tras ímprobas gestiones (en cuya satisfactoria resolución desempeña un papel de especial importancia don Fermín Caballero), se consiguió en 1856 la adjudicación al centro del edificio conocido como Parador de las Escuelas, junto al puente si bien la revolución de julio de ese año interrumpió el normal desarrollo de la vida nacional, incluído este trámite

Laboriosa fue la gestión de quienes intervinieron posteriormente, hasta conseguir la construcción de un nuevo edificio en el solar resultante de la demolición del Parador de las Escuelas. Así se pudo llegar el 16 septiembre de 1861, fecha señalada para la apertura del nuevo curso, y en la que se hizo coincidir la inauguración del edificio, ya acondicionado. Por eso, el director Gómez de Segura, situado ya en su nuevo y flamante despacho, trazaba un cuadro optimista de la situación: Tenemos "un local donde hospedar dignamente a las ciencias, a las letras y aún a las bellas artes; disponemos asímismo de un menaje decoroso de que carecíamos; los medios materiales de Instrucción, que no eran ya escasos, se han aumentado y se aumentarán todavía más dentro de este mismo año económico. Los Maestros enseñan; los discípulos aprenden; la disciplina, merced a prudentes castigos y saludables consejos, se conserva inalterable; y como estímulo a la aplicación, el talento y buena conducta, se conceden premios".

A ello podemos añadir, por nuestra parte, la constante preocupación de los responsables del Instituto por dotar al centro de los más avanzados medios técnicos existentes en cada momento. Sorprende leer en la Memoria del curso 1860/1861 el inventario de material incorporado donde aparecen relacionados de manera exhaustiva desde las "figuras geométricas formadas con tablitas de peral, alambres y sedas propias para las demostraciones de los teoremas correspondientes a la teoría de las líneas y planos en el espacio" hasta los sofisticados aparatos que constituían el gabinete de Física y el laboratorio de Química, muchos de los cuales han sobrevivido hasta hoy y forman el núcleo central del magnífico Museo Científico que enorgullece al Instituto. Este material se fue enriqueciendo paulatinamente y así, un curso después del señalado para el inventario, se incorporó una colección de pesas y medidas del sistema métrico decimal y otra colección de maderas de la provincia que existía sin ninguna aplicación práctica en las oficinas del gobierno civil.

> CLOTILDE NAVARRO/ JOSE LUIS MUÑOZ

SALUDO A "PERFIL" QUE ESTAS EN LOS CIELOS

noy nos encontramos con una Cuenca envanecida que presume de museos y auditorio, salas de arte y publicaciones diarias. Pero es claro que no siempre fue así. La dura postguerra mantenia sus señas de identidad negativas y ni siguiera había disuelto su oscuro ceño social. Los estudiantes, apretábamos contra viento y marca los dientes y los codos en los pupitres para sublimar tales carencias. Y la -afición a la lectura- en mi caso tan irreprimible como transgresorapaliaba otras inquietudes. Alumno del Seminario de San Julián en las largas horas de estudio y silencio hojeaba todo lo que caía en mis manos. Libros y revistas que llegaban, como polizones en los sacos de la ropa, y que suponían un auténtico festín: boletines de la Bonanova de Barcelona, de Areneros de Madrid o de San José de Valencia... Y. por supuesto, el PERFIL, del Instituto Alfonso VIII, leído y sorbido como una fruta

La celebración del ciento cincuenta aniversario de la fundación del magnífico centro -hay una historia puntual que así lo avala- no deja de concernirme, aunque nunca trasteé por sus aulas, lo que de ningún modo anula mi impresión de haber sido influido por su estilo y sus enseñanzas. "Perfil", de cualquier manera, según una suerte de extensión educativa arribaba, más o menos subrepticiamente, a los aledaños de Mangana y, pese a que en San Julián poblábamos de las paredes algunos periódicos murales-"Proel" v "Forja" creo recordar que se llamaban- y hasta una revista impresa "La voz", más o menos en trances catequéticos, el órgano juvenil y estudiantil del "Alfonso VIII" arrasaba.

Lo siento por alguno de mis rectores de la época -don Eusebio Alonso, del equipo de los leoneses- tan preocupado por "dar sensación de" y hacer primar sobre todas las cosas "la dignidad del centro". Sin duda la gran imagen del Alfonso VIII le había hecho sentirse "picado", acaso porque el Instituto fue declarado "Instituto modelo" en tiempos del ministro Ibáñez Martín y la fama de la calidad de sus enseñanzas eran comentario habitual. Sobre todo, desde que había trocado el viejo caserón del puente de la Trinidad, por el nuevo edificio blanco y rosa del costado de los Moralejos. Y podía exhibir una nómina de grandes directores como Viqueira Barreiro, Cardenal Iracheta, Joaquín Rojas, etc...

La verdad que el Alfonso VIII, había sabido hacerse insustituible en la vida docente y cultural de la ciudad -no podía decirse de los Seminarios estuviesen mano sobre mano como demostrarían el grupo "Gárgola", el "Taller" teatral de los Paules- y su "espíritu" de centro exquisito y su moderno tono social, suponían un revulsivo en la vida más o menos provinciana. En estos días en que he podido hojear las páginas de "Perfil" con algún

detalle, más que encontrarme con una cróni. ca de la vida estudiantil, me topé con auténticas y personales vivencias. Por ejemplo. aquella que tengo como algo mítico en mis recuerdos y es la conferencia del catedrático don Bermudo Meléndez sobre antropología. llegado de Madrid para hablar en el salón de actos con la suerte de que, por tratarse de quien se trataba, habíamos sido invitados.

En esos ochenta números de la revista publicados, periódica o intermitentemente a lo largo de cuarenta años, asoman las inquietudes de los estudiantes, y sus tribulaciones -juegos escolares, excursiones fin de curso, las "listas negras", etc., pero sobre todo el brillo de sus actos culturales, que venían a ser para Cuenca, una baza de imposible sustitución. De golpe, reconocemos en estas páginas, todo lo que la memoria retenía desde años y años, los grandes conferenciantes desde Juan Zaragueta al doctor Bustinza, desde el novelista Steinbeck a Gerardo Diego, entre músicos, científicos, escritores, poetas o recitadores. Con una libérrima elección de temas, de Picasso a Marcel Proust, de la matemática cuántica al calado antropológico del mioceno...

Cualquiera pensará que era una simple operación de imagen, acaso para paliar la "Herreriana sobriedad" del nuevo edificio, para "epatar" y deslumbrar a los padres de familia. Por el contrario -y el testimonio escrito de "Perfil" bien lo determina- se trataba de una actividad "ad intra" para regalo y aprovechamiento del alumnado. Un breve paseo por sus páginas nos sobresalta. Y aunque "Perfil" puede desglosarse en varias etapas, en la revista campean siempre sin posible desfiguración sus señas de identidad. Lo mismo en una primera andadura, todavía con algún dirigismo evidente por la presión de la autarquía, que con la llegada de Juan Martino, perdería esas aristas al lograr que los alumnos ya participasen de forma más espontánea. Yo chequeo una ápoca fulgurante de "Perfil", a cargo de Vicente Tusón y Pilar Tolosa, abriendo la revista a los movimientos culturales "nouvelle vague", el existencialismo, el teatro norteamericano, la narrativa de Proust, etc. -y proyectando la creatividad de los alumnos. Yo creo en esos momentos surge "in nuce" lo que hoy es una realidad cuajada: la última generación de políticos, poetas y periodistas conquenses, de artistas y pintores. Una última promoción con nombres como Simeón Sáiz o Vitejo, Horacio Antón o Lucas Aledón, Pedro C. Cerrillo o Angel Luis Mota, Antonio Lázaro, Gandía Buleo, José Mª. Lillo, Lucio Gómez, J. Jiménez, Gómez Brihuega, Martínez Cenzano, Amalia Miranzo, etc.

Precisamente cuando la revista encaraba su apuesta de futuro, formulada en una progresiva dirección -acababan de incorporarse a los puestos directivos antiguos alumnos del centro como Jaime Jiménez, J.M. Martínez Cenzano y Angel Luis Mota. La falta de financiacion dió al traste con "Perfil", que sin darse por vencidos Tuñón y Angel Luis



Mota aparecía alguna que otra vez, con motivo de uno de sus exigidos homenajes a don Luis Brull y Zóbel. Es cierto que vino a coincidir con una cierta crisis de valores, traída por el mayo francés del 68 y un cierto pasotismo juvenil. Acaso no hay mal que por bien no se trocara ya que, el "impasse" permitió el trasvase en cuadros docentes, desde las aulas y las cátedras del Instituto a los foros de la política.

En cualquier caso, la importancia de "Perfil" gana con el tiempo y al proyectarse como testigo de la vida de varios lustros conquenses que, gracias a su testimonio, desahucian el olvido. Encontramos en sus páginas las huellas de nuestra cultura, los homenajes a Federico Muelas y a Diego Jesús Jiménez, con motivos de sus grandes éxitos poéticos, la vocación teatral muñida por Pilar Tolosa y Vidal Acebrón de sus alumnos metiendo en la sensibilidad provinciana obras de teatro como "El eco de cristal" o el "Diario de Ana Frank", "Los árboles mueres de pié" o "El rey se muere", etc. Y una ráfaga en cada momento, en cada etapa de modernidad y de libertad.

Quizá es difícil entender que actualmente la revista "Perfil" que, en una época restrictiva, cumplió un inestimable papel de aprovisionar de bastimentos profesionales y culturales a Cuenca (que no se le ofrecían desde otras instancias y si se ofrecían no pasaban de ser mercancías más o menos averiadas) tenga dificultades para reanudar su andadura. Dicho se está que era una publicación "avant la lettre" y que, por lo mismo, sirvió y todavía sirve para mantener el pulso académico, pero también el tono civil de una ciudad sin arritmias y en franca tensión vital. Como la Cuenca de ahora mismo.

FLORENCIO MARTINEZ RUIZ

150 AÑOS DE ARTE EN CUENCA

Orígenes

El que Cuenca sea hoy considerada "ciudad de artistas" creemos que responde a la confluencia de varios hechos, siendo el primero, al menos en el tiempo, el que hacia la mitad del siglo XIX, se crearan en España los Institutos de Bachillerato y comenzaran a enseñar en los mismos profesores formados en las Escuelas de Bellas Artes.

Algunos de estos enseñantes, académicos, cultivan el género histórico que el gobierno y los organismos provinciales y locales estimulan con encargos y premios. Como símbolo de una cultura, la pintura de tema histórico, representa un album de singular belleza iconográfica, no siendo los temas ajenos a un afán moralizante o de añoranza de pasados esplendores patrios.

Recuerdense "-La capitulación de Bailén" de Casado del Alisal, "El 3 de mayo de 1809" de Palmoroli, o "El testamento de Isabel la Católica" de Rosales Joven. Pintores historicistas que trabajan en Cuenca son Benito López Chust y V. Merino.

Otra corriente que va desarrollando una pintura de paisaje y que abiertamente busca el contacto con la naturaleza, y cuyo representante a nivel nacional es Carlos de Haes, esta representada en Cuenca por las obras de E. Cerrillo.

Por otro lado, Rosales y Fortuny habían creado una pintura de género jugosa y colorista, de la que el costumbrista Virgilio Vera es un servidor en Cuenca, donde daría clases desde 1936-1939, tras haber pasado por el Instituto de Valdepeñas, hoy, las obras de estos profesores constituyen el patrimonio más antiguo de la Diputación y el Ayuntamiento conquenses.

Maestros que visitaron Cuenca

Del primero que tenemos constancia, es de Aureliano de Beruete (1845-1912), hombre de alta posición, director del Museo del Prado, pintó paisajes bellísimos de los alrededores de Madrid, Toledo, Avila o Cuenca; sabemos que Santiago Rusiñol (1864-1931) y Juan Gris (1887-1927) estuvieron en Cuenca y que la plasticidad de la ciudad los inclinó a plasmarla en grabados y dibujos. También vivió unos años en Cuenca el cubano Wifredo Lam, en torno a los primeros años 20, sus obras se encuentran en el Ayuntamiento y en varias colecciones particulares. Anglid Albit "(or tob umina)

La Escuela de Artes y Oficios (1927-1939) March (action) with all mate

El segundo hecho clave en la historia de las Artes Plásticas en Cuenca, fue sin duda la apertura de la escuela de Artes y Oficios, iniciativa de la Diputación provincial; hombres relacionados con ella son Luis Marco Pérez, Fausto Culebras y Leonardo Martínez Bueno y discípulos, Antonio Abad, Amador Motos, Pedro Mercedes, etc.

Este grupo, no se acabò con el cierre del Centro al finalizar la Guerra Civil, por el contrario fue el gérmen de un más amplio movimiento cultural, en el que junto a las Artes Plásticas, floreció el periodismo de la mano de César González Ruano, o la poesía, de la de Federico Muelas y que llenó de actividad a la Cuenca de los siguientes 25 años.

De 1949 a 1963

Una vez que a nivel nacional se renunció al mito de la autarquia y se inició la recuperación económica (1941-1950), el Ayuntamiento y la Diputación conquenses apoyaron decididamente las artes plásticas, creando premios y otorgando becas. De la mano de César González Ruano y Federico Muelas, vinieron a Cuenca, donde residieron temporalmente, pintores como A. Delgado, Martínez Novillo, Redondela y Somoza, Componentes de lo que después se llamó "Escuela de Madrid". Otras figuras como el salvadoreño Pedro de Matheu, el griego Dimitri Perykydys o el catalán Serra Alevi, también pasan por la ciudad en estos años.

En estos años destacan algunas figuras en Cuenca como segundo Manzané, el acuarelista Brieva, y Gustavo Torner, este último por su posterior trayectoria.

Cuando en 1958 la economía nacional es encauzada por el Plan de Estabilización y el primer Plan de Desarrollo, el arte y sus ejecutores llevaban un año abriéndose a los tiempos modernos, baste citar a los grupos "Parpallo" "El Paso" y "Equipo 57" . En este período apunta en Cuenca una nueva generación a la que pueden adscribirse Muro, Sahuquillo, Pacheco, Zapata, Víctor de la Vega y Oscar Pinar, entre otros, cada uno de los cuales ha seguido caminos artísticos diferentes.

1963 - 1965

Otra etapa significativa parte de 1963, año en que se crean los museos de Cuenca y el de Arte Abstracto Español, que si bien hasta 1966 no abre sus puertas, será el máximo detonante. No podemos olvidar que en 1965 se inauguró la Casa de Cultura y que en su biblioteca y en la del Museo de Arte Abstracto se ampliaron los horizontes de no pocos de los actuales artistas conquenses, también supuso un atractivo para que vinieran a Cuenca profesores de dibujo o para que artistas se instalaran entre nosotros, muchas son las figuras que destacan desde ese momento, de las que señalaríamos por su continuidad en la investigación plástica a escultores como Redondo Badía. Juan Cañas, Jesús Molina y Francisco Ortega y pintores como Mosset, Adrián Moya, Antonio Fraile, Florencio Garrido, Angel Cruz, Yturralde, Alberto Romero, J.L. Valenciano, Carmen Alvarez, Bonifacio, Saura, Guerrero, Millares, Zóbel, Gerardo Rueda y un largo etc... así mismo descuellan acuarelistas como Cabañas y Damián de Dios.

A partir de 1985

Dos hechos destacaríamos como impulsores de las Artes Plásticas en Cuenca en los años más recientes: la creación de la Facultad de Bellas Artes en el Campus de la Universidad de Castilla-La Mancha de nuestra capital y la política de exposiciones promovidas desde la Consejería de Educación y Cultura desde 1992 la que promueve la Diputación Provincial en Carmelitas y últimamente la Galería Pilares.

En estos años, se van consolidando muchas de las figuras a que hemos hecho referencia nominal, y otras se van abriendo camino: Pagola, Oscar Laguna, Lillo, Vicente Marín, Javier Barrios, Emilio Morales, Jesús Mateo y otros muchos que sería prolijo enumerar aquí.

MANUEL OSUNA

EL TEATRO EN EL ALFONSO VIII

n aquellos tiempos no existían las máquinas de fotos ¿O sí existían?. En todo caso los institutos, seguramente, no contaban con un buen equipo para perpetuar por los siglos de los siglos los acontecimientos culturales. Puede uno imaginar el protocolo que había que seguir para dejar esas fotos magníficas de un viejo claustro, ordenado como Dios manda, el señor director en el centro, los doctores, los catedráticos sentados o de pie, siempre de oscuro. Enfrente y tras concienzuda colocación de los llamados a perdurar, el fotógrafo. Con su máquina de cuatro pies, articulados, su cámara oscura, su paño negro, su perilla para disparar el objetivo y su dedo índice izquierdo bien puesto hacia arriba llamando la atención de los protagonistas que, amén de dirigir la mirada al susodicho dedo, debían permanecer absolutamente quietos, a ser posible sin respirar, para no "desenfocar" la imagen tan pacientemente preparada.

De haber existido, cuando menos, una cámara como la que lleva hoy de excursión cualquier parvulito, el Instituto "Alfonso VIII", de 150 años de edad, tendría un tesoro de imágenes archivadas en las que estarían reflejadas las representaciones teatrales escolares, si las hubo, de siglo y medio ¿Pudo ser ésto posible? ¿Con cuántas actrices contaría un instituto de provincias de finales de siglo?

En todo caso nuestra memoria sobre las representaciones teatrales del centro sólo puede referirse a cuanto se ha hecho a partir de la inauguración del nuevo edificio (;hoy ya tan viejo!)

Fue, sin duda, el espíritu emprendedor y contagiosamente activo de D. Joaquín Rojas, que movilizaba a los componentes de los Claustros quien sugirió a D. Enrique Fernández Cuervo, la creación de un grupo artístico. Bajo su dirección en los años cincuenta se pusieron en escena: "El médico a palos", de Moliere.; "La fierecilla domada", de W. Shakespeare; "Puebla de las mujeres", de los hermanos Quintero. Gran parte de los componentes que integraban los repartos de aquellas obras estuvieron en la celebración del 150 aniversario: Lola Lillo, Ester Olmedilla, Luisi Carlavilla, Mª. Sol López, Piedad Palacios, Maruchi Vázquez, Jesús Moya.... En 1951, y dirigido por D. Diego Torrente, en aquel entonces capellán del Centro se representó una adaptación de "Doña Clarines", de los Hnos. Quintero. Daría cualquier cosa por conseguir aquel "arreglo" en el que, por la magia de los "pintoresco", se convirtió a todos los personajes masculinos en mujeres. Aquel fue mi bautizo teatral como bachiller porque yo era D*. Clarines.

Se habla del veneno del teatro y, en aquella ocasión, la dosis debió ser grande pues me duró hasta muchos años después cuando, ya profesora, organicé junto con



un grupo entusiasta de alumnos y la eficacísima ayuda de Dª. Camila Valdés, una serie de representaciones que duraron desde el 57 hasta el 64 en que temporalmente abandoné el "Alfonso VIII" por motivos laborales.

En aquel 1957, la inolvidable y querida D. Mercedes Serrano puso en escena "El cartero del rey" de R. Tagore. ¿Quiénes eran los actores?. En el programa figuran nombres como: Miguel Zapata, Julián Cerdán, Emilio Cotillas, Juan M. Quintero, Pedro Gujarro, José Cerrada, Antonio Escutia, José Fco. García Montero... ¿Nos son hoy desconocidos?

También por entonces y bajo la dirección de D*. Isabel M. Núñez, profesora de Griego, se estrenó "Antígona".

En 1958 traduje una obrita de Henni Gheon titulada "Epiphanie", con la versión a "El viaje de los tres reyes". En la representación intervinieron: Regalado Almenara, Pedro Ramos, Juan J. Manzano, Inmaculada Gallargo, Sinesio Barquín, Erena López y Jaime Rodea. El montaje estuvo a cargo de D' Camila Vales, el vestuario era de "Peris Hermanos", la luminotécnia de Luis Algara y la máquina teatral de Edmundo Fernández Serna.

Los cito a todos porque es de rigor. Por lo que se refiere a los actores fueron la semilla de algo que resultaría, en su conjunto espléndido. Fuera de la propia representación me es imposible no citar a Edmundo, inolvidable, ayudando siempre, a nuestro lado siempre ¡qué emocionado recuerdo ahora que va no está!.

Tras el "poemilla" de la "Epiphanie" se representó "Ha sonado la muerte" de A. Sastre. El programa introducía la obra con estas frases: "Condenados a explicar el misterio de su vida los hombres han inventado el Teatro " (Jouvet) y "Porque ¿qué es vivir sino intentar explicarse la vida? (A. Sastre). La obra tenía escasa duración pero constituyó un buen aprendizaje porque necesitaba determinados efectos que estuvieron a punto de volvernos locos.

Y, como los aplausos nos gustaron y el citado veneno había comenzado a hacer su efecto aquel mismo curso se puso en escena "La torre sobre el gallinero" de Vittorio Calvino que había obtenido el Premio Internacional de Teatro de S. Remo y que. para ser sincera, motivó en algunos espectadores un cierto escándalo.

Fue durante el Curso 1959-60 cuando representamos: "La barca sin pescador", de A. Casona; "El diario de Ana Frank", según la adaptación de Goodrich y Hackeh que había sido Premio Putlizer en 1956 y "Nuestra Ciudad" de T. Wilder.

¿Cómo pasar sin ningún comentario sobre estas obras? ¿Cómo no recordar la interpretación de Marga Benítez en la Frida de "la barca", la de Maribel López, en Estela, en el de abuela que hacía Mariluz Muñóz, el Ricardo de Juan J. Manzano? ¿y cómo pasar de largo aquella Ana Frank con que nos conmovió Maribel López? Fuimos a ver la representación que hacían en Madrid, Luis Prendes y Berta Riaza. Fue nuestra escuela. Copiamos hasta los gestos de actores tan geniales. El resultado fue un éxito y el recuerdo de aquella obra es entrañable.

Ya lanzados, a finales de curso, en mayo de 1960 estrenamos "Nuestra Ciudad". en la que Mariluz Muñoz, que era la protagonista, emocionó a todos los espectadores como nos emocionaba a diario a nosotros en cada ensayo. Y aquí aparece un nombre que no puede faltar si de teatro en el "Alfonso VIII" hablamos. Lo he dejado para este momento porque, en este momento apareció no como el director que había sido casi desde el nacimiento del grupo de teatro, sino como actor. Actor-Director puesto que desde la escena, actuando, dirigía la obra. Hablo -bien claro está- de Vidal Acebrón. En aquella obra Vidal hacía presente un mundo que no existía. En el escenario, por todo decorado dos tarimas y una escalera de pintor que iba a sugerir el segundo piso de la casa de los "Gibbs...". No aparecía tampoco Lucero, el caballo del lechero, ni las gallinas a las que yo daba de comer, ni las puertas, ni las ventanas, ni los campanarios. Sólo existía una gran tensión que se extremaba al final cuando Emilia (Mariluz Muñoz) que acababa de morir decide regresar a la tierra y "revivir" un momento en el que fue feliz...

En los programas de "Nuestra Ciudad"

el decorado es de Enrique G. Esteve, D'. Camila, nuestra compañera querida, ya no estaba en el Alfonso. Tampoco estaba ya D. Joaquín. Entonces representamos "El león dormido" de G. Greene, una obra muy densa en cuyo reparto faltaba ya también un nombre clave: Juan J. Manzano, nuestro actor. Y nuestro amigo.

En el curso de 1962-63 se hicieron tres representaciones más: "Los intereses creados", de J. Benavente con un Crispin insuperable (Sinesio Barquín) ;qué tentación de poner el reparto entero! ¡qué tentación!. Más tarde "los árboles mueren de pie" de Casona (inolvidable la pareja Barquín-Maribel. Inolvidable Mariluz Muñoz como la abuela a la que se quiere engañar). Con "Los árboles mueren de pie" hicimos nuestros pinitos viajeros, llevándola al Colegio Mayor "Ntra. Sra. de la Almudena" de Madrid. El curso acabó con "Esta noche es la



víspera" de Ruiz Iriarte, con la que entrábamos -igual que en otras ocasiones- en competición con diferentes grupos. El éxito fue total y acaparamos casi todos los premios.

No habían pasado muchas horas cuando fuimos a comprar el nuevo texto, queríamos presentarnos a un certamen que patrocinaba el Ayuntamiento. Se representó en la antigua Iglesia de San Miguel. Su título "Yo estuve aquí una vez" del grupo de obras temporales de Priestley. Era el mes de agosto; estábamos de vacaciones y contábamos con una colaboración excepcional: la de Gustavo Torner que montó un decora-

Después de ésto, cuanto sé, es el título de obras que se hicieron. En el 1964 "El zoo de cristal", de Tennessee Williams que dirigió el entonces catedrático D. José Mondéjar y protagonizó excelentemente M*. Sol Arahuetes.

En 1968 se pusieron en escena tres obras: "Los dos hasta el infinito" (de S.

Guadalajara y R. López Isern); "Otra vez el diablo" de Casona, que dirigió D. Javier de la Huerga y "El Misántropo" que montaron Charo Sánchez y Rosa Aguilar en el que actuaba como Cuemón, el misántropo D. Luis Esteban Cava que pertenece al Claustro de nuestro actual instituto.

El Instituto conserva pocos documentos que nos permitan seguir el rastro de orras posibles representaciones. Tal vez las hubo, Faltan los programas, faltan documentos gráficos (fotografías, comentarios de prensa).

Ultimamente, a comienzos de los noventa, el profesor de Lengua D. Fernando Abascal Hevó a las tablas de nuestro exíguo y querido escenario las obras "El retablo de las maravilla", de Cervantes, en realidad dirigido por Maribel de la Osa y "La biblioreca fantástica", creación del propio profesor Fernando Abascal.

Ojalá esta reseña sucinta, a pesar de tan larga por dejar tantísimos recuerdos, tantísimas vivencias sin exponer, sirva para que, las nuevas generaciones que nos estén leyendo recobren el entusiasmo que movilizó a sus compañeros y vuelvan a llenar el Salón de Actos, de belleza, de interés y de cultura.

PILAR TOLOSA

EL ALFONSO EN DANZA

El equipo de redacción de nuestra revista me ha pedido, una colaboración que yo quiero convertir en entrevista a dos profesoras de las que en el día de la celebración del 150 aniversario muchísimas personas (entre ellas, mi madre) me hablaron con mucho calor, entusiasmo y cariño. Me refiero a doña Emiliana Villar Martínez y a doña Teresa Díaz de Miguel (de la que me enorgullezco de ser alumno de EGB), que fueron profesora de Educación Física y Directora de la escuela Hogar, respectivamente, en aquellos años de los que tanto hemos oido hablar.

-¿Cuándo llegaron ustedes al Alfonso VIII?

Tere: Empecé en el Instituto Alfonso VIII en el curso 51-52 como directora de la Escuela Hogar, aunque fue en el año 1957 cuando se crearon las nueve dependencias de las mismas, con muchas más aulas y material, y en este centro estuvimos hasta que se creó el Instituto Hervás y Panduro exclusivamente para las chicas, y entonces nos trashadamos alli.

Emi: Yo comencé en el año 55 como profesora de Educación Física y Directora de la Escuela de Danza, pero con anterioridad ya habia trabajado de forma esporádica en algún Festival.. A don Joaquín Rojas le gustó mucho y fue a rafz de ésto cuando decidió crear la Escuela de Danza para las niñas que estudiaban en el Instituto.

- He oído que el equipo del Alfonso VIII consiguió en aquella época algunos premios a nivel nacional ¿Cuándo fue eso y en qué deporte?

Emi: Fuimos campeonas provinciales de balonmano durante muchos años: a nivel regional, en cuatro ocasiones y por último nos quedamos subcampeonas de España, después de haber eliminado a los mejores

También quiero destacar que en gimnasia rítmica fuimos seleccionadas entre los ocho mejores equipos de España, quedándonos clasificadas para el campeonato nacional.

En aquella época, apenas contábamos con material y había que improvisar muchas cosas pero siempre contábamos con el apoyo del claustro de profesores?

- Hay alguna alumna suya que se haya dedicado a este arte y haya conseguido relevancia en él?

Emi: He tenido alumnas muy buenas en s con minuterals La cappieness la Escuela de Danza; las que destacaban más, se examinaron en el Conservatorio de ris y pae neserve, de la negaleia Madrid, y de esta forma consiguieron el título; Marisa Jiménez, Marisa Lacort, Estrella, Ana María Buendía, Loli Muñoz y alguna otra que en este momento no recuerdo.

Más tarde tuve a otra alumna, Mª. Eugenia Segarra que actualmente está trabajando como ayudante de coreografía del prestigioso bailarín Víctor Ullate

También me comentó doña Pilar Tolosa que cuando ella llegó como profesora al Alfonso VIII se encontró con un grupo de alumnos que ya representaban pequeñas obras de teatro, como autos sacramentales, etc... y que fue el caldo de cultivo sobre el que ella trabajó y desarrolló su grupo de teatro.



- ¿Quién lo dirigía?.

Tere: Efectivamente, cuando llegué aquí, terminaba de hacer un curso nacional de Sección Femenina y vine llena de ilusiones por hacer muchas cosas y así empezamos el primer año poniendo en escena el "Hidalgo del Valle". A partir de entonces todos los años representábamos una o dos obras de teatro de autores clásicos. Bien es verdad que aunque yo lo dirigía, tenía un

equipo completo de compañeros que me ayudaron muchísimo y que sin ellos hubiera sido imposible haberlo realizado: Doña Carmen Lucas me ayudaba con el coro. Emi con la coreografía, el profesor de Química nos preparaba los efectos especiales en el escenario, doña Camila colaboraba con el vestuario y quiero citar de manera muy especial y entrañable a Edmundo y Pepe que se encargaban del decorado y nos ayudaban muchísimo, no solamente con su trabajo, sino también con su ingenio.

Después de haber visto un montón de fotografías de aquella época y de pasar un rato estupendo oyendo sus anécdotas me despido de estas dos profesoras que todavía tienen muchísima ilusión y una gran satisfacción del deber cumplido.

RICARDO NAVARRO SUAY COU D





LAS "HISTORIAS" DEL INSTITUTO

En el fondo, la historia con mayúscula no es sino la suma de cientos, de miles de historias con minúscula. Lo que algunos han llamado intrahistoria y que nosotros, sin ningún tipo de pretensiones, hemos querido llamar LAS HISTORIAS DEL INSTITUTO. Aquí hay bastantes de ellas por antiguos profesores y alumnos que dejaron jirones de sus vidas entre estas viejas aulas y que desde la nostalgia y el recuerdo rememoran haciendo presente el pasado: "cualquiera tiempo pasado fue mejor...?".

UNA VOZ, TAN SOLO, QUE REGRESA

El tiempo arropa cualquier intimidad. En la lejanía de lo que fue y ya no es perecen los recuerdos, balbuceos que agrandaron nuestra vida, los pies aún caminan por el mismo barbecho y el vuelo fue un milagro que la niñez compuso.

¿Qué nos queda hoy de aquel enjambre en el que la ilusión reinaba, primeriza, como día sin estrenar, cuando incluso nuestros hijos regresan a la conquista de las mismas raíces y sea otro el viento que presuma y otro el cristal donde se miren?

El corazón quedó aquí, anclado en este bosque de pizarras sedientas. De vez en vez el suelo airea aquel clamor juvenil arañando las paredes de cualquier aula que la memoria sublima.

Aquí fue la razón un lujo apenas dibujado, fue el orgullo de crecer sin más a la sombra de aquel sueño, la vocación que nos pudo sonreir con más o menos fuerza, lo que yo ahora escribo regresando a aquel pupitre que a nuestra voz guiaba, que compuso la vida, siempre dispuesta a disfrazar de amor cualquier esfuerzo que el magisterio engendra cada vez que la vocación anuda el trabajo y la ilusión.

Aquí están aún los maestros que tuve, regresando siempre a la llamada del tiempo, de los años que hemos ido almacenando, los maestros que fueron y que son, los que yo hoy convoco al conjuro de esta voz que moldearon, de esta voz que quiere ser susurro contenido casi con la timidez de los primeros pasos.

Hemos regresado al pálpito de la juventud sin las ataduras de la hoguera que fue y aún presume de ser calor y luz y faro que nos guía.

Bajo este rumor que los años convocan, aquí estaremos todos, la palabra que entonces se sembró y ya es cosecha, las dudas que fueron y ya no son, la terquedad del recuerdo perenne que no quiso sucumbir en el combate; vuelve la vida a donde la vida compuso aquel poema y esta pudiera ser su

Volver siquiera con la intención de la pluma

que oculta su pudor,

sonreir

y luego ver

si la sonrisa se fue

o queda aquí

acompañando las primeras lágrimas que vuelan

de tus ojos a la luz y de las hoces al cielo.

Acompañar tu sobresalto con el firme dolor de una fe

urgente

y humillada.

Todo pudiera ser un complot del universo sazonando los días que nos queden por vivir.

Regresar a la ilusión

que siempre quiso saber de aquel primer latido,

huir

del adios perdido

tras la esquina de la mano que escondió su calor,

de los sueños olvidados, del amor que subastó su nombre.

¿Quién habló de la vida sin comprender la muerte, quién puso su pudor en cuarentena ante la tragedia que no supo acompañar. quién bendijo

la voz de los demás porque la suya no aprendió a maldecir a tiempo? Hoy es firme

la pasión que domina la vida, el compromiso del hombre herido por el tiempo, es acaso luz

y humillación, camino

y ceguera rapsoda que recorre las huellas de un destino que nadie se atreve a dibujar. El hombre es su propia virtud y su propio vicio, la palabra inacabada en la garganta de Dios.

JOSÉ MARÍA ABELLÁN LÓPEZ

CACOFONÍA PARA **UN SUSPIRO**

AÑO 1961 Las 7,30 a.m. En mi casa. Antes de ir al Instituto.

Prólogo

(Todavía adormiscado, mientras termino de preparar la cartera con los libros)

... voy a darme algo más de prisa, porque puede que llegue tarde; ... aunque bien pensado, quizá sea esa la solución; no he estudiado como debía y como me saquen...; ... usaré los minutos de cortesía de los profesores y veré lo que pasa, y en todo caso, volveré a pedir la "venida del Espíritu Santo". Esto no puede repetirse, porque me van a pillar.....

Las 8 am Puerta de Entrada al Alfonso VIII. Momentos antes de que suene el timbre de entrada

Ambientación

(Con compañeros de curso. Hace frío y damos pequeños saltitos mientras hablamos y resoplamos)

... aquí estoy ya; aprovechando estos últimos momentos con la pandilla;... por nuestro lado pasa una verdadera riada de embozados que atraviesa el "portón de entrada" llevando extraños recipientes;... todo me parece muy familiar, a pesar de que tan temprano no llego a tener las ideas claras;... todo me parece irreal, a la vez que familiar.

Del Baño me saca de este ensimismamiento.

- No lo tengo claro-, dice, -lo mismo hacemos el ridículo-.

- Por intentarlo que no quede; no leemos mal y puede servirnos para mejorar en "Lite";... y me he enterado que va a ser con chicas, mixto- le contesto. -¿Tú qué dices Paco?.

("palabreo de ocasión", saltos, gran agitación, temblores, suspiros y más y más).

- ¡Pues que sí hombre, que sí!-; -¡eso está hecho!-, contesta de inmediato.

- ¿Entráis o no?-, dice la voz del Sr. Marino; -rápido que voy a cerrar-.

Las 8,15 a.m. En el Instituto. Clases de Historia.



CURSO 1933-34 (eque mus mus, y thouse Meachenge)



I Acto

(Por las escaleras del fondo llego con prisa a la primera clase ya estoy dentro... y con el libro de Historia abierto por la lección de hoy)

... somos "ciento y pico" de matrícula y nos amontonamos todos en un espacio dispuesto para la tercera parte, hecho éste, que soportamos con cierta dosis de estoicismo, mientras que el Ministerio de lo "Educable" debe de decir eso de ¡cuántas ganas de cultura tienen!.

(Es la clase de D. Luis Brull, al que conocemos por el nombre del "figurín"; lo de "figurín" es por lo impecable que va siempre vestido, y por su porte, elegancia de trato, y como no, por su estilo de enseñanza)

... estoy aprovechando esos minutos de cortesía, y a veces de tardanza mientras él llega...! Ojalá tardara un poco más!.

Todo en esta clase denota un aire reposado, lleno de orden y serenidad; D. Luis, creo yo, ha estudiado el impacto escénico sobre el alumnado, y lo usa como si de ello dependiera el que aprendiéramos o no...

- ¡Silencio!, ¡callad!, ¡que viene D. Luis!-, nos dice Juanjo, el delegado, borrando apresuradamente los números de la lista que había puesto en la pizarra, por hablar.

- ¡Buenos días!-, decimos en voz alta, levantándonos todos de la silla o de los bancos de aquellos pupitres de tinta.

- ¡Buenos días!-, nos respondía. -¡Sentaros ya!, pero sin ruido-.

(Recuerdo sus comentarios sobre variadas circunstancias de las lecciones que nos explicaba, y que a mi siempre me parecían atinadas, aunque algo cargantes; su voz nos trasladaba, no a todos por igual, al mundo ideal que él configuraba para poder llegar al "meollo" de la cuestión; y tal era el grado de lasitud que provocaba, que de ahí al sueño, en las horas tempranas de la mañana, sólo había un suspiro).....

- Señor González, ¿me podría Vd. decir como iban vestidas las odaliscas que acompañaban a Miramamolín en la célebre batalla de...?.

- Pues... iban vestidas... y Miramamo-

Cuando la clase hubo terminado D. Luis me llamó a su mesa, un mueble sencillo, igualmente ordenado, en el que destacaban sus "queridos muñequitos" y me comunicó su enfado y los deseos más rotundos de que

yo no repitiera la actitud que había tenido en clase...; ... siempre recordé aquel detalle.

OCHO AÑOS MAS TARDE 15 horas p.m. En el Internado. Trabajando.

II Acto

(... estoy pensado, que esta turde tienen los internos que estudiar a fondo, porque están entrando en el período de los exámenes trimestrales)

Los internos eran alumnos del Centro, alumnos becarios que llegaban al Instituto desde los pueblos de la provincia y a los que se otorgaba "plaza de residente", en las instalaciones que a tal efecto disponía el Instituto; su tiempo de estudio lo hacían en dos salas, que corresponden hoy a las ocupadas por la E.O.L. y la número 6 del Centro, Y vo alli me convertis en todo aquello que ellos necesitaban

(... la comida había sido frugal, y los "paquetes" de apoyo casero complementaban la ración pertinente de aquellos que todavía no habían perdido sus hábitos del pue-

Por cierto que, la cocina y el comedor se situaban, donde hoy se encuentra el Aula de Proyecciones y los Seminarios de Idiomas c Historia entre otros;... supongo que todavía existirá el tufillo de las sartenes y calderos, que con tanta eficacia manejaba la Señora Maria

 ¡Qué tiempos!, ¡cuántos recuerdos D. Juan!-, le decia hace unos días...

Yo habia llegado allí, porque D. Sebas y D. alejo se habian jubilado; mi trabajo era duro y de responsabilidad, ya que tenía en mis manos las posibilidades futuras de los internos, encargado de velar por sus estudios, además de tener el compromiso de velar por todos aquellos aspectos que con su formación humana y cultural tuviera que

- ¿Se acuerda D. Juan de nuestras char-

Ellos eran los mejores, sin lugar a dudas, y hoy son hombres de provecho a lo ancho y largo de la geografia española; eran alumnos de calidad, muy trabajadores y constantes, y la mayoría dotados de ese estilo personal de ver la vida, que no da la ciudad y sí, de los que a ella llegan, procedentes del ámbito rural.

Los dormitorios se situaban en el piso alto del Instituto, allí donde hoy están las Aulas de C.O.U. y Dibujo, con habitaciones separadas por un estrecho pasillo central.

(José María es oficial del Ejército de Tierra, y vengo coincidiendo con él en mis vacaciones veraniegas. Paso buenos ratos charlando de "los viejos tiempos", y rememorando las anécdotas de nuestro paso por el Internado. Allí un pequeño drama, por esta parte un conflicto sentimental, en aquella un "rasponazo" con un profesor del Centro, una buena o mala nota, las charlas nocturnas internando crear un sano clima de convivencia... y tantas, y tantas otras cosas...

- ¿Cuáles serán vuestros recuerdos Cantarero, Pastor, Morales, Moralejas, Núfiez, Manolo, Moreno, Gabaldón, Navarro, etc.?-

... Muchas noches, los murmullos del sueño reparador de los internos venían a confundirse con el de sus ilusiones y mis esperanzas; yo los notaba flotando en el pasillo del dormitorio mientras paseaba arriba y abujo, internando dar sosiego a los más pequeños y silencio de aprovechamiento al estudio de los mayores.

CATORCE ANOS MAS TARDE 13.20 p.m. En el Instituto. Trabajando.

III Acto

(He recibido la carta que la Comisión de Actos del 150 Aniversario de la fundación del Centro me ha enviado, como antiguo alumno que soy; y tengo que confesar que su lectura, ha ido inundando de frescor mi memoria con las burbujas del futuro encuentro con los compañeros, alumnos y profesores, con aquellos con los que compartí años de juventud física, años intensos donde no faltó ni la rebeldía, ni el intento de dominar el mundo con nuestras ideas, formando parte de la gran familia del Alfonso VIII).

... confieso igualmente, que vuelvo la mirada atrás y no hay nada que incomode mi recuerdo;... veo la figura desgarbada de D. Fidel, mientras recitamos la 1º declinación y resolvemos los enigmas del Latín; a D. Virginia, intentando conseguir que escribiéramos sin faltas de ortografía; a Monsieur Charles con su talante de hombre culto, y sus reiteradas tentativas de que aprendiéramos las oraciones en Francés; a D. Ramón, el de los exámenes orales y el Uranio "doscientos..."; a D. Mercedes, su mujer, exquisita y con cierto mal genio, dando vida a Bécquer, a D. Eduardo, bajito y desaliñado, un "poco loco", señalando la necesidad de saber el desarrollo de tal o cual Derivada; veo también la considerable erudición de D. Julián Castellanos, recuerdo a Mario Ureña, que me enseñó a comprender los modos de hacer y entender Política; a Lorenzo Piqueras, el profesor de Educación Física, un hombre de recia formación, meticuloso en sus planteamientos; a D. Emilio, el de la "triste figura", con sus interesantes'explicaciones sobre las sombras y la perspectiva, a D. Joaquín y su bigote, alma mater de un Instituto en el que la ciudad depositó sus más genuinas esperanzasa, y a tantos otros...

- ¿Enrique...?-.

(Ha comenzado la clase; los alumnos rodean al profesor y echan a volar su imaginación, mientras él les cuenta lo que van a hacer, en función de la programación).

- ¡Cómo han cambiado los tiempos!-, le

digo a Juan Ignacio.

La Capilla se encuentra ahora junto a la Biblioteca, mientras que en su antigua ubicación se halla el Gimnasio Nuevo; los patios se han remodelado y hay un Bar, donde antes estuvo la Sala de Estudios de COU; la Sala de Perfil es ahora lugar de reuniones y Museo de Ciencias Naturales; también existe una pequeña sala donde se encuentra el importante legado de los libros de D. Luis; un mural de mi admirado Victor de la Vega, da al fondo del Salón de las grandes celebraciones un aire señorial, distinguido; ¡ah!, y hay pequeños despachos para los distintos seminarios... y nuevos alumnos, ¡claro!, y nuevos modos de entender la enseñanza...

Colofón

(Recorriendo los pasillos del Instituto).

Mientras paseo por sus largos pasillos, no hay en mí ninguna sensación de nostalgia. Siempre consideré al Centro como mi segundo hogar, mi segundo espacio vital, y ello de por sí me da una visión de su realidad, sin fantasfas ni exquisiteces. Y advierto, que no me causa ninguna impresión su quietud, su silencio, o las conversaciones de los alumnos, dentro de las aulas o en los pasillos, porque para el aprendiz de escritor cada espacio que pisa o mira, cerca o lejos, tiene nombre propio.

... y siento como mi corazón se acornoda en la grata emoción de contemplar, pausadamente, tanta genialidad, tanta vitalidad y esperanza entre sus paredes;... y los murmullos repiten sin cesar su eco, suavemente, sin reticencias...

UNAMOS NUESTRAS VOCES COMPAÑEROS...!

ENRIQUE LUIS BUENDÍA GONZÁLEZ

CONTRALUZ EN EL TIEMPO

ay momentos en la vida de los hombres en los que el tiempo se alarga indefinidamente porque, carente de referencias, parece que no existen límites que acoten el constante fluir de la experiencia humana. En otros, por el contrario, los recuerdos parecen cristalizados en la memoria con brillo diamantino. Es la contraluz del tiempo, que va dejando en penumbra ciertos acontecimientos, mientras resalta otros, que son los que han conformado nuestra andadura vital.

Viví en Cuenca durante cuatro años (1964-1968) y ese período pertenece a esa segunda categoría de percepciones temporales; por eso la cotidianeidad cobró perfiles valiosos en mi personalidad humana y profesional. A ello contribuyeron muy diversas circunstancias: el ambiente de trabajo que encontré en el instituto, el entusiasmo de los alumnos, mi propia inexperiencia juvenil, la especial configuración social de la ciudad y, no en escasa medida, el momento de crisis histórica que se adivinaba próximo. España comenzaba a cambiar y lo que algunos percibíamos intelectualmente, los jóvenes más sensibles empezaban a sentirlo vivencialmente. Me encontré, pues, con un instituto bien ordenado, pero con un marco de referencias culturales e ideológicas bien establecido que para mí era absolutamente insatisfactorio.

Nada más llegar a Cuenca, Juan Martino, que me había a cogido con la generosidad que ha derrochado a lo largo de toda su vida, me encargó la conferencia inaugural de curso. No me anduve con chiquitas y allá me fuí al "estreno de mis afanes oratorios" que dijo fray Gerundio de Campazas. Aún deben andar por la biblioteca del Instituto ejemplares de aquel opúsculo lleno de ingenuidad. "Vida y literatura del siglo XVII" me atreví a titularlo nada menos-, que pretendió ser, además con claridad meridiana, un pronunciamiento de lo que yo entendía por enseñanza de la literatura: la lectura e interpretación de los textos desde una acti-

ante todo rostros de personas que son parte de mi vida. Que fueron, pero que no se han ido porque todavía puedo contemplar sus miradas de asombro ante el descubrimiento de una idea ¿Qué se hizo de ellos? ¿qué fue de tanto entusiasmo juvenil? ¿qué de tanta ilusión como pusieron? De algunos he sabido esporádicamente, con otros pocos he mantenido una comunicación frecuente, muchos se han ido difuminando, sin perderse nunca, en el humo dormido del tiempo. creo inútil la proustiana búsqueda del tiempo perdido porque aquellos fueron años ganados. Ojalá lo fueran también para quienes empezaban a conocer las cosas, comprendiéndolas, y a ser ellos mismos, entendiendo a los demás.

Muchas son las evocaciones gozosas que podría hacer hoy, sin que falte -es la naturaleza de los hombres- alguna sombra de amargura. La primera es la de los viajes de fin de Bachillerato. Fueron experiencias inolvidables. Los dos Institutos que entonces existían hacían el viaje conjuntamente. Todavía me siento en aquel destartalado autobús de los años cincuenta con el que nos asomamos a la sierra de Alcaraz, y nos permitió empaparnos de la campiña andaluza, subir por los escarpados barrancos de la Alpujarra, deslumbramos con la luz del Mediterráneo andaluz y soñar en el infinito horizonte del mar de Cádiz, tras atravesar las

Andalucia - 1966

Otra aventura fue PERFIL. Nunca he tenido excesiva afición periodística, pero como profesor de Literatura tuve que dirigirlo durante un par de años. Sólo me propuse dos cosas: que estuviera bien escrito y que fuera manifestación auténtica -no almibarada- de las experiencias juveniles. Creo que todavía algún estudiante de los que colaboraron en el primer número que yo dirigía -los recuerdo con sus nombres- tendrá en su memoria el editorial. Un llamamiento a la sinceridad, a la crítica, a la tolerancia. En la España "zaragatera y triste" de aquellos años, la palabra crítica era siempre sospechosa. No faltaron, pues, desasosiegos ocasionales, aliviados siempre por Juan Martino, arquetipo humano de tolerancia y de comprensión. Vayan fuera, sin embargo, los oscuros recuerdos del contraluz y queden en la penumbra del tiempo. Fueron muchos más, infinitos, los rayos de luz que los atisbos de tinieblas.

Una tercera evocación: el descubrimiento de la Serranía.

Nada más lejos de mis desiertos paisajes infantiles como la belleza de las cárcavas calizas que sirven de asiento a los verdes pinares conquenses "Ay las serranas gongorinas ¡Qué gozo refrescarse en las frías aguas del Escavas, trepar por los riscos en torno a la Ciudad Encantada, sentirse hundido en la sima de la hoz de Beteta. He vuelto muchas veces y en cada ocasión nuevas sensaciones se han agolpado en mi ánimo.

Breve fue el tiempo y permanente el recuerdo. No todo tiempo pasado fue mejor si no supimos llenarlo de vida. Frente a la nostalgia, pongamos el afán de cada día. El futuro será fecundo si lo enriquece la experiencia del pasado. Así siento yo, tres decenios después, cuatro años de mi vida.

JOSÉ JESÚS DE BUSTOS TOVAR



tud crítica, referida tanto a la percepción de las cualidades artísticas como a su valor testimonial e ideológico. Esto es lo que intenté transmitir a quienes hace tres decenios empezaban a construir sus propias vidas. La aventura mereció la pena porque ellos me dieron a mí una gran lección. Me enseñaron que el espíritu crítico, para ser fecundo, debe ser prudente en la generalización de los juicios y generoso frente a las razones de los otros. Difícil aprendizaje éste -el de la madurez intelectual- que nunca acabamos de realizar plenamente.

¿Qué evocar de aquellos años en unas pocas líneas? A contraluz del tiempo, veo

verdes crestas del treviño andaluz de Grazalema. Frente al paisaje, leímos fervorosamente a nuestros poetas; a Machado en Baeza, con la sierra de Mágina al fondo; el Romancero sonámbulo de Lorca en el Albaicín granadino, con la mirada puesta en la ermita de San Miguel; a Jorge Guillén en el castillo de Gibralfaro; a Bécquer, en fin, ante su efigie del sevillano parque de María Luisa. En otra ocasión nos lanzamos a descubrir el románico catalán por perdidas aldeas pirenaicas. Así aprendimos todos lo que España tiene de común y de diverso. Aquellos viajes quedaron como mojones del tiempo en la luz del recuerdo.

EXÉGESIS DE UNA "COLLEJA" INAUGURAL

davía, cuarenta y ocho años después, conservo en mi cogote la sensación tibia, ministerial, nacional-sindicalista, entre aromas de tabaco rubio, y algún toque de lo que nuestras madres llamaban entonces "colonia de olor". Es la huella de lo que fue una "colleja" que estremeció las estructuras barthianas del país de mi infancia. Aquella mano, de calidad bien distinta a la melíflua y entabacada que acariciaba las cervicales mientras contaba a "soto voce" mis tremendos desvaríos, arropado por las cortinillas del confesonario, era de Pepe Ibáñez, como decía mi tío, uno de los precursores de la "beautiful people", que también, por supuesto, tuvo hijos, y algún sobrino, en el mayo francés: nada menos que la del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, llegado, desde la diestra de quien todo lo podía, para inaugurar en aquel otoño, todavía sin maquis, del 46, el Instituto ALFONSO VIII. Casualidades del destino: servidor estrenaba Instituto y Ba-

Si, como escribió recientemente Manuel Rivas en El País, "el primer espejo de muchos niños gallegos fueron los ojos metafísicos de la vaca", la carga neo-democrática, y hasta posmoderna ya, de aquella "colleja", fue el mío: allí, en la segunda planta del nuevo edificio, en la misma puerta del aula de dibujo, aun paso de los dedos gordezuelos, e increiblemente ágiles, de Dº. Elisa, se iniciaba mi vida pública: no sé cuantas manos de autoridades fueron sobando mi cogote, pienso que para comprobar si había dejado algo el Ministro; fue la premonición de que al día siguiente, el primero de mi primer curso, en el mismo rincón, los nudillos de un alumno de séptimo, se encontrarían con mi occipital en el instante includible del ritual del capón, siempre acompañado de la académica expresión: "Pilipii...".

Me costó perspicacia, y años, entender el porqué de aquella "colleja" ministerial que inició mi "curriculum" académico, creo firmemente que en un régimen político tan gestual, la acción de aquel hombre de estado, constituía la concreción simbólica de la unión de los poderes intemporales y civiles, imprescindible para el buen fin de la cruzada regeneradora de un país que estuvo a punto de caer en las garras de la masonería y el comunismo libertino, amén de la pertinaz sequía del septenio que siguió a las guerras de nuestra infancia. Recuerdo que recibí aquel gesto episcopal del Ministro Ibáñez Martín, casi con la misma unción que la "galletita" en la mejilla, con la que, un año antes, me impartió la Confirmación el bueno de D. Inocencio, envuelto en las penumbras de la Iglesia de El Salvador -; qué bienio para un ser tan inmaduro!-, con la diferencia de que aquella me hizo desear un ministerio para el día de mañana, y esta el suculento chocolate de tan señalado día. Como entiendo la ausencia de la más mínima palabra, la postura hierática, no como ahora que parecen retales de hipermercado: cuando me obsequió con aquella "colleja", el ministro ni me miró, sólo escuchaba el Director, Sr. Viqueira, las alabanzas de un edificio que aquel mismo curso vería peligrar la estabilidad del suelo de las galerías, pero yo entendí su mensaje. Paradójicamente los ministros de Franco practicaban el principio beckiano de que "toda palabra es una palabra más", por eso, al margen de los discursos, sólo hablaban con los gobernadores civiles, a quienes Camilo Alonso Vega, tras darles posesión del cargo, les leía la cartilla, rematando con una trascendental consigna: "Gobernador: ;a joder, a Madrid!", así, llanamente y con toda sencillez, evitando las posibles dudas de un gesto mal interpretado, en el más puro y viríl estilo castrense.

En fin, es un recuerdo de, casi, hace medio siglo, tiempo suficiente hasta para, como decía John Huston, "convertir en respetables las prostitutas y los edificios viejos", una evocación de las sombras de la niñez, que en un intento valleinclanesco quiero dejar como un reflejo en el espejo mágico de este PERFIL aparecido.

LUIS CALVO

NO - es

D ueno es recordar vivencias en este número especial de PERFIL que conmemora el 150 aniversario del Instituto Nacional de Enseñanza Media en Cuenca, pero lo bueno deviene en extraordinario cuando coincide en ese recuerdo, que precisamente hace medio siglo, el 19 de febrero de 1944, y como

pio de la edad, podemos contemplarlo en la exposición preparada.

En lo que me atrevo a llamar antecedente de PERFIL, los artículos, comentarios, anuncios, chistes y pasatiempos se redactaban en "Permanencias" y quien ésto narra lo pasaba a máquina. En aquellos tiempos no había muchas donde elegir, en la trastienda del negocio de Calzados Cañas. Más o menos todos firmábamos con seudónimo, así Luis Hortelano era TUTA, Pedro Téllez era PETE CHIPA, Jesús Cañas SARAM-PION... y otros cuyo recuerdo no me llega y bien que lo siento.

El "periódico" de seis páginas pasaba de mano en mano, sólo se confeccionaba un ejemplar, hasta quedar en el estado que podéis ver. Viejo recuerdo, reliquia de hemeroteca juvenil.

Que de vivencias, de gratos recuerdos, de nombres tengo archivados en mi memoria y mi retina del paso por el Instituto Alfonso VIII y Cuenca en el viejo caserón del Puente de la Trinidad. Poca gente habla mal de su tierra, pero se me va a permitir que asegure que, este afecto, este amor, se acentúa con la separación del vivir diario en ella. Pasa con las personas. Muchos como yo del vivir diario en ella. Pasa con las personas. Muchos como yo por orientación de la veleta de la vida dejamos Cuenca hace muchos años, pero retenemos sus calles, sus gentes, sus paisajes, nuestras vivencias, nuestras nostalgias en ella, y nuestros recuerdos tan vivos como un primer años, y así conservamos como un tesoro todo cuanto nos hace revivir aquellos felices días que en Cuenca vivimos y a la que volvemos con periódica insistencia.



figuraba en su cabecera, editado por sexto curso masculino se "ponía en circulación" NO-es, Noticiero Estudiantil, con la pretensión de una frecuencia decenal como sucedió con el número dos que se "distribuyó" el 29 del mismo mes y año. El original de este número dos, conservado durante 50 años, con el sano gracejo y sentido del humor pro-

Junto a ese viejo ejemplar de NO-es, tengo ante mi un libro de 17x22 cms. de 70 hojas (le sobraban 50) y tapas negras "Libro de Calificación Escolar del Instituto Alfonso VIII - Cuenca expedido el 18 de Agosto de 1940, en el que consta mi edad, 13 años, altura 155 cms. y 43 kilos de peso y dá constancia de mi "desenrollo" al pasar al año siguiente a 165 cms. y 55 kilos, a mayor abundamiento de mis calificaciones escolares normales. Hoy sigo con 2 cms. más y unos cuantos kilos.

¿Es qué no nos trae esta sencilla estadística, ya de por si gratos recuerdos? En el tiempo que media de 1940 a 1945 en que terminan mis estudios en el Instituto con el sexto curso estampan su firma en dicho Libro entrañables profesores que todos recordamos. Manuel López, José Mª. Viqueiras, Don Constantino, Fernando Morán, María González, Dª. Guillermina, Dueñas, Luis Brull, Emilio Sáiz... y otros. Quien no recuerda a Eusebio Sanchiz a quien cariñosamente llamábamos "Pico Salvaje", ...y otros... y otras..., y en cuyas aulas aprendimos, Luis Hortelano, Pepe Rubio, Antonio Cebrián, Martínez Arribas, Luis Mochales, Pedro Téllez, Jesús Andreu, Pepe Iglesias, Pinza, Barrachina, Alvaro, Bodoque, Rojo, Cañas López, Redondo... Carmencita... y ... Rosarito, nuestra musa y origen de nuestro acné juvenil... y tantos y tantos y que después, a lo largo de estos cincuenta años pasados, hemos tenido ocasión de rememo-



rar aquellos felices años cuarenta, las aulas del viejo Instituto y lo que se llamaba "el gimnasio", enorme planta semisótano y vacía donde nos iniciábamos en los pequeños vicios.

A medida que pasan los años, tu ayer se va haciendo más vivo y quizás más ajeno a lo que en el presente eres, y recuerdas el calor y color de aquel aire, los olores de la tiza, de la madera del lápiz... el origen de los sentimientos y de las cosas.

Hoy el Instituto de Bachillerato Alfonso VIII de Cuenca recoge los avances del tiempo y de la técnica, y sus instalaciones son distintas a la de aquellos tiempos, pero con igual nostalgia serán recordadas y la profesionalidad y humanidad de sus profesores dejarán la misma huella en sus alumnos de hoy que dejaron en nosotros sus antecesores. Para ellos nuestro homenaje y respeto hoy y siempre, todo el respeto que merece quien dedica su vida a enseñar al que no sabe.

JESÚS CAÑAS OLMEDA

LA DISCIPLINA ACADÉMICA EN LOS TIEMPOS DEL **CÓLERA**

Bucear en la paz de los viejos archivos, entre papeles polvorientos que, a duras penas descifrados, nos ofrecen datos sobre nuestro pasado, que casi siempre son cuando menos curiosos, es una actividad apasionante. Y el archivo de nuestro Instituto es lo suficientemente amplio para ello. Muchos son los librotes, expedientes, impresos que contiene nuestro archivo, pero entre ellos llamó un día mi atención una carpeta donde se encuentran las actas de los Consejos de Disciplina decimonónicos celebrados en el Instituto contra los transgresores de las normas. Y sin ánimo de parafrasear a García Márquez (¡Dios me libre!), sino porque a lo largo del siglo XIX fueron varias las epidemias de tan desagradable enfermedad que convivieron de seguro con los ataques de cólera de los responsables del centro ante el mal comportamiento de algunos alumnos, os presento algunos casos curiosos.

La lectura de los documentos revela que hay actos de indisciplina que hoy, más de 100 años después siguen estando vigentes: Por ejemplo hay decisiones contra alumnos que se portan mal en clase, que se pelean, etc. También que el rigor de las penas impuestas va en función de la estabilidad de la dirección, que a su vez va unido en parte a la estabilidad política y al momento, pues según la época delitos semejantes son juzgados con distinto rigor, y al contrario.

Veamos el primer caso: el 18 de Diciembre de 1848 se juzga al alumno D. Santiago Torres y Cuenca por promover un desorden para reclamar el comienzo de las vacaciones de Navidad al grito de que "en Madrid ya las tenían". El Consejo le sentencia a 15 días de encierro en el Instituto desde las 8 de la mañana a las 5 de la tarde a partir del 19 de Diciembre (hay que decir que la pena de encierro estaba contemplada en el reglamento y se aplicaba incluso para las faltas leves aunque no por tanto tiempo; para las graves el encierro podía ser incluso por la noche): Es decir que le fastidiaron todas las vacaciones de Navidad.

Veamos a continuación dos casos separados por 13 años. El 17 de Octubre de 1861 se juzga al alumno D. Natalio Sanz y Lorente por indisciplina en la clase de Historia Sagrada que impartía el director D. Bernardo Gómez de Segura, que a la vez era sacerdote: el acta dice que este alumno, primero llega tarde y es reprendido, luego no se sabe la lección al igual que el día anterior y es reprendido por su desaplicación, por fin se pone a cuchichear y ante la nueva reprimenda, coge su sombrero y se marcha sin permiso. El Director pide al alumno !la expulsión a perpetuidad!, alegando que era mayor y había dado mal ejemplo (tenía 19 años y la Historia Sagrada era asignatura de los primeros cursos, con lo que sus compañeros eran más pequeños) y que además de ofender a un catedrático, había ofendido a un ministro del Señor (no era de extrañar, pues D. Bernardo era un sacerdote de armas tomar y llevaba el Instituto como un cuartel) lo que para él era muy grave. Menos mal que el resto de los catedráticos opinaron que no era para tanto, que en sus clases no se portaba mal y al final lo dejaron en UN año de expulsión a pesar de todo.

Trece años después, el 10 de junio de 1874 (con la guerra carlista de fondo) se abre expediente a los alumnos D. Antonio Pelayo y D. Francisco Romero por abordar en la calle al Catedrático de Historia Natural D. Antonio Senen de Castro, que les había suspendido, llamándole canalla, pidiéndole explicaciones y además D. Francisco Romero alegando que el suspenso hería su honor, termina por retarle a duelo a las seis de la mañana del día siguiente. El Consejo de Disciplina llama a testigos que confirman que ya en días anteriores D. Francisco Romero había amenazado con ello en conversaciones con otros condiscípulos y que ambos habían intimidado a algunos para que no los delatasen. Después de investigar y deliberar, a D. Antonio Pelayo le atribuyen ¡falta leve! por las amenazas (y su corrección depende del Director que ya no era D. Bernardo sino D. Hermenegildo Ochoa) y a D. Francisco Romero, el retador, le expulsan a perpetuidad pero por cuatro votos contra tres que pedían expulsión por un año. Más como la sanción era de expulsión y debía ser confirmada por el Ministerio de Fomento (del que dependía la Instrucción Pública), desde Madrid se conmutó la expulsión a perpetuidad por la expulsión por un año. Es decir que por retar a duelo a un catedrático e insultarlo se aplicó la misma pena que trece años antes por comportarse mal en clase.

Y en el colmo de los colmos, hay dos casos hacia 1882 en los que algunos alumnos hacen disparos de arma de fuego dentro del Instituto, y sólo son castigados por falta leve con unos pocos días de encierro.

Además, en aquellas épocas, los castigos eran comunicados a todos los alumnos en el tablón de anuncios y, cuando la falta era grave, la comunicación era solemne en el Salón de Actos en presencia de todos los alumnos y profesores, leyéndose mientras el reo permanecía en pie.

Otros documentos curiosos son las disposiciones en materia de disciplina de los distintos directores. En 1848 D. Francisco Lacueva manda, bajo pena de tres días de encierro, que ningún alumno acuda el Instituto antes de un cuarto de hora del comienzo de las clases, por el alboroto que se produce en la entrada (ahora habría que castigar por llegar tarde). En 1882 D. Mariano S. Almonacid, aconseja, con amenaza de severos castigos, que los alumnos no acudan armados al centro...

Mucho han cambiado las cosas desde entonces. Ahora las faltas se deben más al descaro, al deterioro intencionado del material del centro, a la impuntualidad... y se mantienen vigentes las faltas de aplicación y el mal comportamiento en el aula. Pero nuestro archivo, que no miente, es fiel testigo de lo complicadas que son las relaciones en un centro educativo y que conflictos, y graves, los ha habido en todas las épocas.

FRANCISCO J. CARRASCOSA

EL "INSTI"

I ngresé (y nunca mejor dicho, puesto que había que aprobar un examen de ingreso) en el Alfonso VIII. el "Insti", en 1961. Cambiar de la escuela al "insti", con diez años recién cumplidos era como alcanzar una primera mayoría de edad, por medio de la cual -estábamos firmemente convencidos de ello- fbamos a abandonar la infancia para acercamos al mundo de los adultos.Con el primer recreo del primer dia llegaba la primera desilusión de los "pipiolos"; con nuestros pantalones cortos y nuestros calcetines altos mirábamos con una mezcla de estupor y admiración a los de "preu", una edad que, entonces, nos parecía inalcanzable. No obstante, el instituto nos acababa de abrir las puertas de la adolescencia; una adolescencia que tendría que ir superando cuatro cursos del Bachillerato Elemental, los dos de Superior y el de Preuniversitario: a mitad de camino, más o menos, ¡por fin!, abandonaríamos el pantalón corto, que ya sólo usaríamos para la práctica deportiva. Total: de 1961 a 1968, siete años en el "insti", porque, aunque el Hervás ya había empezado su andadura independiente, para nosotros el "insti" era el Alfonso VIII.

En aquellos años 60, todavía difíciles para muchas familias españolas, el instituto nos ofrecía algunas cosas que hacían posible que nuestro limitado mundo no empezara y acabara en Cuenca: además de la enseñanza en sí misma (el "insti" tenía fama de preparar muy bien a sus alumnos para el examen de acceso a la Universidad –no recuerdo la denominación exacta que entonces tenía-; de hecho, un altísimo porcentaje de quienes aprobaban el Preu aquí, superaban aquella temida prueba); además de esto, con el Alfonso VIII pude viajar en varias ocasiones para participar en los Juegos Escolares (para muchos de nosotros, en aquellos años, des-

plazarnos a Valencia o Castellón era una auténtica aventura), visité el Museo del Prado, comocí Toledo y pudimos recorrer parte de Aragón y Cataluña (¡hasta Andorra llegamos!) en el viaje con el que cerrábamos muestro período en el Instituto.

La memoria también se resiste a olvidar algunos temores y miedos que, unos bachilleres más que otros, teníamos de vez en cuando: la terrible "lista negra" del público tablén de anuncios que -nunca lo supimos-no entendíamos exactamente para qué demonios servía; o el maldito año que pasamos en la clase de Física y Química de 4°, en la que en determinada ocasión, el atípico profesor de la asignatura, de apellido Chorres, usó el cepillo de borrar la pizarra, sin previo aviso, para jugar el "pim-pam-pum" con un estudiante despistado.

Mis mejores recuerdos de aquellos años están asociados a las clases de algunos profesores que, como D. José Jesús Bustos, hicieron posible mi primer acercamiento a mi definitiva dedicación al estudio y a la práctica de la Literatura. O como D. Víctor J. Herrero y D'. M'. Luz, profesores de latín, quienes, aparte de hacerme atractivo el aprendizaje de la materia, me dieron consejos que me resultaron muy útiles. O como D. Juan capaz de aliviarme el temor con que iniciaba los cursos de matemáticas. También recuerdo con cariño a D. Ezequiel (Ciencias Naturales), D.*. Elisa (Dibujo), D*. Ana (Francés), D. Luis (Historia), D. Lorenzo (Educación Física), Dª. Virginia (Lengua), D. Fidel (Religión) y Da. Rosario (Griego).

Aunque el paso de los años -ya son más de 25 desde que dejé el instituto- va debilitando los recuerdos, la memoria aún conserva viva la imagen de muchos amigos de entonces -todos ellos del Preu del 68 (el año del "mayo" parisino, primero, y de la matanza de la Plaza de Tlatelolco, unos pocos días antes del inicio, en la misma capital, de la Olimpiada de México): ¡vaya año el del 68!, el año de nuestro ingreso en la Universidad-; son los amigos con los que compartí muchos juegos, risas y palabras (José Mari Navarro, Guillermo, Juani, Juliete, Fernando), con los que viví las primeras representaciones teatrales y leí los primeros poemas (Fito, Simón, Miguel); con los que practiqué casi todos los deportes (Miguel Angel, Félix, José Mª. Pérez), o, ya en los últimos momentos, con los que intercambiábamos las primeras confidencias amorosas (Tito, Fernando López, Javi).

En el "Insti", además, oí hablar por primera vez de un magnífico poeta sevillano, Antonio Machado, que había escrito estos versos: 'Todo pasa y todo queda/ pero lo nuestro es pasar/ pasar haciendo camino/ caminos sobre la mar."

PEDRO C. CERRILLO

AQUELLOS DIAS...

Recuerdo que apenas abrí los ojos a este mundo y a esta perra vida, me tropecé de frente con el cerro del Socorro, allá, en Cuenca, ese pequeño lugar donde muy pocos hemos tenido la fortuna de haber nacido, cuando todavía no había ido la reina a inaugurar el sonido, ni la cantera del Huécar se había ennegrecido por el desuso.

Pero sí, fue en Cuenca donde aprendí a respirar y a comprobar que la marcha vital no es nada fácil, pero en cambio, me ofreció unos paisajes de piedra y hiedra, ríos y cuervos, jaras y pastores, y un silencio denso cuando todavía el ruido era un extraño.

Todos sabemos que no hay nada como las primeras sensaciones: las primeras lágrimas y los primeros besos; las primeras risas y los primeros descubrimientos de nuestro propio táctil y/o mental.

Sin embargo, cada vez que vuelvo a Cuenca, -siempre vuelvo-, la veo cada vez más pequeña, más diminuta, porque cuando niños todo lo que nos rodea es enormemente grande, desmesurado, gigante, y pregunto por personas que fueron mitos infantiles, pero ya han dimitido. Y vuelvo a visitar lugares y rincones que estrenaron vivencias inolvidables, pero que ya no tienen pátina de la bella antigüedad. Y tampoco oigo ya, apenas, el sonido de las campanas que acompañan al horizontal. Ni veo entre mis manos aquella nieve de la nochebuena, ni el olor a frío, ni el sabor a hielo, ni el miedo a las malas notas, ni los cuentos de mi abuela y de todas las abuelas que son siempre la misma.

Por eso para mí Cuenca es como la terrible y bella tentación que te tiende las manos para estrangular en una muerte feliz y casi deseada.

Y entonces escucho mi voz no pronunciada: "Calmate, sombra de anticipo. Cuando llegue la que ha de llegar, será bien recibida. No me enseñes el futuro mientras seas presente. Y alíviame con el pasado, aquel que ví frente al cerro del Socorro".

JOSÉ LUIS COLL



UN EXAMEN "DE INGRESO" EN EL INSTITUTO VIEJO

Pese a que los hechos a los que voy a referirme sucedieron hace más de medio siglo recuerdo con increíble precisión aquel sábado 20 de enero de 1949 en el que Cuenca, entumecida y medio congelada bajo una capa de escarcha y hielo había amanecido con abundantes restos de la nieve caída, a intervalos, durante el día anterior. Las ásperas condiciones atmosféricas no serían, sin embargo, obstáculo para que aquella mañana un numeroso grupo de alumnos, convocados para los exámenes de INGRESO, nos arremolináramos frente a las enormes puertas del viejo instituto, alborotando y gamberreando, mientras esperábamos que fueran abiertas. Todos experimentábamos -con diferencias seguramente sólo de matiz- una extraña opresión en la región estomacal (entre las costillas flotantes y el esternón particularmente) que dificultaba la posibilidad de una respiración profunda y satisfactoria. Sucedia, que en el transcurso de breves momentos, íbamos a encontramos frente a un temible tribunal formado por personas para nosotros desconocidas, impresionantes y lejanas, que tendrían que decidir sobre el nivel de nuestros conocimientos, dictaminando, de forma inapelable, si los esfuerzos llevados a cabo por nuestros profesores -e incluso, a veces también, por nosotros mismos- habían alcanzado el fruto deseado.

Hasta aquel preciso momento, la palabra INSTITUTO había encerrado para muchos de nosotros un significado casi misterioso, representando mucho más que una mera entidad de carácter docente donde habríamos de consumir buena parte de nuestro tiempo futuro. El "ingreso" suponía un decisivo final de etapa -la clausura de nuestra infancia- pero, sobre todo, el principio de algo distinto, de una vida nueva, con nuevos amigos, nuevas ilusiones e inevitablemente también, nuevas obligaciones. Era la ruptura, de algún modo inquietante y enigmática, respecto de un pasado cómodo y familiar pero, al propio tiempo, la apertura a nuevos horizontes y promesas.

Los alumnos de doña Matilde -directora de una academia de preparación para el bachillerato situada en un piso de Carretería próximo al gran reloj de Notario -habíamos recibido durante la tarde anterior las últimas y valiosas consignas para el día D, con los profesores esforzados en una postrera y definitiva "puesta a punto" capaz de hacernos superar cualquier obstáculo (sobre el terreno comprobaríamos ambas partes, profesores y alumnos, que difícil resulta prevenir de antemano todo riesgo y así, momentos antes del exámen, nos veríamos obligados a aprender por los pasillos del propio Instituto y a toda prisa las declinaciones "la rosa, de la rosa, a o para la rosa..." que nadie había sospechado pudieran hacer acto de presencia entre los obstáculos a superar.

La tarde anterior, a la salida de la academia, los alumnos de doña Matilde, de D. Juan José y de D. Jesús aportábamos también nuestra contribución al hecho decisivo enzarzándonos en interminables y tremendas batallas a bolazos de nieve entre el laberinto de setos del inmediato parque de Canalejas (hoy de San Julián).

Salvo el incidente de las declinaciones, ya comentado, no recuerdo ninguna otra barrera que dificultara seriamente nuestro camino hacia el aprobado, al menos en mi caso y en el de mis colegas más próximos. El tribunal de la prueba oral estaba formado por cuatro destacados profesores, dos seglares y dos religiosos, de personalidad acusada y en algún caso hasta pintoresca. Presidia el inefable y siempre temido don Eduardo Dueñas, competente matemático, persona de baja estatura, descuidado en el atuendo hasta extremos inverosímiles, en fuerte contraste con el atildado D. José Niño, secretario del tribunal, hombre un tanto afectado y redicho que -como afirmaba Baroja del estilo de Valle Inclán- parecía enjuagarse con el idioma. Junto con ellos, los dos clérigos, D. Emeterio Bartrina y D. Constantino Gómez, alto y desgarbado el primero: bastante inofensivo, pese a su atrabiliaria apariencia; dotado un apabullante acento ampurdanés que impedía entender parte de sus palabras. Finalmente, el bueno de don Constantino, nuestro profesor de Religión durante varios años: angelical y bondadoso hasta el límite. pienso que nunca llegó a estampar su firma en una nota que estuviera por debajo del aprobado.

El examen de ingreso en el bachillerato de entonces se desarrollaba a base de un leve ejercicio escrito (creo que no eliminatorio) seguido de otro oral según el mismo orden en que los menciono. Lamento no recordar qué temas me fueron propuestos en éste último -además de las declinacionespero tengo la impresión de que no ofrecieron grandes dificultades, antes por su sencillez que por mi gran nivel de conocimientos. En todo caso como afirma la vieja sentencia "las palabras vuelan, lo escrito permanece", circunstancia que permite, después de tantas décadas, cotejar mi examen escrito, conservado de forma milagrosa junto a otros miles de expedientes, instancias, papeles diversos, etc. en los archivos del actual Instituto de Alfonso VIII, fuente inapreciable de datos para cualquier investigador y estudioso conquénse, relacionada con los temas culturales y sociocultural.

Volviendo al tema central de esta artículo, queda por señalar que sendas operaciones de multiplicar y dividir (ambas por tres cifras) suponían el test de aritmética del ejercicio escrito mientras que la prueba literaria consistía en una leve redacción sobre un tema leído previamente a los examinandos. Como dato curioso incluiré el texto completo de mi propio ejercicio en el que la brevedad debió de contar, sin duda, entre sus mayores méritos.

"El primer español que alanceó a caballo un toro fue nuestro héroe nunca vencido el famoso Rodrigo Diaz de Vivar llamado el Cid que venció batallas aún después de muerto. Hasta este solo en las baterias (sic) de caza habían peleado los españoles con estos hermosos animales y cuando el Cid alanceó el primer toro delante de los que le acompañaban estos quedaron admirados de su fuerza y de su destreza".

Un recuerdo, el de El Cid y sus hazañas, que tampoco venía mal al inicial una nueva

CARLOS FLORES

ALFONSO VIII, **SU INSTITUTO**

odos sudamos la suerte del "bonus, bona, bonum" con más o menos dedicación y distinta suerte. El Alfonso convivió y albergó a buenos y malos profesores y alumnos y la mía es una de tantas épocas aperturistas que testificó mudamente.

Por aquel entonces los grupos de mi generación vivían obsesionados con las enormes tijeras amenazadoras de Carlos Rubio, cerrando su filo sobre los puntos disciplinarios de aquel carné que te entregaban al entrar en el Instituto como espejo de conducta social. A partir de tantos, aviso por escrito a tus padres. Unos pocos más, a la rúa durante unos días. Era lo de menos. Esa potencia creativa que a todos nos relacionaba por la edad y el lugar, sobrepasaba con mucho la mísera función de algunos educandos. He de reconocerlo, si no mentiría.

El que menos protestaba era el propio recinto, o sea, el Alfonso. Su inmensa generosidad alcanzaba a todos. Otra cuestión es que hubiera que saber la lista de los godos, y no quiénes eran realmente.

El fantasma del rey octavo, que liberó a Cuenca de la dominación mora y la dotó de ordenamiento foral propio, no se ha quejado por lo poco que hemos hecho por él y por su legado. Los bosques han sido más respetados por el fuego que por la inteligencia de este pueblo, y como forma de agradecérselo damos su nombre a una calle.

Tengo suficiente memoria para muchos hombres y mujeres que nos ayudaron a saber conjugar nuestra adolescencia y nuestro aprendizaje: gracias a éllos fue un orgullo ser del Alfonso VIII; hoy también lo es ese sentimiento cedido por el recuerdo.

Valgan estas líneas para esta edición modernizada de PERFIL de manifiesta solicitud para poner en marcha una aportación popular que consiga recaudar los fondos suficientes para erigir al magnánimo rey en nuestra ciudad. El lugar es lo de menos: de eso ya se encargarán los que saben o los que pueden: seamos por una vez víctimas del

Nos hemos vuelto a encontrar bajo la techumbre de este singular edificio, cuna de liberalidad. Ese es el gran secreto para este e ex-alumno. Haber filtrado lo anecdótico y dedicarnos a menesteres positivos. Haber sido Bachiller -ya es inevitable- pero haber aprendido a ser persona; recrearnos en la ciencia "chuleteril", dominar las matemáticas del cero y la geometría de la interrogación... pero haber practicado la ignorancia académica en parámetros de amistad y compañerismo.

En el fondo, todos hemos dejado un trozo de nuestro corazón en esas aulas; estos, los estudiantes de hoy, son quienes los mantienen unidos sin necesidad de cirugía en un perpétuo latido.

PEDRO GARCÍA ALEGRÍA

MIS RECUERDOS **DEL INSTITUTO** DE CUENCA

Ls un placer y un honor para mí escribir unas líneas para PERFIL, que intenten plasmar brevemente algunos de los recuerdos y nostalgias de los años en que fui alumno del Instituto "Alfonso VIII".

En verdad cada vez que voy a Cuenca y veo el vetusto edificio, revivo muchos de los momentos que allí pasé. Si no me falla la memoria, empecé mis estudios en el segundo año puesto que el ingreso y el primero lo había hecho en Lorca. Con motivo del cambio de puesto de trabajo de mi padre, tanto mi única hermana Conchita como yo, trasladamos la matrícula a Cuenca. El plan de Bachillerato de entonces, he oído comentar, era excelente, consistía en 6 años.

El caserón un poco destartalado no tenía naturalmente calefacción, pues entonces casi nadie tenía. Creo recordar, no estoy seguro, había una estufa de madera pero el frío de Cuenca, y entonces hacía mucho más que ahora y nevaba ocasionalmente, no nos preocupaba mucho, al menos yo no recuerdo, posiblemente debido a mi juventud, haber pasado frío.

Sería imposible mencionar a todos nuestro profesores y condiscípulos pero sí citaré la gran impresión que nos hizo a Conchita y a mi la Profesora de Geografía e Historia Dña. María González, algo obesa y truculenta, que nos parecía una señora muy mayor a pesar de su sin duda juventud. Ella inició la idea de hacer algo extra para los estudiantes profundizando en áreas de geografía e historia a lo que nos apuntamos con gran entusiasmo. Trabajábamos en la gran Aula del 2º piso a través de cuyo estrado se podía alcanzar una puerta que llevaba a la residencia privada de su director D. Juan Aguilar (D. Juanito) como cariñosamente se le llamaba y del que luego hablaremos.

La propuesta de Dña. María fue una gran suerte pues así conocimos a sus dos jóvenes asistentes, voluntarias recién licenciadas, muy inteligentes y encantadoras, Ana Martínez Almagro y Elena Cava. Por razones que luego explicaré, Anita al año siguiente nos dió clases particulares. Nuestra deuda con Anita es grande puesto que nos abrió nuevos horizontes, nos trató como adultos y nos enseñó a ser críticos constructivos. Recuerdo que a Anita le gustaba bromear, por ejemplo recordando con Elena, que era muy tímida, le pidió ayuda en cierta ocasión, cuando eran estudiantes en Madrid, pues alguien la estaba manoseando en un tranvía. Posiblemente Anita fue uno de mis primeros amores.

Debo de aclarar que la razón de tener a Anita como profesora particular se debió a que nuestro primer año en el Instituto fue un desastre académico. Mi abuelo materno estaba ya muy enfermo y mi madre pasó casi todo el año con él en Valencia; mi padre andaba todo el día en la oficina y nunca fue su costumbre el controlarnos. Así que mi hermana y yo hacíamos muy frecuentemente novillos con otros compañeros, especialmente con la hermana del joven y algo amanerado profesor de Latín. Como no estudiábamos creo que yo aprobé sólo Historia porque siempre me gustó y mi hermana nada, me imagino que los detalles exactos estarán en el archivo del instituto.

Por éllo mis padres nos enviaron ese verano a Valencia al Liceo Sorolla, colegio de mi tío Angel, con la condición estricta de que si no sabíamos nuestras lecciones con brillantez para la hora de comer, no íbamos a la playa. Esto surgió efecto y al final de verano descubrí que me gustaba mucho la geometría y hasta ideé nuevos métodos para solucionar varios problemas. Tanto mi hermana como yo hicimos no sólo buenos, sino brillantes exámenes en septiembre. No obstante al año siguiente y aunque D. Leoncio, el profesor de matemáticas, era muy bueno y se hizo amigo de la familia, mi padre insistió en que fuésemos además el colegio de D. Emilio Melero el que me enseñó a que me gustase el álgebra. Como he comentado en otras ocasiones D. Emilio era un profesor

brillante y extraordinario al que recuerdo con gran afecto.

El mejor profesor que tuve en el instituto fue sin duda D. Manuel González, eficaz y serio y al que debo mi interés por la química que tanto me sirvió años después. A él y a todos los demás profesores los recuerdo tan claramente como cuando los conocí, ya hace más de medio siglo, especialmente a D. Juan Aguilar, el amable profesor de historia natural que se dejaba sustraer pequeñas piezas arqueológicas para después agradecer el interés de sus alumnos cuando se las devolvían como nuevos hallazgos.

Cuando estalló la Guerra Civil, me faltaban la ética y la historia natural para terminar el Bachillerato, pues había avanzado mucho ya que se me permitió matricularme "por libre" varias veces: es decir, podría haber terminado el bachiller muy joven, como así lo hice en el 37, (en retrospecto ésto no es bueno), pero hube de repetir los exámenes en el 39. En verdad durante los años de la Guerra Civil estudié bastante por mi cuenta, no tuve problemas y pude empezar Medicina en octubre del 39 a los 16 años.

Naturalmente, recuerdo a muchos de mis compañeros, tales como Rafael Mombiedro y especialmente al brillante Alfonso Merchante a quien tengo la fortuna de ver frecuentemente. A las hermanas Blanca y Mª. Teresa García Huete, Lola Arana, etc... De quien creo que también estuve enamorado, pero que no me hizo ningún caso fue de Pilar Macheti, la que creo se ve ocasionalmente con Conchita.

SANTIAGO GRISOLÍA

EL BRINDIS DEL RECUERDO DEL INSTITUTO

Entiendo este PERFIL extraordinario como un brindis colectivo. Y es para mí una gran satisfacción sumarme al recuerdo de un tiempo y un lugar que a tantos nos une.

Brindo por nuestros años en el Instituto "Alfonso VIII", de Cuenca, por los de cada uno y por los de todos, en este momento de celebración del 150 aniversario de su histo-

Explicaré por qué:

Constantemente, recordamos. Somos los que somos porque recordamos. Si dejamos de recordar, perdemos los puntos de referencia vital, morimos.

Quizás los humanos sólo somos eso: re-

cuerdos. Ideas de cada cual sobre sí mismos y en relación con lo demás. De tal forma, que nuestras emociones, nuestros sentimientos y nuestros actos son el resultado de ese pensar el recuerdo.

Los recuerdos son imprescindibles, inevitables.

Hay muchas maneras de recordar y por eso hay muchas maneras de vivir.

Sucede, de vez en cuando, que algo remueve, de improviso, nuestros recuerdos. Entonces se estremece nuestra memoria, se conmueve todo nuestro ser. Es como si el "PC" de nuestra mente recibiera una orden, imperativa en grado sumo, para presentar en pantalla, de inmediato, el contenido de todos sus archivos.

Y surgen a velocidad vertiginosa ante nuestros ojos una sucesión inabarcable de imágenes reconocibles, que intentamos estructurar en ese "ordenador personal" para dar una respuesta adecuada a la exigencia recibida.

Este repaso en profundidad a los recuerdos nos sacude hasta límites extremos, agudiza nuestra sensibilidad y nos mantiene en un estado de excitación, mientras dura la proyección. Sólo cuando, por fin, realizamos un coherente montaje de fotogramas, cuando ponemos en orden todo el revoltijo de pensamientos y le encontramos sentido, empezamos a recobrar el sosiego y llegamos a presentir con toda pureza el dulce sabor o la amargura que nos va a quedar al terminar la película.

Pues, bien. Más o menos, esto fue lo que me ocurrió, hace unos días, al recibir la carta del actual director del instituto, Francisco Carrascosa. Su noticia sobre el 150 cumpleaños de un lugar en cuya historia hay parte de la mía y su invitación a "rememorar" se convirtieron en un mandato de aquella naturaleza a la que antes me refería, por el que los recuerdos estallan todos a la vez. como una inmensa explosión de fuegos artificiales en cadena, como gigantescas luminarias intermitentes en el obscuro firmamento infinito de la mente.

Obligado, pues, a recordar el Instituto, el resultado -menos mal- ha sido agradable.

Recuerdo que recordé, y muchas veces recuerdo, a los compañeros, a los amigos.

Y a los profesores.

Y las aulas, los pasillos, el patio, el gimnasio, el salón de actos...

Los días fríos y nevados, o soleados, o lluviosos. Carretería al filo de las nueve de la mañana, camino de clase.

La Secretaría, las colas de las matrículas, el diario de notas, la Jefatura de Estu-

Angustias y temores al "cero" y a la "falta de orden".

La alegría y el orgullo del "diez" (También había el redíez"). El olor de los pupitres, el olor del aire y de los días.

A un chaval lleno de vida, percibiendo, disfrutando, sufriendo, soñando.

A mi gente.

Mi ciudad.

Y recuerdo cómo, poco a poco, en aquel tiempo se iba tejiendo algo firme en mí y que el instituto era uno de los hilos principales de la trama.

Y así, saltan y saltan las imágenes en mi memoria y se configura un recuerdo más y más exacto, como un discurso fácil de entender y que viene a darme un mensaje sencillo: de todo aquello estoy hecho en gran parte y sigo viviendo con ganas de vivir. Conclusión: me parece estupendo.

He aquí un resumen de ese recuerdo, en torno a cuatro conceptos (cuatro letras, cuatro palabras), que ligan lenguaje y vida:

A, de Amistad: los compañeros. De ellos tengo esa sensación de amistad, creo que recuerdo a casi todos y que, si a alguno olvido, lo recordaría con la mínima ayuda.

B, de Base: los profesores. De ellos guardo un recuerdo de apretados detalles, como un bajorrelieve barroco: el estilo disciplinario del director de entonces, don Joaquín Rojas, cuando nos imponía respetar el silencio y guardar fila a la entrada de las clases; la humilde minuciosidad con que su esposa, doña Camila, nos enseñaba las Ciencias Naturales a través del libro escrito por su marido; la ironía de don Paco León. feroz a veces, que nos hacía penetrar en el ámbito de los ángulos opuestos por el vértice a golpes de trueno de su voz, la humareda de sus cigarrillos, la picardía de su risa y el afilado estilete de sus preguntas; la parsimoniosa filosofía matemática de don Juan Martino: el sarcástico sentido del humor de don Fidel Cardete entre la retahíla de declinaciones y relatos cinegéticos; la despeinada lógica de don Víctor, gracias a la cual entendí la enjundia del latín y, curiosamente, el código de relación de las ecuaciones numéricas; la siempre chispeante y graciosa sonrisa de doña Virginia, que afianzó y ensanchó mi gusto por la Gramática; la literaria suavidad de doña Mercedes, encantadora y preciosa presencia en la tarima, desde sus pequeños y bien calzados pies hasta su delicado y recogido pelo, figura de armoniosa proporción y movimiento, palabra tierna y atractivo efluvio, pelín dura a veces, que a todos nos enamoró, y, naturalmente, nos guiaba al amor de cuantos personajes e historias en la LIteratura han sido, así como nos hacía congraciarnos con el rotundo corpachón de su esposo, don Ramón Roca, y las no menos macizas Física y Química; el amabilísimo trato que nos dió doña Elisa en sus apacibles clases de Dibujo, salpicadas, salteadas, sazonadas, salpimentadas con otras clases de Dibujo impartidas por una persona no menos cariñosa y pacífica, don Emilio; y las no menos entrañables clases de don Eduardo Dueñas, el eterno despistado, con el cual cabía sumergirse en el más distorsionado mundo de lo abstracto y de lo absurdo por medio de las más concretas y cotidianas situaciones; y el contrapunto de la personalidad de don Luis Brull: aquella finura de las formas, su pulcra exactitud en

la medida, la corrección en persona, lección constante de cortesía, de diplomacia, de entendimiento de la Historia; el teatral relato histórico-geográfico de don José Niño Astudillo, traje gris, traje marrón, sombrero gris, sombrero marrón, zancada larga, pausada, mirada lejana, aquellas caminatas suyas con el viejecillo señor Higueras siempre trotando detrás; y el otro contrapunto, o más bulliciosa o más densa, según quien la rigiera, don Emilio y don Julián; el descubrimiento del Francés de élite con don Charles Advenier, y el alivio del Francés didáctico con doña Teresa; y el desquite final, la liberación de ataduras al llegar al gimnasio con don Alejo, alto, flaco, calvo, desgarbado, cascarrabias y permisivo, gruñón y bonachón.

C. de Conocimiento: el Teatro. Con él, el Instituto nos abrió en Cuenca una puerta a la creatividad y al conocimiento más amplia que la propia de la estricta enseñanza academicista. Digo dos nombres para enhebrar el recuerdo de todos los demás: Vidal Acebrón y Pilar Tolosa.

D. de Destino: PERFIL. Fue también, para muchos, un importante lugar de expresión, para mí fue una de las primeras llamadas de atención hacia el mundo en el que posteriormente he implicado una parte fundamental de mi vida.

Por todo ello, hoy sonríe mi memoria. Brindo.

JESÚS DE LAS HERAS

DEL ROJO Y AMARILLO A LA **ESPERANZA**

oy, por primera vez, he visto florecidas la tamarilla y la amapola.

He vivido estos días tantos ratos amargos que contemplar, admirado, su sencillez y sus limpios colores, ¡Cómo me han alegrado el corazón!

Te doy gracias, Señor, por derramar tanta belleza en la Naturaleza que nos calma y serena.

¡Qué hermoso en la amapola el color rojo!

Qué bien lo entienden los enamorados cuando, para expresar su amor. ofrecen una flor de este color!

La tamarilla, con su pequeña flor clara, sencilla y tan dorada ha iluminado la amargura que me ennegrece el alma.

Son pequeñas estrellas, a plena luz del día, que con su resplandor alumbran nuestra noche en su verdor

Bendigo a la pequeña tamarilla, Dios Creador, y a la roja amapola que esta mañana me han hecho volver a ver la vida con luz y confianza

¿Cómo podré alabarte por tan hermoso don?

Cómo me gustaría, ofrecerte. de relucientes tamarillas y de amapolas rojas un ramillete!

Un ramillete de rojo apasionado, de amarillo claro y resplandeciente y verde esperanzado.

JULIÁN HERRADA

SOPLONES. PELOTILLEROS Y **ACUSICAS EN LA** ANTIGUA ROMA (Los Delatores)

En la Roma antigua la vida de los personajes políticos se pasaba entre acusar y defenderse. Catón el Censor fue acusado 44 veces y acusador muchas más. Todavía a sus 90 años apareció an el foro para denunciar ante el pueblo a Servio Galba que había dado muerte a toda una tribu lusitana.

La acusación era el procedimiento más

cómodo y rápido para que los jóvenes ambiciosos se dieran a conocer en política. Escogían un personaje importante y de escasa moral del partido opuesto y lo denunciaban ante el pueblo. Si triunfaban, todos se fijarían en ellos. Así entraron en la política César, Celio y el mismo Cicerón, que comenzó acusando a Verres por su rapacidad mientras fue gobernador de Sicilia. Sin embargo, el mismo Cicerón, al final de sus días, llegó a escribir que le parecía inhumano emplear para perder a las gentes un arte que la naturaleza había creado para salvarlas. Pero aquellos escrápulos los vencía la ley que ordenaba dar a todos los que hacían condenar a cualquiera, la cuarta parte de los bienes del condenado, por eso a los delatores se les llamó, durante el período republicano, quadruplatores, es decir, los que cobran la cuarta parte.

Como los abogados no podían recibir dinero por sus defensas, era para ellos más remable acusar que defender, y los que deseaban enriquecerse hicieron de la acusación un oficio.

Durante la República el delito político fue el más aprovechado por los delatores que se apoyaban en una lex maiestatis que castigaba con la muerte a cualquiera que hubiera dañado la grandeza y dignidad del pueblo romano. Mediante una hábil interpretación de la citada ley, el dictador Sila consiguió hacerla extensiva incluso a las palabras, y así se desembarazó, dandoles muerte, de todos sus adversarios. Entonces se tuvo miedo de cambiar impresiones hasta en la intimidad de los hogares, por aquello de que "las paredes oyen".

Cuando llegaron los emperadores, se aprovecharon de aquella ley que protegía la seguridad de la república, y, ante el emperador se exigió una adoración servil. La obediencia fue un culto y el error más insignificante un pecado. Hubo personas que fueron condenadas bajo la acusación de haberse cambiado de traje delante de un retrato del emperador.

En tiempo de Augusto, un tal Cornelio Galo, joven guapete y ligón, que componía versos un tanto verdes y perseguía a las jóvenes más bonitas de la aristocracia romana, combatió en favor de Octavio y recibió como recompensa el gobierno de Egipto. Pero el poder se le subió a la cabeza y permitió que le erigieran estatuas e incluso grabaran su nombre en las pirámides. Posiblemente algún traidor acusica de entre sus íntimos le delató ante el receloso Augusto. Fue llamado a Roma y no se le permitió acudir el palacio imperial. Todos se volvieron contra él; se le procesó y fue condenado al destierro. Desesperado por tan injusta sentencia y por la ingratitud del emperador, se suicidó. Augusto fingió llorarle, pero dió las gracias al senado por "haberse mostrado tan sensible a las injurias inferidas al emperador".

En época de Tiberio, los delatores llegaron a ser una institución popular. El emperador los necesitaba para perder a sus enemigos y disponer de sus bienes y haciendas. ejerciendo sobre los romanos una tiranía insoportable. Escribonio Libón se vió acusado por cuatro delatores y no pudo encontrar ni un sólo defensor.

por qué incluso personas distinguidas se dedicaban a profesión tan deshonrosa? A parte de la ambición política, la causa fundamental era la educación. Tanto en la república como en el imperio el principal ejercicio de la juventud era la retórica. La elocuencia encumbraba a los mejores y era signo de distinción. Todo joven aspiraba a conseguir la elegancia oratoria de Cicerón. Nunca hubo tantos profesores de retórica como en la época de Augusto; pero no se dedicaban a explicar moral y formar el carácter; lo esencial para ellos era el bien hablar. En las escuelas de retórica, después de hablar de Cicerón y de Hortensio, se hablaba de los oradores contemporáneos, pero esos oradores eran precisamente los delatores. Incluso Quintiliano, cuando pone a sus alumnos ejemplos de oradores contemporáneos, elige un delator.

Otra razón muy importante para ser delator era la esperanza de recompensas, pues, si bien correspondía por ley al delator la cuarta parte de los bienes del condenado, a veces se aumentaba la suma cuando la víctima era persona importante Después de la condena de Trásea Peto y de Barea Sorano maquinada por Nerón, cada uno de los acusadores, Eprio y Cosuciano, recibieron cinco millones de sestercios (aproximadamente millón y medio de pesetas), y dos acusadores Eprio Marcelo y Vibio Crispo ganaron con este oficio más de trescientos millones de sestercios. Incluso se recompensaba a los delatores con cargos públicos. En los últimos años de Tiberio, sólo se llegaba a cónsul después de haber perdido, mediante acusación, a algún enemigo del emperador; y todavía en tiempo de Domiciano, la delación era el camino más corto para obtener cargos públicos. No es extraño, pues, que Séneca escribiera: "sobrevino por todas partes un furor de acusar que agotó a Roma mucho más que una guerra civil".

Hubo delatores en todas clases sociales, tanto entre los esclavos, libertos y soldados como entre los representantes de la nobleza. Algunos fueron tímidos y avergonzados de sí mismos, como Silio Itálico que fue una vez delator y se pasó el resto de su vida arrepintiéndose, pero la mayoría eran desvergonzados y cínicos, como Mecio Caro, o el zapatero Vatinio, que después de ejercer de bufón en las casas de los ricos haciéndolos reir, terminaba haciéndolos llorar mediante delaciones y calumnias.

Famoso delator de la época de Tiberio fue Domicio Afro, conociendo el odio de Tiberio a la familia de Germánico, acusó de adúltera a Claudia Pulcra, prima y amiga íntima de Agripina, la esposa de Germánico y madre de Calígula.

A una familia ilustre, pero arruinada, perteneció el delator Aquilino Régulo, que practicó su vil oficio en época de Nerón y Domiciano. No tenía dotes naturales para la oratoria, pero a base de trabajo y esfuerzo, llegó a ser un gran orador porque su meta era hacerse rico. Se propuso atesorar sesenta millones de sestercios, pero cuando lo hubo conseguido, no se conformó hasta que duplicó aquella suma.

A veces los delatores corrían riesgo, Tiberio, cuando decidía prescindir de sus servicios, buscaba un simple pretexto para desterrarlos o condenarlos a muerte.. Después de Domiciano, para castigar a los delatores, odiados por la opinión pública, se ordenó embarcarlos en naves sin piloto y dejarlos a merced de las olas en alta mar.

Los delatores de la época imperial no sólo influyeron a nivel social, sino que fueron también temibles a nivel familiar. Desde que Augusto permitió aceptar ante la justicia la acusación de un esclavo, se abrió la veda de los amos, porque al esclavo delator no sólo se le daba la libertad, sino también la octava parte de los bienes del amo. Las casas de los ricos se llenaron de espías y con razón pudo escribir Séneca quot servi tot hostes "tantos siervos, tantos enemigos".

Puede decirse que en la Roma de los Césares y por culpa de los delatores la vida pública perdió espontáneidad y se hizo imposible sin recurrir a la humillante adulación del príncipe. En cierta ocasión, Calígula. que, como sabemos por Suetonio, cometía incesto con sus hermanas, preguntó al senador Pasieno Crispo si él no era el querido de su propia hermana, y el pobre Pasieno, sin atreverse a vituperar al emperador, se limitó a responder: "todavía no". Y el mismo Calígula, la noche en que había ordenado matar a un caballero romano sólo porque le encontraba demasiado apuesto, invitó al padre de aquel joven a una cena en el palacio imperial. El infortunado padre acu; dió al convite temiendo por la vida de otro hijo suyo.

Vitelio, el padre del que después fue emperador, sabiendo que Claudio estaba dominado por su mujer, Mesalina, y por sus libertos Narciso y Palas, llegó en su adulación a colocar entre los dioses lares de su familia las estatuas de Narciso y Palas, y, después de conseguir que Mesalina le diera una de sus sandalias, se la colocó respetuosamente, a modo de reliquia, entre la túnica y la toga y la sacaba de vez en cuando para besarla.

Cuenta Séneca que cuando a un anciano cortesano se le preguntó cómo había podido envejecer en la corte, contestó: "recibiendo injurias y dando las gracias". Aquella era la única manera de llegar a viejo en la corte de los césares. No es extraño, pues, que Séneca defendiera la decisión estóica del suicidio como remedio para los males del imperio y como antídoto contra la tiranía. El suicidio era el único derecho que dejaba a los romanos el despotismo imperial.

VÍCTOR JOSÉ HERRERO

DE LO QUE ACONTECÍA EN ESTAS MISMAS AULAS

a inclinación natural del ser humano es la de sentirse joven, mirar en lontananza el ocaso senil. Pero hay momentos de la vida en que a uno le gustaría ser lo suficiente mayor en edad para escudriñar en sus lejanos inviernos, para rescatar ese privilegiado patrimonio de las vivencias. Cuánto más añejas nos unen e identifican con las que divergieron dispersos al son que marcaban familias, suerte y esfuerzo.

Este es uno de esos momentos y éste es uno de esos privilegiados patrimonios colectivos. Para los que perdieron el ademán hierático en lo alto de las tarimas de las aulas, y para los aprendices de la vida que dejaron su muesca en los desencolados bancos de madera o de formica, el Instituto Alfonso VIII supone una referencia obligada en lo que de inmaterial llevamos como personas.



Los que daban, porque se contagiaban del encanto de la leyenda, haciendo gala de una rara generosidad docente. Los que recibían, porque iban rellenando sus huecos naturales, a plena satisfacción, con lo que después vendría en llamarse conceptos, procedimientos y actitudes para ejercitarse en la

El Alfonso VIII está grabado en la mente de miles de conquenses de la misma manera que los tatuajes en los jóvenes de ahora, con esa tinta indeleble dispuesta a desafiar la constante erosión de los jabones y detergentes sociales.

En los tiempos en los que se suelen añorar muchas cosas, desempolvamos aquel Alfonso con el limpio propósito de agradecer lo que nos cedió, nunca para entrar en el juego maniqueo de la odiosa comparación. Refrescamos aquellos momentos, guardados en la memoria del agradable recuerdo, con ese buen sabor de boca que queda después de una experiencia positiva vivida, dejándolos sobre este papel tal y como los encontremos de sesgados y de subjetivos.

Nos parece todo lejos y cercano a la vez. Se nos agolpa el "rediez" de D. Luis Brull y el 0,3 de D. Fernando Manzanares. El pistolón del teniente Chorros y el bigotillo de D. Alfonso Montenegro. Se nos acortan los pasillos y se nos alargan los pedestales. Y por encima de todo, como un cirro blanco, un instituto señor, firme, altivo, que nos iba soltando a las cien opciones personales con la garantía de su inamisible dote.

Hoy que el materialismo avasalla, que el estudio es imposición social exento del más mínimo esfuerzo personal, necesariamente tenemos que ver al viejo Alfonso con otra óptica, con la del que sudó matemáticas en aquellas pizarras despegables, la del que conoció el mundo a través de sus ventanas de falleba y con la del que encontró horizontes tras sus puertas de aldabilla; las mismas que la picaresca estudiantil pronto supo franquear introduciendo por la ranura el calendario que casi todos llavábamos en el bolsillo trasero del pantalón.

Aquel Alfonso... era el Oxford conquense donde se gestaba toda la vida cultural de la ciudad. Sin hipérbole.

Era el "más que un club" deportivo que desataba el forofismo de sus alumnos.

Era la joven "Residencia de Estudiantes", con su Internado, que proporcionaba hogar y ciencia a la élite despierta de los pueblos, en una vocación de servicios a la provincia.

Era mucho de todo.

Y en ese todo entra lo que a cada uno le quedó. Aquello que no se ha amado y/o sufrido no deja en la persona ningún recuerdo. El Alfonso VIII se ha amado más que sufrido y quizá esté ahí la grandeza de sus cientos cincuenta años. Es el referente de muchas generaciones. Punto común de corrientes y modas dispares. El suma y sigue de experiencias individuales como la nuestra que, después de bastantes años, siguen vivas. Mucho de lo allí vivido nos acompaña para siempre.

Cuando la reciente tecnología digital nos acerca una cancha de tenis usando un aparato de 25 pulgadas como medium, nos viene a la memoria aquel primitivo televisor encerrado en un armario de madera con puerta de dos hojas, similar a aquellas cajas que recorrían los hogares por riguroso turno y que al abrirse permitían contemplar una Virgen. Cuando aquellas puertas se abrieron en lo alto del escenario, no apareció la milagrosa Virgen ante los alumnos expectante, pero sí otro milagro: Las evoluciones de un Manuel Santana en la final de la Copa Da-

Aquella caja barnizada de modo brillante era doblemente mágica, se podía ver un partido de tenis jugándose en Australia o ver a los compañeros de clase batiéndose en el programa "Cesta y Puntos". Todo, en un sobrio Salón de Actos donde no nos explicábamos cómo unas lamparitas colgadas de la pared podían iluminar sin llegarles hilos. Otra tarde, al apagarse las lamparitas y sobre el mismo escenario, la caja mágica se tornaba en un espectáculo de penumbra para representar los Intereses Creados. Desde la penúltima fila reconocíamos entre las

vestimentas de época a los compañeros y compañeras de Preu, en un alarde de trabajo y creación.

No siempre era gozar, deberían haber entrado en el espectro de lo mitológico aquellos fatídicos "puntos de coeficiente". Eran diez como mandaban los cánones y no podían sumar otro número. Pasamos por el Alfonso sin llegar a comprender su semántica, pero invocarlos suponía echarse a temblar, sin que fuese preciso que se iniciara la resta. Entrelazados con la LOGSE harían desternillarse a nuestros díscolos estudiantes.

Detrás de todo, un profesorado de los que ahora diríamos que "iban a heredar... manteniendo el tipo frente a los bajos sueldos y la astucia. Nunca sabremos si llegaron a conocer toda la gama y variantes del "chuleteo" y la copia. Si llegaron a saber que aquellas maletas de madera que viajaban de los pueblos portando ilusiones y pantalones de pana y paño servían de gigantesca "chuleta" desde fuera de la clase, a modo de pizarra, para aportar a los sufridos examinantes fórmulas, soluciones y aprobados.

Los "pollitos" de D. Virginia (con la que el afortunado destino nos hizo emparentar). Para ella, no llegábamos a "pollos" hasta que la Reválida Elemental nos doctoraba. Nunca un taconeo de mujer pudo despertar más respeto y admiración entre sus alumnos.

Las derivadas y derivaciones de D. Eduardo Dueñas. El hombre que confundía botones y hojales de sus prendas inferiores cuando ya la mente le flaqueaba, exprimida por sus muchas horas de intensa dedicación a la enseñanza y que, con un "eeehhh no sabe usté", te planteaba un cero inapelable e irrecurrible entre las risas desaforadas de los compañeros. No obstante, existía remedio para ello, aquel cero se convertía en 10 si convencías al que, manejando el bloc de notas, hacía de su secretario mientras él subía y bajaba incansable el escalón de la tarima.

Permítasenos la digresión. Viendo la discencia de hoy, el chuleteo y las sutiles maniobras de entonces nos parece que respondían a unos imperiosos deseos de aprobar. Existía una gran presión familiar y social sobre el estudiante, que probablemente echamos de menos en la enseñanza actual.

No justificamos en ningún caso la pillería estudiantil, pero vemos en lo de antaño una manifestación de las ganas de llegar y superarse. El Alfonso VIII creó el microclima para esa superación. Parece un contrasentido: cuando la sociedad no necesitaba ser competitiva, la competencia en las aulas llevó a muchas personas a la meta; ahora, que ni con exhaustiva preparación se puede asegurar el futuro, las aulas vienen a ser jaulas de grillos, con las excepciones que toda regla acarrea.

Sigamos... Monsiur Pondal y su rechazo a las naranjas. Llevado de su exquisita cortesía, no se atrevía a despreciar los jugosos cítricos que la señora Jesusa le servía de postre y los coleccionaba en el alféizar de la ventana circular del último piso, madurándose y aún pudriéndose al solano conquense, ante nuestras curiosas miradas que veían como aumentaba la colección día a día.

El compás de D. Juan Martino, que no le tendría envidia a los últimos modelos. Plegable, manejero, barato pero irrompible, gran precisión, bajo consumo, flexible y homologado; de todas sus cualidades destacaba el fácil repuesto. Los cordeles, nacidos pata atar paquetes, no imaginaron que algunos de ellos desempeñarían magistralmente la didáctica misión entre los dedos expertos de tan educador prohombre.

Y los 7 de marzo aquellos eran ¡fiesta nacional!. Nuestro mayor gozo pasaba por comprobar que el señor obispo bajaba al acto académico. Si su solideo fucsia destacaba entre las sabias calvas de los presidenciales, con toda seguridad sería vacación lo que restaba de semana. No en vano el poder se hallaba repartido entre uniformes y sotanas.

Días estaríamos evocando recuerdos y personajes pero "fin con este párrafo iremos dando..."

Nuestra remembranza es plácida nostalgia. Sin embargo no queremos monopolizar, ni exclusivizar toda una trayectoria de 150 años en esa Edad de Oro del Alfonso, por las décadas de los 50 y 60. Ciertamente grandes mostruos de la docencia que están en la mente de todos recalaron en sus aulas. Ilustres personajes cimentaron aquí su sobresaliente formación. Pero este querido Instituto suma y sigue... seguirá siendo adalid de la buena Educación durante otros 150 años porque el mejor profeta del futuro es el pasado -decía lord Byron- y sobre todo si demuestra un prestigioso presente -añadiríamos nosotros-.

ÁNGEL JARQUE ANDREU

AÑOS INSEPARABLES

ada vez que recuerdo aquellos años que viví en Cuenca, los del Instituto, llega hasta mí la emoción de comprobar cómo aquel tiempo trae entre sus días agridulces y grises, llenos de pecados y de ángeles, no otra cosa que el rostro adolescente de mi destino. Llega uno a una edad en la que se sabe resultado de una suma de recuerdos, en la que los días por venir empiezan a interesar cada vez menos; sabemos, en fin, que la Historia no ha venido nunca -ni vendrá- a salvarnos, a redimirnos, de nada. Pero uno sabe, también, que puede caminar por otras sendas,

lejos del mundanal ruido por decirlo con palabras de nuestro Fray Luis. Y es entonces cuando uno se aferra al lenguaje más que nunca, al lenguaje como salvación verdadera, es decir, como creación poética, único medio para organizar nuestro caos y dar un sentido a nuestro presente. Alguien ha afirmado que en el lenguaje de la poesía está encerrada la posibilidad del renacimiento.

Dicho todo ésto creo dejar claro que aquellos días están aquí al lado, forman parte de mi presente y, también, de mi futuro, pues todavía hay instantes, momentos de aquella época que no han sido nombrados, que esperan una forma en la que poder expresarse. No veo los años del Instituto como si se tratara de un montón de fotografías oxidadas por la nostalgia sino como posibilidad, como posibilidad habitable. Lenguaje en suma, instalado en el horizonte hacia el que miro.

Ciertos recuerdos, teñidos por la melancolía, ya fueron expresados en un pregón que se me pidió para la Feria del Libro y en cierta auto-presentación que precedió a una lectura de poemas dada en el Instituto el pasado año. No creo que sea ocasión de dar a la imprenta ningún recordatorio, sí el reconocimiento por mi parte hacia unos años decisivos en mi vida pues me dieron a Társila y unos primeros poemas en los que quedé encerrado para siempre; además de un buen puñado de verdaderos amigos.

Aquel Preuniversitario fue para mí fundamental en cuanto a la escritura poética se refiere. Nos tocó estudiar a Góngora, la "Fábula de Galatea y Polifemo", con aquella espléndida profesora que era Dª. Mercedes. Creo que allí empezó todo. Se trataba de analizar, de diseccionar, de deshacer en sílabas los metros, de pesar las palabras, de escuchar los sonidos del roce de un vocablo con otro. Aprendí a dibujar con palabras el rostro de nuestros sentimientos; a dar forma a aquello que nos mira y no tiene todavía existencia. Para escribir hay que aprender primero a leer. A leer de una manera muy determinada. Es lo que en aquella clase nos enseñó a hacer Dª. Mercedes. Tuve la sensación de asistir a la autopsia del lenguaje poético de Góngora. La página del libro se había convertido en una mesa de operaciones y el aula en un quirófano en el que intentábamos analizar las vísceras de aquel objeto vivo y emocionante que era el poema. A veces me inclinaba para recoger los verbos que yacían, sin memoria, con sus alas abiertas, del pupitre hasta el suelo.

Esta forma de leer estaba a un paso ya de la escritura. Es decir, lo que yo experimenté entonces fue lo que el poeta -según me informé en Elliot más tarde- experimenta en el acto creador: desde luego no la poesía sino el material poético. Exactamente igual que ocurre al albañil que trabaja en la construcción de un edificio sólo puede experimentarlo cuando está terminado. El poeta experimenta el poema que escribe como lector, una vez incluído.

Todas estas cosas, tan importantes para mí, debo agradecerlas a ese Instituto pues que en él tuvieron lugar. Pasado que con el tiempo se me ha ido convirtiendo en lenguaje: lo mejor que ha podido ocurrirles a momentos tan entrañables, a días tan queridos. Más allá de las palabras, del lenguaje, lo innombrable: el poema que todavía les debo.

DIEGO JESÚS JIMÉNEZ

EL I.B. ALFONSO VIII, UN "INSTITUTO ABIERTO"

omo profesor y antes alumno, Mª. Luz, Leonor, Encarnita, Pilar..., me han encargado que reciba a antiguos alumnos y profesores y que, todos juntos, recordemos lo que era "nuestro Instituto", Los recuerdos son muchos, pero yo quiero ahora referirme a uno solo de ellos.



Aquí escuché mi primer concierto (Yepes, L. Querol...), mi primera conferencia (D. Luis Brull,...), fui espectador de obras de teatro (Pilar Tolosa,...), vi aparecer al "Gordo y al Flaco" en la pantalla, mientras D. Joaquín estaba detrás de la cámara,

Aquí, en consecuencia, encontré cosas que era difícil, más bien imposible, encontrar en otros lugares de Cuenca.

Aquí tuve la oportunidad, de desarrollar aspectos de mi personalidad, que no estaban contempladas en la enseñanza reglada.

El Instituto se convirtió en un foco cultural, de indudable proyección en nuestra provincia y fuera de élla y puso a disposición de los conquenses, sus instalaciones, medios, ...etc, de forma que, cuando aún no había ni Casa de Cultura, ni Auditorio ... en Cuenca, el Instituto suplía sus funciones (o hacía sus veces).

Ahora se habla de abrir los centros escolares fuera del horario lectivo, buscando,

acercar la escuela a su entorno, vincular el trabajo de los alumnos al mundo real, que todos los miembros de la comunidad consideren la escuela "como algo propio"

Pero estos objetivos no son nuevos en nuestro Instituto, que casi siempre ha permanecido abierto muchas más horas de las que el horario escolar indicase. Por eso, los conquenses lo quieren. Por eso acuden en masa, en cualquier ocasión en que se les convoca.

Esa era la visión que teníamos tres antiguos alumnos -Angel Luis, José Manuel y yo- cuando accedimos a la dirección del Centro, hace 15 años, y, por ejemplo, nos planteamos la remodelación del Instituto que entonces se realizó. Concebimos el centro, desde un principio, incluso arquitectónicamente, para ser utilizado por otros miembros de la comunidad, fuera y dentro, del horario escolar.

La Biblioteca se ubicó en la planta baja, y, junto a la Capilla, se las dotó, no sólo con puertas al patio interior, sino también con puertas a la calle, pensando en su posible uso como Capilla y Biblioteca Pública, para todos los conquenses. Toda esta planta, con la Cafetería, Salón de Actos, Instalaciones deportivas -dos campos de deportes, y dos gimnasios-, Biblioteca y Capilla se transformó en una zona cultural, que podía estar abierta siempre, sin que, si se quería, se pudiera acceder al resto del edificio.

De forma análoga -acceso directo desde el exterior, independencia del resto del edificio cerrando determinadas puertas...-. en la primera planta, instalamos el aula de música, proyecciones..., además de las dependencias que conservamos en su lugar: Sala de profesores, Despachos del director y jefe de estudios, museo zoológico y geoló-

Y, siguiendo la tradición, realizamos actividades extraescolares. Recordemos "Aula VIII", luego "Escuela abierta", Perfilejo; cedimos nuestras instalaciones a grupos de teatro -Cómicos del Carro,...-, a la Escuela de Graduados Sociales; colaboramos con otros Institutos de Cuenca, Valencia y Murcia en la organización y realización de otras actividades, ... etc.

Ahora debemos desarrollar nuestro "Proyecto educativo de Centro" y entiendo, que todos tenemos que participar en la tarea. Y al hacerlo, debemos tener presente en la memoria, a aquellos que crearon el espíritu propio del Instituto de Cuenca.

Por eso pido un reconocimiento expreso, no solo del Instituto, sino de toda Cuenca, para D., Juan Giménez de Aguilar y D. Joaquín Rojas, que personifican posiblemente con otros muchos, esa apertura del Instituto a la ciudad y a la provincia ¡Cuánto

Por eso pido que, de una vez por todas, formemos la "Asociación de antiguos alumnos y profesores", que colabore, en la recuperación de nuestra historia, en el mantenimiento del carácter abierto de nuestro centro, en la elaboración del Proyecto educativo y en tantas y tantas otras cosas.

JAIME JIMÉNEZ SÁIZ

UNA EVOCACION

A Don Juan Martino

Lra un libro de pastas duras, encuadernado en tela gris. Fue el primer libro que lei. De su autor sabía dos o tres cosas aprendidas de memoria: que era vasco, que pertenecía a la generación del 98 y que algunos de sus libros tenían títulos bien sugerentes para un muchacho de mi edad: "El cabo de las tormentas", "El laberinto de las sirenas", "La estrella del capitán Chimista", "La ciudad de la niebla". Desde luego, con catorce años yo no había leido ningún libro de Baroja ni de ningún otro escritor, e igual creo que ocurría con el resto de mis compañeros de curso de aquel lejano bachillerato. Era el año 1961 o 1962.

Como mucho habíamos leído algunos pasajes del Quijote, ciertas noveluchas de quiosco, poesías de clásicos dulzones o fragmentos sueltos de la "Eneida", que a mí me resultaban tan misteriosos como la mirada, a través de sus gafas, del mejor profesor de latín que jamás haya conocido: Don Víctor Herrero, catedrático de latín y griego que poseía, seguro que además de otras muchas, dos cualidades que no siempre se dan juntas en quienes ejercen la docencia (y a veces ni juntas ni separadas): conocer profundamente la materia que se ha de impartir y saber hacerla comprender a quienes se imparte. (Hasta con los estudiantes que eramos particularmente torpes o inaplicados sabía Don Víctor Herrero cómo sacarse de la manga algún juego didáctico cuando, por ejemplo, aparecía en una traducción algo tan enojoso como un ablativo absoluto, un obstáculo absoluto). A Don Víctor Herrero, hoy jubilado, le he vuelto a ver no hace mucho, después de tantos años. Conserva la misma mirada misteriosa y profunda.

Pero estaba refiriéndome a un libro de pastas grises. Se titulaba "Las inquietudes de Shanti Andía" y era su autor Pío Baroja. Aquel libro tenía más de trescientas páginas y constituía tan sólo una pequeña muestra de la lista de cuarenta títulos (algo así como una biblioteca básica de la literatura española) que el nuevo catedrático de la asignatura nos había impuesto como lectura obligada a los alumnos de aquel curso. El exigente catedrático se llamaba Don José Mondéjar, y ese año estrenaba plaza en el instituto Alfonso VIII. Sólo aquel año estuvo con nosotros. Yo siempre le recordaré,

Aquel Don José Mondéjar resultó ser muy severo, excelente profesor -hoy lo séy tenía algunas ideas bien claras sobre córno enseñar literatura. Nunca podré olvidar que el primer día de clase entró al aula con cara circunspecta, utilizando el tratamiento de usted con muchachos de catorce años y avisándonos del riesgo que corríamos si no estudiábamos debidamente la asignatura. Estas fueron sus primeras palabras: "Mi trabaio consiste en avudarles a aprender literatura española. Pero además de mi ayuda habrán de estudiarse su libro de texto y leerse les cuarenta títulos que les daré a continuación. En ellos está resumida la historia de la literatura española"

Todos quedamos sorprendidos y casi todos aterrorizados. Recuerdo a un par de chicos que se pusieron a llorar después de copiar la interminable relación de títulos y nutores que iban desde el "Cantar de Mio Cid" hasta "Tormenta de verano", la última novela de un tal Juan García Hortelano, quien por lo visto era, allá por los comienzos de los 60, uno de los más estimados valores de la nueva novela española

Dudo que los alumnos de aquel cuarto curso cumpliesen con la mitad de la tarea encargada. Yo tei ocho o diez libros, y recuerdo haber detestado a Garcilaso de la Vega, morirme de aburrimiento con el Arcipreste de Hita, incomprender a San Juan de la Cruz y encontrarme derrotado leyendo poemas indescifrables de Góngora. Pero también recuerdo haber tenido una extraña sensación de goce leyendo aquel raro repertorio de aventuras que contenia el Quijote, sorprenderme con unos curiosos acertijos de alguien flamado Ramón Gómez de la Serna. disfrutar de una extraña compañía, la de Antonio Machado, y hasta notar cómo me iba haciendo más "adulto" conforme iba leyendo la novela de aquel tal García Hortelano (Juan, hoy fallecido, quien años más tarde me honraria con su amistad).

No recuerdo más lecturas, salvo la de aquel libro de Pio Baroja; un ejemplar de pastas duras, encuadernado en tela gris: el mismo ejemplar que tengo ahora encima de la mesa, tremta y tres años después

Al final del curso aprobé la asignatura. aunque eso no fue lo más importante. Pasados los años me daría cuenta de que lo más importante de aquel curso fue haber realizado, sin advertirlo entonces, un gran descubrimiemo, no sé si el más importante de mi vida, pero sí el más dichoso: los tibros, la titeratura

Fue, en efecto, en aquel libro de pastas grises donde se me reveló un universo delerente, un ámbito para mí desconocido: el de la invención literaria. Imaginé que detrás de aquellas páginas había alguien capaz de fabular, crear historias, personajes, mundos y opiniones. Descubrí también la soledad de la loctura y, más tarde, la soledad compartida de la lectura.

Recuerdo la habitación a la que me marchaba a leer -por obligación al principio y luego también por curiosidad lectora- en aquella enorme y vieja casa, hoy desaparecida, donde vivía con mis padres y mi abuelo; y tampoco se me ha borrado la luz de ciertos atardeceres de primavera, ya en el Eltimo trimestre del curso, entrando por un balcón a poniente mientras devoraba las páginus de "Lus inquietudes de Shanti Andía". Y hasta guardo memoria de haber copiado frases leidas, frases inquietantes, descubrimientos, rarezas que yo anotaba en algún pupel como para no ofvidarlas por alguna razón. Sé que copié algo como esto, por ejemplo: "Las condiciones de la vida actual hucen a la mayoría de la gente opaca y sin imerés, y hoy a casi nadie se le ocurre algo digno de ser contado". Lo escribió Baroja en 1911 y yo lo lei en aquel libro de pastas grises y lo copié en una cuartilla que hoy encuentro entre sus páginas, treinta y tres años después. El primer libro que lei com-

Era el año 1961 o 1962, siendo alumno de aquel cuarto curso. ¿Se pueden olvidar COMES BUT?.

JOSÉ LUIS JOVER

MEMORIA DE PERFIL, PERFIL

DE LA MEMORIA

V olver a PERFIL, aunque sea inevitablemente un Perfil distinto, tiene algo de grato que ejercicio un poco freudiano y es invitación y honor de uno, veinte años después, acepta y agradece.

Aunque es de justicia reconocer que el Alfonso VIII ha hecho un gran esfuerzo arquitectónico por remozarse y alegrar fachada y tapiales, la verdad es que no logra quitarse del todo de encima un cierto aire penitenciario que va con su estructura, pero ello no deia de ser instructivo en cuanto que metáfora de las prisiones múltiples en que consiste la existencia humana e incitación consiguiente a las necesarias fugas de la imaginación y del espíritu. Además, siempre predominó en sus aulas un signo liberal cierto, sedimentado en posos de ilustración decimonónica y sabia filantropía humanista.

Regresando a los corredores penumbrosos de la memoria, he recordado un tiempo en que, por obras de una nueva sede y algo parecido, el Instituto femenino de la capital vino a compartir el edificio del Alfonso

VIII. Lo que no significa ni de lejos, que la enseñanza pasara a ser mixta. Para nada. Había por allí un jefe o jefa de estudios absolutamente genial, capaz de organizar turnos horarios y acotaciones espaciales tan prodigiosas que sólo de lejos acertabas a ver, muy de ves en cuando, un grupo de chicas en calzón azul, que favorecía muy poco, jugando balonmano. En aquellos tiempos, las muchachas jugaban mucho al balonma-

Debería darse retroactivamente un premio (a la gestión de recursos humanos) a aquel ingenio organizativo tan eficaz que para sí lo quisieran la central de Michelín o cualquier factoría de Detroit.

Aunque uno consiguiera descubrir, bastante más tarde, rasgos de compañerismo y amistad en la mujer, un aura de otredad, de misterio y hasta de latría pudiera quedar de aquel sistemático y planificado extraña-

El Alfonso VIII ha dado un buen puñado de buenos abogados, ingenieros, médicos o informáticos. Pero, en el fondo venimos a recordar siempre PERFIL, esa cantera de periodistas y de escritores, porque, si bien desdeñados siempre en el tiempo presente, los que hacen el pasado de un país o de una ciudad son sus literatos. Y los que junto con algún científico y político de mérito, dan empleo a los escultores y nombre y sentido a las glorietas, parques y avenidas de los callejeros urbanos. En vida se les regatea hasta el café con leche a los poetas, pero se ve que de muertos visten mucho.

Aunque don Juan Martino, armado de su gran bonhomía y de un mágico cordel que medía todos los universos posibles y aún los imposibles, se esforzaba en inculcarnos el amor al número (ese enigma), a las fórmulas abstractas o a las realidades virtuales soñadas por Euclides y Pitágoras, la verdad es que uno sentía ya los primeros síntomas del "mal incurable de las Letras", como escribió don Antonio Enríquez. Así que, en vez de profundizar en la magia cabal de las matemáticas, uno andaba sumido en vagas ensoñaciones, siempre viéndose



imaginar cosas más bien raras e intercambiando poemas excesivos con Eugenio Escamilla.

De manera que fue PERFIL el ámbito natural en que nos desenvolvimos. Con José Carlos Muñoz. médico hoy en un lugar de la Patria de Don Quijote y escritor muy dotado (por su ironía y su sentido epigramático de

la vida) para bién, para la Eugenio Esc la poesía de otros compai en torno a V nal y maestro que consiguio po de amigo mún.

Hablo de por la época, advertencias, cierto y hasta hoy ya más ce mo película de

Yo prefier memorables, en los talleres (bajos de la C Esteban), fasci Texto que ofici iistas, corrector

O la serie tascas de Cuer también mi her ro, y que introc nario y algo ci antaño, sólo rec tos del año aca como Maese G ban entrevistar. mil hazañas del y del que vivían dor de vino y de tas, pasábamos : la casa financial poníamos a ech acomodábamos dos un poco a le dos en negro rig ro de aluminio. nuestras chicas : cido.

PERFIL, Ins rribles y dulces bamos leones e soportar esa mar sólo servía para maques), sesione espalderas, clase Nacional (en qu men de Franco téntica de la Ga disidencia se sar verbal a Rusia, c teres inundados jara que te rajab oiga!) si osabas en horas no lecti

En fin, todo ahí. Del PERFII bién organizador do (que a lo me) vida es circulari-

Sólo hay do me molestan; la Alfonso VIII (er

la vida) para el columnismo literario y, también, para la investigación. Y el ya citado Eugenio Escamilla, que eligió lúdicamente la poesía del silencio. Formábamos, con otros compañeros, una cuadrilla ilusionada en torno a Vicente Tusón, el gran profesional y maestro en la enseñanza de las Letras, que consiguió hacernos sentir como un grupo de amigos embarcados en proyecto común.

Hablo de los primeros setenta y claro, por la época, existe todo un anecdotario de advertencias, presiones y censura que fue cierto y hasta quizá terrible, pero que se ve hoy ya más como comedia italiana que como película de las SS.

Yo prefiero recordar aquellas sesiones memorables, secretario de Vicente Tusón, en los talleres del viejo Diario de Cuenca (bajos de la Casa de Caballer, junto a San Esteban), fascinado ante las ceremonias del Texto que oficiaban con solemne esmero cajistas, correctores y linotipistas.

O la serie de reportajes sobre las viejas tascas de Cuenca, en la que tomaron parte también mi hermano Pepe y Eduardo Romero, y que introducía un aire callejero, tabernario y algo canalla en unas páginas que, antaño, sólo recogieran pulcros acaecimientos del año académico. Ilustres taberneros, como Maese Galo o Maese Botes, se dejaban entrevistar sabrosamente, refiriendo las mil hazañas del sacro néctar que veneraban y del que vivían (esa épica perdida del bebedor de vino y de cazalla). Tras las entrevistas, pasábamos a ser clientes distinguidos y la casa financiaba los primeros tragos. Nos poníamos a echar un futbolín y luego nos acomodábamos (pálidos, delgados, melenudos un poco a lo paje o mosquetero, ataviados en negro riguroso) no lejos del fregadero de aluminio, sintiendo ya nostalgia de nuestras chicas aún antes de haberlas conocido.

PERFIL, Instituto Alfonso VIII, años terribles y dulces de toda iniciación. No cazábamos leones en la jungla, pero debíamos soportar esa manía del campo a través (que sólo servía para iniciarse en escaqueos y fumaques), sesiones de tortura colgados de las espalderas, clases de Formación del Espíritu Nacional (en que se sostenía que el Régimen de Franco era la democracia más auténtica de la Galaxia y cualquier atisbo de disidencia se sancionaba con una pasaporte verbal a Rusia, cátedras de sexología en báteres inundados y hasta a un verdadero majara que te rajaba el balón (¡de reglamento, oiga!) si osabas echar un "gol regateador" en horas no lectivas.

En fin, todo éso y mucho más estaba ahí. Del PERFIL salieron libertarios y también organizadores de la Seguridad del Estado (que a lo mejor, eran los más ácratas). la vida es circularidad y sólo aparente parado-

Sólo hay dos enseñas mundanas que no me molestan: la del Madrid y la del Instituto Alfonso VIII (emoción perdida de aquellos

primeros días de curso, con la insignia en el jersey y el carné en el bolsillo, treinta puntos de conducta señalados en los bordes). Me alegro vérsela puesta recientemente al Doctor Arturo Pérez, otro ex-alumno importante, traumatólogo eminente que cuida amistosamente nuestra maltratada osamenta poética y nos orienta en territorios literarios tan fascinantes como Juan Gil-Albert o Carlos Baudelaire.

Y si hace veinte años nos escapábamos de unos ejercicios espirituales para ir a espiar a las modelos que preparaban una pasarela en el Casino antiguo, hoy volvemos, como hijos pródigos un poco baqueteados pero contentos, a la casa familiar y entrañable de PERFIL.

Salud, viejo amigo!

ANTONIO LÁZARO CEBRIÁN

DEL ANTIGUO PERFIL, POR EL **NUEVO PERFIL**

grand-lay boyes executes do the debales

A la caída de la tarde, de una de esas tardes serenas y abstractas de Cuenca, me encuentro con Angel Luis Mota y Carmen



Utanda paseando por Carretería. Como si no hubieran pasado tantos años sin vernos, como si todavía fuésemos compañeros de instituto confeccionando el próximo número de la revista, me pide Angel Luis a las primeras de cambio algo para el número extraordinario de PERFIL. Le felicito por sus éxitos al frente de la "Menéndez Pelayo" de Cuenca y me dice que ha vuelto a la enseñanza. Insiste para que antes de fin de mes escriba un par de folios y se los mande al "Alfonso VIII". Nos despedimos con la intención de vernos más detenidamente.

Ignoro si PERFIL sigue saliendo regularmente, pero creo que su publicación es más bien esporádica, como producto de una conmemoración o un recuerdo. Si realmente es así, lo siento, porque una revista de instituto es -o debe ser- el órgano de expresión de las inquietudes, anhelos, esperanzas, decepciones, alegrías y tristezas de los profesores y alumnos del centro, y me gustaría que PERFIL volviera a ser lo que siempre fue: la entrañable tribuna desde la que trimestralmente se oían las más dispares voces. Contad conmigo para lo que pueda aportar a ese posible reencuentro de PER-FIL con la apasionante actualidad que estamos viviendo. Y estoy seguro de que Angel Luis Mota -y tantos otros- harán todo lo que esté en su mano para que el nuevo PER-FIL sea una fértil realidad.

Aunque citar nombres de compañeros implica el riesgo de olvidarse de muchos más, me atrevo a recordar emocionadamente a algunos de los que colaboraban en el PERFIL de mis años de instituto, cuando D. Juan Martino dirigía el "Alfonso VIII" y D. José Jesús de Bustos nos descubría nuevos mundos literarios y vitales desde su cátedra de Lengua y Literatura Española. Un recuerdo para los que formábamos lo que pomposamente dimos en llamar "Consejo de Redacción" de la revista: Rodolfo Muñoz, Angel Luis Mota, Pedro Cerrillo..., y tantos y tantos colaboradores que, quitándole horas al estudio, al sueño o a la diversión, emborronábamos papeles sobre temas siempre repetidos y siempre nuevos ¡Cuántas tardes discutiendo inútilmente un titular o intentando llenar los huecos que invariablemente quedaban! ¡Cuánto cariño en cada línea, en cada dibujo, en cada portada! Cómo no acordarnos también de nuestra querida mecanógrafa Pilar López, que siempre nos hizo el trabajo con la más absoluta paciencia... Y un recuerdo para nuestro entrañabilísimo taller de impresión: la Imprenta Minerva, verdadera fortaleza de tranquilidad contra la que se estrellaban nuestras continuas e inoportunas prisas... El homenaje más sencillo, pero más sincero, para todos los citados y para los que desgraciadamente he olvidado nombrar.

Dice Rilke que la verdadera patria del hombre es su infancia. Nuestra infancia y nuestra adolescencia están de alguna manera escritas en las queridas páginas de PER-FIL. Con el deseo de que los nuevos colaboradores del nuevo PERFIL puedan pronto decir algo sobre su verdadera patria.

FERNANDO LÓPEZ ÁLVAREZ

AMOR, SANTIDAD SIN DOTE

El Amor fue entregado.

Y entonces la Mujer, dijo:

 Hazme una diadema de plumas, cuyo color adorne mi cabello.

El hombre, que conservaba en su cuerpo el ascua del amor entregado,

comenzó la búsqueda por los bosques y por las selvas, de las plumas;

del papagayo ciencolor, las negras del vencejo ciennegro, el verde cienverde del petirrojo, las graciles plumas de la torcaz, las blancas de las cigüeñas, las albas nítidas del cisne y el ansar, las duras y fuertes del milano, la gran pluma del águila, la sueve del anade.

Y construyó para su Mujer una corona de champáca

en donde, demás, entrelazó las flores de la primavera.

Le miró la Mujer y dijo:

 para mí, haz, un anillo, que la Gran Reina no posea, ni jamás tendrá.

Y el Hombre, que había entregado su amor, fue a las ramas del árbol del amanecer y apresó el primer rayo del sol naciendo.

Doblados sus haces de oros como espigas, lo colocó sumiso en el dedo de su mujer, a la que había entregado amor

y diadema de bellas plumas, colores y flores...

...Y le dió un beso.

Con la atardecida el anillo del sol murió. Y la Mujer, a la que el Hombre entregara su amor,

que coronó sus negros cabellos con guirnaldas de plumas y la champáca.,

que amó y amaba y por élla robó en la enramada al sol uno de sus sutiles rayos para construir un anillo

dijo:

Quiero una ajorca de agua.
 y no le besó más.

Cogido el junco, el Hombre midió el fino y bello tobillo

de la Mujer apenada y que su ampr olvidó amar

y partió hasta la tierra donde nacen los claros manantiales;

pero las aguas no se posaron en sus manos. Se escapaban en torrenteras, como aire por los prados,

como mariposas hacia el sol.

Llegó el Hombre, que había entregado el amor de la mujer,

al lago donde cisnes y lotos dormitaban en placidez de luna y cítara. Sumergió el junco con la medida del frágil tobillo de la Mujer,

 a la que le había entregado su amor y tejido una guirnalda de multicolores plumas y pétalos.

y puesto en su dedo un rayo del sol de aurora,

y exigía una ajorca de agua.

Apiadado el lago acarició complacidamente sus resecos labios

y espantó a los esbeltos cisnes, al nenúfar y a las tiernas anémonas

y le fabricó un anillo con el agua quieta y el aljófar del rocío

y ofrendado le fue por sus ondas más dulces y espumosas.

El Hombre amó a la Mujer.

Y le colocó en el calcañar la única y más graciosa ajorca.

Y la Mujer dió y tuvo amor y sonrisas.

Y le besó el cuerpo y acarició sus párpados. Con el Otoño se marchitaron las flores de la diadema

y la ajorca del agua se desvaneció como las hojas muertas de los árboles poderosos.

Y el Hombre, que encontró la santidad del amor, miró al HIJO dormido.

Y de sus ojos sacó lágrimas.

JOSÉ L. LUCAS ALEDÓN

EL LÚDICO BACHILLER

De los hechos ahora relatados nos separan ya más de veinte años y la niebla del olvido enturbia el recuerdo, apagando los sucesos desagradables y evocando sólo lo festivo, lo lúdico: la añoranza de la felicidad. Años de final de bachiller en los que nuestras mentes adolescentes, se debatían en una incipiente madurez desvirtuada por la influencia de la cercana niñez. Epoca en que no reconocíamos obligaciones ni deberes, exprimiendo la vida gota a gota en un permanente presente encantado, plagado de emociones cada segundo. Más nos interesaba el aprendizaje por medio de la experiencia cotidiana, que el debido al proceso educativo en que estábamos inmersos. . Recargados de asignaturas según nosotros. Anegados de gandulería según la versión de los profesores. Nosotros, imbuídos de la egocéntrica verdad absoluta propia de esa edad, buscábamos las explicaciones más peregrinas a las faltas más evidentes en que nos sorprendían continuanfente. Cualquiera que haya pasado un tiempo de su vida como estudiante, podrá certificar la autenticidad de esta afirmación.

Estamos en sexto curso de bachiller, la clase del grupo C, que según el claustro de profesores, era la mezçla más explosiva de individuos que se habían juntado nunca en un aula del "Alfonso VIII". Anécdotas ilustrativas hay infinitas. Ocurría en clase de filosofía, tutelada por un profesor peculiar que atendía por Zósimo; increiblemente bajo y de un pelo azabache que sombreaba de azul su cara después de rasurada, convertida luego en maraña pilosa cuando decidió dejarse la barba, de la que emanaban dos puntos brillantes que nos escrutaban con un perenne matiz irónico. La primera hora de la mañana la ocupaba esta disciplina y esperábamos al profesor comiendo ya el bocadillo apoyados en el radiador del pasillo. Solía aparecer por el fondo del pasillo acompañado por una joven profesora, pocos años mayor que nosotros y muy atractiva, de la que todos estábamos enamorados; sentimiento que demostrábamos al llegar ésta a la puerta del aula. Al grito: "viene la tía buena", asomaban multitud de cabezas por el hueco de la puerta, tapando de inmediato la luz de arriba a abajo y de derecha a izquierda. Ella procuraba mantener la máxima dignidad, aunque le traicionaba una instantánea aceleración en el ritmo de sus pasos. Ya en clase, el profesor Zósimo, se encaramaba a su mullido sillón y nosotros nos posábamos de nalgas en la dura madera del banco. Comenzaba de inmediato un bombardeo en jerga filosófica cargada de Aristóteles, Santo Tomás, Hegel, Nietche y otros santones de la disciplina, únicamente interrumpida por algún "ciudadano" antepuesto a nuestro apellido como fórmula empleada para dirigirse a nosotros. Costumbre, por otra parte, mantenida por la persona que detenta la más alta magistratura de la ciudad hoy en día, a la sazón, también profesor del "Alfonso VIII".

Con tanta monada se pasaba el tiempo y llegaban los exámenes, y ante el temor al mayúsculo fracaso, nos vimos impulsados a la pragmática solución de las "chuletas", arte en el que llegamos a ser auténticos maestros. Las había de todas formas y usos: en tiras largas, en librillos, en papel de fumar, en cartones; escondidas en las mangas, en las manos, debajo del papel pautado o en rincones más íntimos. Con estas prácticas nos sentíamos felices, no por el auxilio que suponían al tener un dato a mano en el momento crítico, sino por el hecho de engañar al profesor en venganza por sus crueldades.

No comprendíamos entonces que la falta de conocimientos sólo se suple adquiriéndolos, y para progresar, antes o después hay que estudiar; aunque la memoria sólo nos transmite la parte festiva. La miel es dulce al paladar y la hiel amarga. Como contrapunto recuerdo la frase de D. Julián Castellanos: "Es posible medir la inteligencia de un alumno a través de la interpretación de un texto copiado".

Otra anécdota de la época la protagonizaba el profesor de física, D. Carlos. Su actitud ya era sospechosa. Nosotros no sabíamos física y no podíamos juzgar, pero sus explicaciones eran confusas y nos torturaba planteándonos problemas en los que faltaban datos imprescindibles, por lo que era imposible solucionarlos; esto nos lo corroboraban los profesores particulares a cuyas clases asistíamos por la tarde. La relación de respeto entre profesores y alumno, necesariamente ha de ser bilateral. Cuando se produce la unilateralidad, se pierde la deferencia que tiene el alumno hacia el profesor y ya no hay respeto de nadie hacia nadie, sucediéndose aullidos, silbidos y pateos como bienvenida y otras gamberradas que asemejaban la clase a un zoco árabe donde nadie se entendía.

Una práctica de esta clase era lanzar arroz con la carcasa del bolígrafo BIC cuando D. Carlos escribía en la pizarra de espaldas a nosotros. Las ráfagas de proyectiles rebotaban en el encerado hasta que se percataba la víctima de improviso, recibiendo, más de una vez, la andanada en pleno rostro. El alboroto prendía inmediatamente en alaridos que merecían la calificación de energúmenos a los ejecutores. Perdidos los papeles, la autoridad no tenía más salida que hacer una siembra de "ceros coloraos", castigo inventado por él y del que, aseguraba, la casi imposibilidad de levantar.

Después, los acontecimientos demostraron el comportamiento de este hombre: fue por suplantación de personalidad y falsedad de documentos. No había llegado a cursar ni el primer curso de la carrera, de ahí la explicación a su actitud y rendimiento profesional. El caso tuvo eco hasta en la prensa nacional.

En este ambiente transcurrió nuestro final de bachiller, con consecuencias no muy positivas para algunos, que hubo que corregir posteriormente: física no aprendimos, pero empezamos a conocer lo que nos encontraríamos en nuestra vida futura.

JUAN C. LUJÁN ALARCÓN

A LA QUE EN VANO PORFÍO

a noche anterior había refescado. Alguien, incluso, decía que había caído aguanieve. Pero ya era tarde. El invierno había quedado olvidado, como el arpa de Bécquer. Sim embargo, ese día nos esperaba una sor-

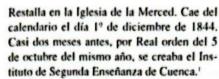
Amaneció el dieciséis de abril. Frío, hermético, incierto. Tras las ventanas, empañadas, la nieve dormía como un regalo de Navidad. Todos nos sentimos niños. Queríamos salir, correr por la nieve, jugar con ella. Había nevado bien, "como en los buenos inviernos de Cuenca". Quizá había una razón. Quizá el cielo pintaba el ambiente idóneo para celebrar los 150 años del Instituto en Cuenca

Cuenca, de punta en blanco, festejaba a su Instituto. Una gruesa capa de nieve cubría todo. Resultaba algo exótico. Parecía que, la noche anterior, leyendo a Dickens, nos habíamos metido en el Londres de hace tres siglos.

Un abeto se hundía en la nieve. Más adelante, la calle Colón lucía -virgen todavía- su gruesa piel de oso polar. Enfilamos la subida de Antón Martín "B". De una casa cuya chimenea exhala el vapor de lo antiguo, brota, vibrante y cálida, la voz del más famoso conquense que canta a tierras de América. Doblamos por Marcelino Menéndez y Pelayo y desembocamos en una plazuela, tersa y brillante por la nive. Por fin se divisa el Instituto. Bajada la calle Antón Martín "F", junto al número 24 (hoy bordeado de nieve), bulle el Instituto Nacional de Enseñanza Media "Alfonso VIII".

Pletórico de ex-alumnos, el salón de actos resuena al son de jotas serranas invadido del colorido de corpiños, refajos y mantillas. Y entre las notas de aquellas coplas el eco nos transporta, como en sueños, a un tiempo pretérito.

Una voz ronca arenga a los alumnos.



Desgraciadamente, el tiempo -verdugo implacable- ha hecho que aquel eco, rebotando de una pared a otra, pulverizara las palabras de Don Olayo Díaz, Catedrático de Geografía e Historia, quien (según el redactor del "Boletín oficial de Instrucción Pública") "pronunció otro (discurso) lleno de erudicción, haciendo ver las ventajas que iba a obtener la juventud de esta provincia..."

Así empezaron, con eruditos y grandielocuentes discursos al estilo de la época, entre alborozo y solemnidad, los andares del Instituto. Los primeros datos nos revelan un comienzo humilde, pero creciente. El año inaugural 1844-1845 tuvo una matrícula de 59 alumnos, que llegó a ser de 85 en el curso siguiente. Si contamos con que, según el censo de 1845, en la capital había 6.622 almas y en la provincia 252.723, no podemos despreciar el número de alumnos.'

Si bien no conservamos el discurso primero, que revelaría los motivos de la fundación del Instituto, sí podemos manejar otro de 1851, tan sólo siete años posterior.

Tras los primeros años del Instituto, vino un primer cierre. Las razones dadas apuntan a que la "iglesia conquense" perturbó la extensión en el tiempo del Instituto. A ello la moverían varias razones: la enseñanza se laicizaba, quería hacer del exconvento de la Merced (lugar del Instituto) parte integrante del seminario conciliar, y además pretendía mantener posiciones de privilegio.

Ouizá el discurso de reapertura de 1851, pronunciado por el que sería director durante varios lustros, "el presbítero Don Bernardo Gómez de Segura, Director y Catedrático de moral y religión del mismo establecimiento", puede arrojar luz en este vano oscuro de la historia.

En primer lugar, aparece inverosímil que, siendo la Iglesia responsable, un presbítero (que además no conocía a nadie, según sus propias palabras; "al aparecer por primera vez en la escena como persona enteramente desconocida..." venga de fuera a levantar un Instituto poniéndose en contra de su Obispo y toda la "iglesia conquense".

Además, un texto del citado discurso nos hace sospechar de terceros: "Quien, en las circunstancias del día, tenga la pretensión de atraerse sectarios, es necesario que autorice primero su apostolado con algo más que con un charlatanismo" (...) "Una especie de ateísmo político preocupa todos los ánimos; y es, que la mentira y el engaño, estando como están a la orden del día, han dado lugar a desconfiar completamente de la fe y moralidad de los hombres". Palabras demasiado duras para pronunciarlas contra sus hermanos en el sacerdocio.

Pero como el fin de este trabajo está muy lejos de demostrar culpabilidades, o eximir de responsabilidades, pasaremos a



ver otras partes del discurso que trazan los fines del Instituto.

El primero y primordial fin lo describe D. Bernardo Gómez de Segura así: "para mejorar la condición de nuestros semejantes y conducirlos por el camino de la verdadera grandeza y felicidad". El fin base, por tanto, no es el aumento de conocimientos por parte del alumnado. La intención prístina no se centra en los fríos conocimientos (aunque son indispensables para elevar la condición humana) sino más bien en fines espirituales, humanos, como "la verdadera grandeza y feliciedad".

Más adelante, el mismo D. Bernardo Gómez de Segura alude al cierre y a sus nefastas consecuencias culturales para Cuenca, y afirma que "Si nos convencemos de que en su consecuencia quedó borrada esta Capital y Provincia del Catálogo de las demás Capitales y Provincias civilizadas de España, como si perteneciesen sus habitantes a la clase de miserables y degradados ilotas; si pasa en fin por nuestra imaginación que este acto (la reinauguración) tiene por objeto hacerles recobrar la dignidad perdida y sacarlos de ese estado de abyección y vilipendio en que yacieran, ¿no será cierto que, en vista de tan lisonjeras consideraciones, tenemos muchos motivos de júbilo y regocijo?".

Por tanto, podemos ver tres fines para un Instituto: mejorar la condición de los hombres, conducirlos por el camino de la verdadera grandeza y felicidad, y dignificarlos. Tres fines que apuntan a lo más humano: el espíritu, y que para enriquecerlo se servirán del cuerpo y del cerebro de los hombres.

El Instituto de Cuenca lleva -podemos afirmarlo con sólo mirar alrededor- muchos años formando hombres. Muchas han sido (Guerra carlista, Guerra Civil, hasta tres cambios de edificio, etc.) las vicisitudes que ha atravesado. Pero a pesar de ellas, el esfuerzo de muchos -profesores, padres, alumnos- ha logrado levantar un edificio moral con más solera que el actual de piedra (inaugurado en 1946) y que es el auténtico artesano de lo que hoy es Cuenca.

Sin embargo, nuevos vientos recogen las hojas del otoño en Cuenca. Basta con entrar hoy al "Alfonso VIII" y ver a sus moradores. Recorrer algunas zonas y recrearse viendo modas, ideas... Patillas largas, pelos desaliñados, algún que otro pendiente... Los que hoy llenamos los Institutos no somos como los de hace 150 años. Nuestras inquietudes, nuestros problemas surcan otros océanos.

Y el Instituto, como un navío gobernado por un viejo lobo de mar, deberá sortear nuevas tempestades, nuevos oleajes, Ni mejores ni peores, sólo distintos. Este viejo galeón surca nuevas corrientes; es otra Pinta, otra Santa María que zarpara hacia las Indias

Una nueva etapa. Un nuevo reto que afrontar. Un batirse en duelo contra las difi-

cultades. Un hacer en Cuenca, como diría Federico Muelas, "tantálico esfuerzo en piedra viva".

¿Y los protagonistas de esta aventura?. Nosotros. Los profesores como almirantes desde el puente de mando. Nosotros, los alumnos, izando velas y dirigiendo el barco a nuevos puertos, hacia donde el sol nace. Porque surgiendo, igual que el sol al amancecer, está el siglo XXI.

Y decimos con el poeta a Cuenca:

"Ser chopo de tu ribera, crestón de tu cima fría, nieve de tu nevería, cardo de tu paramera.

Despertar en primavera, exaltarme en el estío... Aún más; ser, Cuenca, tu río -beso, canción y mirada-...

¡Cuenca, soledad callada, a la que en vano porfío!"

(Federico Muelas)

C. LUJAN BERENGUEL

EL ECO DE LA LOCURA

Es seguro que en la pequeña historia que conforma la vida de cada persona existe un instante en el que resulta necesario abandonar la cordura y adentrarse en ese terreno sutil y mágico de la excepcionalidad, de la locura.

Sancho Panza descubre la utopía -una forma comprometida de locura- a lomos de Clavileño, un instante después volverá a la mediocridad de personificar el paradigma universal del hambriento. Julio II -Pontífice de la Iglesia Romana- comete la locura de encargar a Miguel Angel Buonarotti los frescos de la Capilla Sixtina tras ello retomará la liturgia de la guerra y victorioso recibirá sobre su manto la mancha de la pintura bajo los ojos incrédulos de la Sibila. El Cid cometerá la locura de morir a destiempo sin saber que manos interesadas lo encadenarán de nuevo a la cordura de cabalgar ante sus enemigos. Juana I de Castilla descubrirá el amor -locura por deslumbramiento- y uncirá su vida a la rutina de seguir a un jugador de pelota más allá de lo que las leyes -divinas y humanas- obligan.

Es un viaje fugaz de ida y un retorno

cadencioso e inexorable de regreso.

No siempre ocurre así. Charles Chaplín (Comedor de Clavos) o Groucho Marx ("nunca entraré en un Club en el que admitan a personas como yo") decidieron probar la locura y en ella quedaron atrapados por el poder del celuloide que los inmortalizó anclados a la memoria colectiva.

Y es que la memoria -individual o colectiva- es una forma de locura que puede conjugarse con un simple parpadeo que permite volver a la rutina, a la mediocridad o en el caso de los más arriesgados a imaginar el futuro, tendiendo un puente que sortee un presente que nunca nos parece suficientemente bueno (tener esta apreciación es un signo de evidente lucidez).

Yo, hoy, acepto la locura de volver la vista atrás, de recordarme en pantalón corto, de verme traspasando la puerta de "mí" ins-



tituto, de sufrir en el pupitre número treinta y seis (Jesús de las Heras, número treinta y cinco), de conjugar verbos irregulares, de declinar homo hominis, de enseñar a formular o a resolver raíces cuadradas, de descubrir la pasión por la espeleología o las utilidades del magnesio en películas a duras penas arrastradas por la Derbi-16, que -como casi todo- nos llegaron de la mano de D. Joaquín Rojas, D. Luis Brúll", o D. Juan Martino.

Hoy, acepto el reto de confrontar mi locura con la de tantos amigos y amigas que nos hicimos aquí alevines de lo que hoy somos.

Hoy, proclamo que fuimos felices creciendo amparados por la robustez de su historia. Proclamo que no cambiaríamos nuestro Instituto por ninguna otra utopía.

¿No será porque en el fondo estamos convencidos de que no hay mejor quimera que la de haber formado parte de la historia de un centro que no fue nunca enteramente nuestro?

Sí. Probablemente esa fue la locura del Instituto Alfonso VIII: ser patrimonio de todo un pueblo, del pueblo de Cuenca. Compañeros y compañeros, seamos fieles, deseemos que el Instituto nunca termine esa locura: será la prueba de nuestro amor por él. A fin de cuentas, instalarse en ella y sobrevivir es sólo privilegio de los escogidos

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ CENZANO

PALABRAS EN LOS 150 ANOS

ace 45 años, en este mismo estrado, por estas mismas fechas, por designación de la dirección del centro, con motivo de la celebración de la "Fiesta del Libro", dirigía unas palabras a mis condiscípulos.

En aquel momento mi estado anímico era tal que no pude iniciar mi intervención hasta que me hicieron la foto. Hoy, mi estado es el mismo, pero con la experiencia de hace 45 años, ya me hicieron la foto.

Gratificantemente para mí, se repite la historia y nuevamente me cabe el alto honor de subir a este estrado; antes, como alumno, hoy, como padre de alumno en representación de una de las tres componentes que deben configurar una comunidad escolar: alumnos, padres de alumnos y claustro de profesores, y esta configuración no puede ser otra, pues lo contrario rompería el comportamiento dinámico que debe presidir esta comunidad.

¡Qué hermoso es contemplar reunidos a tantos miembros de esta gran familia escolar que nacía hace 150 años!

¿Qué hermoso y gratificante es comprobar que, dentro de la misma, no hay hijos pródigos, porque nunca renunciaron a sus orígenes educativos, sino todo lo contrario: señorearon y señorean el conquensismo por donde quiera que están y estuvieron!

¡Qué hermoso es ver como, cuando la madre Instituto les ha llamado, han respondido masivamente para magnificar este acto con su presencia!

¿Cuántos recuerdos, a lo largo de estos 50 años transcurridos, desde que, por primera vez, un año después de la inauguración de esta sede, muchos llegábamos a este edificio!

Recuerdo a aquellos insignes maestros con los que muchos iniciábamos el bachillerato: Joaquín Rojas Fernández (para él, en el deporte siempre ganábamos moralmente, aunque perdiéramos por 10 a 0); Ramón Roca; Mercedes Serrano; Virginia, para nosotros doña Virginia; Juan Morán (¡qué tortazos daba este hombre!); José Luis Alvarez de Castro; Luis Brull; Antonio Martín Alonso; Doña Camila; Fidel Cardete; Francisco León; Eduardo Dueñas, y tantos otros... don Alejandro (para él, todos éramos "macacos" y llegamos a creer en la teoría de Darwin "de que el hombre procede del mono").

Recordamos a estos grandes profesores, para nosotros maestros con el sentido más noble de la profesión, la gran formación de conocimientos de las ciencias y de las letras que recibimos, porque impartían la enseñanza con toda humildad, que era la base de sus capacidades personales.

¡Qué disciplina! ¡Qué respeto mutuo! ¡Qué autoridad, no impuesta, sino concedida y reconocida por todos los alumnos!.

Con todos ellos, adquirimos una educación integral porque empleaban, como dice el profesor Manuel Navarro Serrano: "El lenguaje idiomático, el lenguaje matemático y el lenguaje del comportamiento son los que han acercado al hombre a la idea del conocimiento".

Después pasaron otros muchos profesores que utilizaron los mismos comportamientos y normas de conductas. A los actuales profesores, les ruego que sigan con estos comportamientos. Con este ambiente, para nosotros, venir al Instituto era un

A todos ellos gracias, a unos por habernos educado, a otros, por haber educado y estar educando a nuestros hijos.

Estos comportamientos, estas normas de conducta, hicieron que el Instituto "Alfonso VIII" se convirtiera en el centro modelo de España durante varias décadas.

Estos comportamientos fueron la causa de que nuestro Instituto se convirtiera en el vivero de la enseñanza media, no sólo de la provincia de Cuenca, sino también de muchos rincones de España. En él se gestaron los que después serían ilustres, insignes y prestigiosos hombres de las ciencias, las letras, el arte, el periodismo, la política, las

Por circunstancias de todos conocidas, en Cuenca se produce una diáspora permanente, y en el resto de España y en muchos rincones del mundo existen conquenses que pisaron estas aulas.

Como padre y presidente de la APA y también como antiguo alumno, me atrevo a pediros:

A los alumnos, que practiquen estos lenguajes de comportamiento.

A los padres que entrenemos a nuestros hijos para el ejercicio de esta práctica.

A los profesores, que consigan que para los alumnos sea un hobby venir al instituto.

Pienso que éste es el problema actual de tantos fracasos escolares. Las tres componentes de la comunidad escolar y los responsables de la planificación de las materias a impartir, no hemos sabido conjugar las variables ambiente y aprendizaje de una forma tal que nuestros hijos sean estudiantes no por obligación, sino por vocación.

¡Cuánto dio este Instituto a tantos y tantos conquenses!

Pero ¿qué le hemos dado nosotros a esta Cuenca abandonada y olvidada?

Interrogante, creo, en el que todos y cada uno de nosotros debemos meditar.

Hoy se está produciendo un movimiento para unir a estos muchos conquenses, con el objetivo de contestar a este interrogante y que desaparezca de nuestra mente. Desearíamos que, a los que residimos en Cuenca, se nos invitase a formar parte de ese gran proyecto, así os lo pedimos.

Acabo mi intervención lamentándome de que si Dios me hubiera dado oído en lugar de oreja, me atrevería a entonar la música de Antonio Martín Alonso, pero como El no me introdujo esa sensibilidad, me limito a enunciar el primer verso de nuestro himno, de Guadalupe Almagro:

"Unamos nuestras voces compañeros"

PEDRO MARZO

ALFON O VI *

Durante muchos años, al nombre del Alfonso VIII inscrito en el frontal del edificio, le faltaron la S y las I. Por eso, durante años se lefa Alfon o VI

No es difícil ponerse a escribir, cuando los recuerdos evocan siempre añoranzas y cariño hacia el viejo "Alfonso VIII".

Con catorce años empecé lo que sin lugar a dudas, iba a ser una etapa productiva y bonita (bueno me dejo ya de chorradas y voy a escribir en serio).

No descubrí el Alfonso VIII, hasta que no comencé a echar de menos ese olor a tortilla de patata en los recreos, las tortas minúsculas del horno de Tevar, los primeros cigarrillos que con un chicle de menta como cómplice fumaba en los pasillos, y las pavas que a veces (casi siempre) había que guardar en algún bolsillo que luego apestaba a tabaco durante un mes. Las voces del bueno de Luciano ¿qué habrá sido de él? o de José, con su bata azul siempre límpia, las carreras por los pasillos del Jefe de Estudios que por aquel entonces era Francisco Carrascosa, la pronunciación inglesa de Teresa López, y como colmo del surrealismo, allí tuve una profesora de música que era sorda.

Además yo, imberbe, y con mi mente diseccionada entre la ingenuidad y la picardía, pensaba que todavía aquello era la escuela, y así era la escuela de niños en la que muchos se hacen hombres y todos se hacen mayores.

Recuerdo a Esperanza la del bar, 5 ptas. un cigarrillo Fortuna y 4 ptas. un Diana. Tardes y mañanas de gorras a clases que entonces, y aún ahora, pensaba que eran estúpidas, de tardes de lectura con Pilar Tolosa, mañanas de diapositivas con ese profesor que tenía nombre de torero ¿Cómo se llamaba...? jah! sí, Manuel Rodríguez "Manolete" al que todavía veo y recuerdo con su incólume bata blanca, las manos atrás y la mirada perdida en un punto de la clase, en el que la vista de un estudiante no le hiciera ruborizarse. De exámenes con olor a Royal Crown, y en definitiva de la asignatura que desde entonces más me gusta "La Historia".

Tan sólo dos años estuve allí, y menos mal, si no todavía estoy en primero. Y de mi primer año no quisiera ni podría olvidar a doña Amparo "La Vieja", como cariñosamente le llamábamos, profesora de ciencias que tosía y se fatigaba entre macetero y macetero, sí esos que nos servían de ceniceros, sus botas altas, bueno de un palmo pero para ella eran hasta la rodilla, y un bolso negro que más que colgado se encontraba suspendido de su brazo.

Las interminables caladas a los cigarrillos de Pilar Mampaso, me acuerdo de José Antonio Silva, quien me hizo llorar cuando me expulsó tres días de su clase, y no lloraba por perdérmelas sino porque tenía catorce años y temía el castigo de mis padres. Al final y tras dos años en primero, mis padres hartos de mi mala marcha en los estudios decidieron cambiarme de instituto.

No terminó ahí mi historia con el I.N.B. Alfon o VII, como siempre lo recordaré, pues al pasar de los años, en la vida del que ya trabaja, o por lo menos del que tiene la suerte de trabajar, me he ido encontrando a hombres, personajes y personajillos que había conocido en el Alfonso VIII como: Luis Estéban Cava, Profesor de Geografía, José Manuel Martínez Cenzano, entonces profesor de Física; o Angel Luis Mota, Profesor de Literatura (quien como el turrón ha vuelto a casa por Navidad).

¿Qué ha sido para mí el Alfonso VIII?
"ESA CASA GRANDE DONDE MUCHOS SE HACEN HOMBRES Y TODOS
SE HACEN MAYORES"

J.I. MONSERRAT

CAMINO DE REGRESO

(Ante el muro que circunda el patio del Instituto Alfonso VIII de Cuenca)

1

Muchos años después, frente a la dura presencia de la piedra, contemplando, con estos nuevos ojos ya cansados, la imagen de tu pie, la humilde palma que conformara tu esqueleto, vuelvo a la orfandad de aquel aula gastada por el tiempo y la costumbre. Regreso con sed, sin casi aliento, a estos muros que acalmaron mi infancia. En un pupitre un muchacho de mirada lacónica y nariz torva, inicia los compases presurosos de un poema de amor; la distancia insalvable de sus ojos, tristes y asustados, me hace llorar.

II

Yo venía de un campo de cerezas y de ortigas, de una casa sencilla batida por la lluvia, de un arroyo manso donde mi dolor se bañara redivivo cada tarde. Venía con apenas un manojo de escarcha en el bolsillo y mi traje manchado de domingo. Era feliz, sólo eso, en la medida neutra en que los niños son felices, como una golondrina o un paisaje. Muchos años después, ya el otro, frente a la negra cancela, observo el perfil roto de ese joven. Su voz de personaje de otro cuento.

m

Se diría que el tiempo es un insecto gris que zumba sobre nuestras cabezas, un soplo, un ruido apenas perceptible, una quimera verde de agua y piedra. Se diría que entre tus ruinas se alza el tiempo como mujer seducida. Que hoy es ayer y ayer es hoy mañana o acaso son los ojos que contemplan. El corazón: una caja de música amarga, como lecho de hojas secas. ¡He perdido el don de la distancia! Yo, que anduve entre las brasas sin quemarme, que desdeñé tu imagen, que a tu planta postré la herida y entregué mis armas.

IV

Tan sólo en la muerte la vida cobra sentido. En la vida acaso, la muerte apacienta sus rebaños. Así, mi sueño dividido ante este muro. No tengo corazón para olvidarte, ¡Es tan corte la huída y es tan largo el retorno! Aquí alzaré mi carpa, a tu mesa convocaré las viejas historias, las lecciones que contaban de una mujer que vino de la lluvia. Ayer, mañana, da lo mismo. Igual contradicción. Como el muchacho que hoy fui a que sería, por vez primera, acaso no hace apenas más de un siglo.

FRANCISCO MORA

ALGO OLVIDADO

Por circunstancias especiales de la vida, da la casualidad que estoy escribiendo los textos de este PERFIL "especial". Por mi trabajo me escribo cada "rollo" impresionante y llevo años diciendo: "a ver si al-

guien escribe una novela policiaca de esas que no me den ganas de moverme de la máquina hasta que no la termine". Pues bien, últimamente he debido ser buena y Dios me ha oido, lo estoy pasando como se dice ahora, "guai"; son artículos, algunos incluso de compañeros de mi clase, que me llenan la cabeza de buenos recuerdos, pero veo que nadie habla de algo que existía en mis años de Instituto y que nadie se ha acordado de ello, entonces como se trata fde hacer un poco de historia, no sé si lo haré bien del todo, pero con humildad pido, si se me puede dejar un trocito de hoja que quede en algún sitio de este PERFIL para hablar de ello.

Se trata de LA PREPARATORIA, parece que nadie se acuerda que existía, en un ala apartada del edificio (ahora no sé que habrá allí), luego hicieron en el piso de arriba, la Escuela Hogar. Bueno pues allí entre yo con 7 u 8 años en el 54 o 55. Había dos clases preparatorias, una femenina a cargo de doña Gracia y la masculina cuyo profesor don Emilio, les daba cada "bofetá" a sus alumnos que les encendía el pelo, veo por Carretería, alguno de aquellos pobrecicos que ví como se les "encendía" todo... En cambio doña Gracia, era con nosotras como una "abuela" de buena, concretamente yo tengo que agradecerle que hasta me llevara una temporada todos los días hasta la puerta de mi casa, porque por entonces me había ocurrido algo que no viene al caso y me daba miedo ir sola por la calle. En cambio aprender, lo que se dice aprender cosas que sirvieran para algo, no puedo decir lo mismo. Llevaba ya algún año "a trancas y barrancas" de bachillerato cuando mi padre se dió cuenta que no sabía multiplicar bien, y en esta ocasión es a él a quien tengo que agradecer que me cediera unas cuantas noches para ponerme un poco

Por lo demás, la verdad es que estaban muy integradas dentro del Instituto aquellas clases: don Joaquín iba mucho a vernos y nos tenía al tanto de todo lo que sucedía en el resto del edificio, y además nos hacía los exámenes (no sé si trimestrales o finales) esto lo tengo en nebulosa porque todavía no me explico como salí de ellos. De las compañeras de entonces aún tengo amigas, unas se fueron al hacer el INGRE-SO, como por ejemplo la célebre M. Carmen Villaseñor (M. Carmen y sus Muñecos) que se marchó a Madrid, con su hermano que iba a la clase de al lado con don Emilio. Y todas según íbamos cumpliendo los 10 años, después de un examen pasábamos para hacer primer curso en el "insti" del que ya hablan muchos de los colaboradores en esta edición. Concretamente yo empecé 1º en el año 57, que fue el último año que había que cambiar de clase para cada asignatura, lo recuerdo con espanto pues todo el día íbamos como los caracoles, con la casa a cuestas, el abrigo, la carpeta de dibujo, la cartera, el paraguas y por



si era poco con los "pololos" debajo de la falda; en 2º ya se nos asignó una clase a cada curso que ya éramos A y B y aquello ya fue otra vida.

En fin entre unas cosas y otras, pasé un montón de años en el "Alfonso", conocí buenos y malos profesores, hoy algunos buenos amigos, don Juan Martino, al que quiero un montón, mi vecina doña Teresa que se ríe de mí cuando le digo "doña Teresa", pero no me sale otra cosa porque para mí es y será "doña Teresa" toda la vida; mi otra vecina Carmen Lucas, o don Fidel Cardete con el que ahora coincido en algunas actividades. Para lo bueno y lo malo, incluida mi profesora de LA PREPARATORIA, a todos, ¡Gracias!.

M. CARMEN MOTA

EL DÍA EN QUE **MURIÓ FRANCO**

Para muchos de nosotros, la "Coordinadora" era algo así como la penene más penene de todos los penenes; una profesora joven, resuelta y con unas dotes de liderazgo fuera de lo común. En sus manos se concentraban dos tareas ingentes. La primera, arrancar del Ministerio (a su vez encarnado en el perfil adusto y entrajetado de funcionarios antidemocráticos) la concesión de ciertos derechos sobre cuya diáfana naturaleza nos informaban a diario los profés con tanto entusiasmo como, seguramente, poco éxito. La segunda, ordenar a las legiones de penenes que había por toda España la continuación indefinida de la huelga en el caso, repetido semana tras semana, de que no hubiese acuerdo en la negociación.

Personalmente, no sabía qué admirar más de élla. Unas veces me inclinaba por su imagen de heroína contemporánea sentada -sola- frente a oponentes correosos y avezados, profesionales de bregas de aquel talante. Otras -las más- la veía -pelo rubio y algo lacio, jersey amplio de lana gordatransmitiendo por teléfono la consigna del día siguiente: seguir la huelga.

Porque nos pilló muy jóvenes, que si no, yo por lo menos hubiera dado mi alma al diablo si me permitía casarme con ella por

Es verdad que, por lo común, la mayor parte de las cosas relevantes que se aprenden en las escuelas no tienen mucho que ver con el contenido académico que se transmite, pero en nuestro caso esto fue aún mucho más cierto.

El día en que murió Franco los de mi promoción estábamos recién licenciados del colegio y, aunque allí siempre nos habían dicho que la escuela era enemiga irreconciliable del jefe de estudios, aquel hombretón corpulento, severo e imperturbable, confirmándonos la noticia y devolviéndonos temporalmente a nuestras casas, parecía decirnos lo contrario. Esa mañana algunos nos aburrimos entre Carretería y los billares del Sastre y en mitad del ocio empezamos a suponer, aunque muy vagamente, que algo de todo aquello también iba con nosotros.

En los tres años siguientes aprendimos, sobre todo, grandes ideas como que una democracia no es una dictadura, que en una democracia es posible que los dirigentes no tengan razón y, por fin, que uno de los pilares de la democracia es el derecho a reclamar que asiste a quienes creen tener más razón que los gobiernos. A falta de obreros industriales, curas contestones o semienterradas memorias nacionales que llevarnos a la boca, aprendimos de nuestros penenes estos y otros rudimentos teóricos y nos pasamos los meses ensayando protestas domésticas mientras la autoridad nos mandaba, pasillo adelante, a hacer la guerra al desierto del Ogadén.

Pero la noche definitiva nos dejaron el instituto para nosotros solos. recuerdo que el jefe de estudios (el mismo que nos confirmó la muerte de Franco) nos despidió en la puerta diciendo que también él tenía razones para quedarse dentro. Pero cerró la puerta por fuera, para alivio nuestro.

Terminábamos tercero de BUP y protestábamos por la selectividad. La Universidad debía ser para todos y no sólo para los de siempre. En una democracia no podía consentirse ese atropello y decidimos encerrarnos. A la hora de comer lo hicimos unos pocos (para ser riguroso con la historia diré que el cronista, por razones de fuerza mayor, terminó comiendo patatas con costilla en su casa) y por la tarde anduvimos por el parque de Carrero Blanco (paradojas del callejero) intentando vanamente reclutar chicas tan enfadadas con el Ministerio como nosotros. Otros hicieron dejación de la ideología en beneficio de la intendencia y compraron comida y bebida. Poco pan y menos alcohol, esto último acordado de buenas maneras con el poder constituído.

Ya no sé muy bien que cenamos y ni si-

quiera si cenamos. Recuerdo en cambio las grandes bolsas en las que vertimos el contenido de todos nuestros paquetes de tabaco. Socializamos centenares de cigarrilos celtas cortos, algunas decenas de celtas con filtro, una cantidad imprecisa de rubio nacional y alguien puso a disposición de los compañeros media cajetilla de american blend que desapareció con la rapidez que el lector imagina.

Allí nos juntamos anarquistas con socialdemócratas confesos y un montón -supongo- de los que protestan porque estaban en su derecho. Hablamos de política y de fantasmas, jugamos a las cartas, ahondamos en algunas amistades, caminamos por el pasillo, nos quedamos traspuestos en los pupitres y bancos y cuando ni en el suelo quedaba una pava de celtas cortos, empezamos a desear que llegase el día.

También debimos mear mucho porque a las ocho de la mañana un fortísimo olor acre nos impedía acercarnos a los servicios.

Es falso, sin embargo, como se rumoreó durante días por los pasillos, que, a eso de las tres de la madrugada, una facción conservadora infiltrada en el grupo estuviese a punto de reventar el encierro; nadie propaló la especie de que estábamos condenados al fracaso porque, siendo todos chicos como éramos, no teníamos una coordinadora que nos sacase las castañas del fuego.

En cambio, es rigurosamente cierto que entre los más concienciados por el problema cundía cierto desánimo al día siguiente. Habíamos descubierto que sí, que podíamos protestar, que nadie nos lo impedía. Pero también descubrimos que una cosa es reivindicar y otra que te hagan caso. Estaba claro que ese año habría selectividad y, lo que era peor, seguramente también al siguiente, cuando -ya estaríamos en el otro instituto, pero eso daba igual- nos tocara a nosotros.

Como no se fuera Suárez del gobierno no había nada que hacer.

MIGUEL ÁNGEL ORTEGA

RECUERDOS

En el aula de 1º A, el vetusto entarimado crujió bajo las botas del profesor Montenegro. La luz, al bajar indecisa desde el techo, lo envolvía todo y dejaba ver el taleguillo gris que contenía nuestros números. Porque entonces también éramos números. Yo tenía el treinta y tres, creo. Comenzó la clase de Geografía. El profesor reafirmado tras las gafas cantó "el veintitantos". A recitaba de

"carrerilla" una interminable lista de nombres, de lugares desconocidos para mí; al terminar acercó el diario a la mesa como quien lleva el santo misal y sin sorpresa recogió el nueve y pico desprendido de los dedos del profesor. "Número treinta y tres". Virgen Santa, Virgen Pura, haz que me aprueben esta asignatura. Como no di pie con bola pasó lo que tenía que pasar. Padre se enteró una semana después y me convenció con argumentos contundentes de que fuera un estudiante más constante.

> En aquel tiempo habia clases por la tarde, cuando resaltaba más el ténebre tubión de ununcies que con periódico impudor mostroba la lista negra en la que se estampaban los nombres de los transgresores de tanta desconocida norma

Doña Virginia Olalla, que yo imaginaha la dueña y señora del Villar, garabatenha nombres y versos en el encerado con los que los pipiolos emborronábamos el cuaderno. Los versos, ediosos versos, entraban a duras penas en mi cabeza. Margarita está linda la mar y el viento lleva exencia sutil de azahar. Y el azar quiso que no recordase lo del cuento, ni lo del palacio de malaquita ni desde luego sabía nada del rebaño de elefantes; además el único rebaño que yo había visto lo conducía Celestino. Padre, que habia visto elefantes en el cine pero que no tenía tampoco muy claro qué era la malaquita tras firmar la redonda nota en el diario me puso bajo la tutela de un par de cardenales que me hicieron comprender la belleza de la poesía de la Margarita de los cojones.

> El recuerdo se me muestra de un gris sucio, aclarado en ocasiones por el sol del recreo reflejado en el pan con tortilla. Siento que los dias eran interminables: clase de religión, de política, de gimnasia, de dibujo, de latin. ciencias...

Tras la doctrina de don Gustavo ibamos a jugar. El patro se llenaba de canicas de barro de a diez céntimos que comprábamos en el carrillo que había delante de la Escuela Normal. Otras veces jugábamos al tejo, y al churro, a la dola, al frontón con pelotas del Gorila... Años después los zapatos hechos a mano por el manco de "La Unica" también se manchaban con el barro gredoso del patio, pero ya no jugábamos, mirábamos a hurtadillas las revistas porno que se editaban en Francia; a pesar de la vigilancia de Don Alejo circulaban de mano en mano las fotos de esas chicas que sugerían el sexo tras una rarisima malla. Fue entonces cuando el francés se mostró como una lengua digna, por fin, de ser vivida: "La cigale, ayant chanté tout l'été..."

Con frecuencia el octavo rey Alfonso nos miraba desde la insignia del compañero y con la espada en la mano anunciaba orden y disciplina o te quito un punto, aún así las tizas volaban por las ventanas y los calcetines absorbían el olor picante de los celtas.

Aprendí muchas cosas en el Instituto Alfonso VIII. En las clases de don José Antonio Peña me empapé de didáctica y supe que podía mover las orejas. Con el profesor Manzanares me introduje en la ciencia arcana de los mímeros insoportables. Don Julián Castellanos, que en gloria esté, me enseñó tolerancia mientras le copiaba en los exámenes de Historia de la Iglesia, aún valoro su erudición y recuerdo su cojera. Hubo más, alguno sigue ocupando las magnificas butacas en las que descansa el Claustro, otros cumbiaron de acomodo y pasean felices por entre los campos. Ellos eran mi Instituto, el Instituto.

..... Si por entre los pasillos del Instituto, en la noche, deambula algún fantasma, algún eme descarnado ávido de recuerdos que yo eché, creia, en el olvido, que comprenda que nunca supe cuál era el verdadero valor de tan añeja institución, que pasé de largo, a hurradillas, buscando la fragancia de la salvia cuando roza las faldas endomingadas de las muchachas en flor.

FCO. JAVIER PAGE

RIZAR BANDERA

En ocasión tan solemne es seguro que no faltarán colaboraciones que hablen de los magnificos profesores que nos desasnaron, de los no tan magníficos que contribuyeron, lamentablemente, a frustrar incipientes vocaciones, de los queridos compañeros, en mi caso compañeras -la separación de sexos



era absoluta a finales de los cincuenta y principios de los sesenta- y, en suma, de las excelencias de una institución que, vista desde la madurez, no dejaba de ser modélica, accidentes puntuales aparte.

Mis recuerdos más fuertes son los que después me han hecho siempre sonreir, pero en aquel momento, de los 10 a los 16 o 17 años sin duda tenían un matiz trágico, entonces todo era muy importante.

Por ejemplo mi primer día de clase en el Alfonso. Trenzas apretadas por mi madre, estómago apretado por la angustia de lo desconocido, nos habían hecho formar por cursos en la terraza del Instituto, yo no sabía lo que hacíamos allí, así que le pregunté a una gordita muy puesta que estaba delante de mí, "vamos a rizar bandera", me contestó. y así fue, "la rizamos bajo la severa vigilancia del Director", que a mí, que era pequeña pero muy leída ya (que lo diga D. Fidel Cardete), me parecía el Conde Ciano.

Y rizamos y arriamos bandera por lo menos tres cursos más y nunca se me quitó la sensación de angustia, rezaba, "Virgencita, Virgencita que no me saquen", si me sacan seguro que la bandera se me atasca a la mitad", y nunca me sacaron. La rizada de bandera iba acompañada del canto a coro desentonado del Cara al Sol, éramos como 300 juveniles voces las allí formadas, pero el llegar a aquello del "que tu bordaste en rojo ayer", así como 150 nos quedábamos muditas aunque abríamos y cerrábamos la boca con entusiasmo para disimular lo mejor posible nuestra absoluta ignorancia del resto de la letra. Nunca aprendí ese resto,

Tampoco aprendí nunca lo suficiente de algunas de las materias que nos impartían, fundamentales en la vida de toda ama de casa, lo que provocó con el tiempo el que los míos cuenten entre sus filas con la anti ama de casa por excelencia, algo que no le perdonan a la institución. Por ejemplo las clases de cocina. Tengo ante mí un cuaderno forrado de vichy verde, con un tomate de fieltro recortado y superpuesto y unas letras también recortadas que ponen "Cocina", bien, si lo abrimos por donde dice -Manzanas asadas. Ingredientes, Cantidades, Modo de Hacerlo", veremos que lo que pone debajo se corresponde exactamente a los ingredientes, Cantidades y Modo de Hacerlo de los "Huevos a la Flamenca", y al revés. Sobran los comentarios. Esta clase estaba en relación directa con la de "Hogar", nunca olvidaré un párrafo de aquel libro que decía "la cama debe quedar lisa como para que una naranja pueda rodar sobre su superficie", a punto he estado muchas veces de escribir al Comité del Premio Nobel para que se lo diesen sin demora al inventor del colchón Flex".

Tengo ante mi también un pañito con muestras de costuras y piezas con los hilos totalmente ennegrecidos de tanto chuparlos en un desesperado intento de que entrasen en la aguja. Conservo también una camisita de recién nacido, en papel, con las mangas

pegadas al revés. Creo que huelgan los comentarios de por qué los míos siguen odiando a la institución en la que supuestamente me formé. He de decir, en descargo de lo antecedente, que las clases de costura eran divertidas, a veces conseguíamos que la única compañera que entonces tenía novio formal, nos leyera las recatadas cartas de amor que éste le enviaba desde su lejano destino.

Soy una incansable paseante de calles y campos, paseante sin prisas y con muchas pausas, nunca, a partir de aquellas "empololadas" clases de gimnasia, he logrado saltar arriba de 15 cm. Al ver en Toledo hace unos años la Exposición de los Instrumentos de Tortura de la Inquisición, supe que ya no tenía que ir al siquiatra, allí estaban mis pesadillas llenas de potros, plintos, barras de equilibrio, espalderas y agudos golpes de pito. En este caso, los míos están contentos y no odian a la Institución porque les salgo barata al no empeñarme en acudir a las clases de aerobic a las que acuden gran parte de mis amigas.



Lo que ya no les da igual es que, para compensar mi absoluta falta de formación musical -juro que no distingo ni las fusasme empeñe en sacar cada curso el abono al Auditorio de Galicia, sale algo caro y, además, dos días a la semana se tienen que preparar el fiambre para la cena por su cuenta. Claro que, en este caso, sólo odian cordialmente a la Institución, porque saben que de haber sido buena mi educación musical hoy estaría tocando el violonchelo -a pesar de lo ordinario de la postura- en todos mis escasos ratos libres, ante lo que les hubiera caído encima, prefieren que asista al Auditorio.

Termino con otra de mis frustraciones. Mi formación política ha sido siempre anárquiça, autodidacta e incompletísima. Y todo porque perdí el Libro Verde y no soy capaz de recordar ninguno de sus 28 puntos, ¿eran 28 o 29? Doy gracias al Cielo de que los padres sensatos de entonces, como los de ahora sin duda, se empeñasen en imbuirnos por su cuenta los conceptos de libertad, tolerancia, justicia y respeto por los demás. Es seguro que todas mis compañeras de aquellos finales de los cincuenta y principios de los sesenta perdieron el Libro Verde, porque, cuando nos encontramos, siguen siendo tan maravillosas y buenas personas como entonces lo eran.

MARIVI PARDO GOMEZ

RECUERDOS DEL VIEJO INSTITUTO

Recordar el Alfonso VIII es indagar en una serie de vivencias irrepetibles. Es difícil que los que hemos pasado por él no lo guardemos en uno de los mejores lugares de nuestra memoria. Y es que las viejas paredes y los altos techos del centenario Instituto han albergado y siguen albergando anécdotas y recuerdos propios y ajenos vividos en común.

Los primeros contactos con el Instituto sin embargo, no fueron muy gratificantes académicamente para todos aquellos que llegábamos con una dudosamente eficaz preparación escolar. Tenía fama de duro y así se nos hizo por lo que proliferaron en el primer curso los correctivos "cates" que siempre nos parecían injustos. Pero después se fueron superando asignaturas y materias a veces "in extremis" en las temidas pruebas de suficiencia donde todo había que jugárselo a una carta.

Poco a poco el Instituto nos hacía madurar. En los conocimientos y en las relacio-

Gran parte de esa labor la llevaron a cabo los profesores. Tuvimos muchos y de muchos tipos. Mejores y peores. Pero raro era el que se libraba del mote preciso impuesto a veces por varias generaciones anteriores. Eran motes que poníamos y que imponíamos, y en ocasiones hacían desconocer el nombre real del profesor.

De todos los profesores que tuvimos, hay varios que inmediatamente saltan a la memoria. Recuerdo la clase cálida y pausada de D. Fidel preguntándose y respondiéndose la cuestión de la existencia de Dios a veces callándose y amonestando silenciosamente y con mirada fija al corrillo femenino del que fluía un incesante murmullo; a las clases sabias y con alto tono de voz de D. Manuel Rodríguez Puértolas explicándonos cada rasgo y pormenor de una obra de arte; a Enrique Buendía (el "Buendi") intentando convertir nuestra anarquia en un balón y una canasta de baloncesto; a las clases desenfadadas pero eficaces de Juanjo, buen profesor que sabía latín y sabía explicarlo con su método particular, que sabía ponerse al nivel de los alumnos, y que además consiguió algo difícil e importante: ser amigo de todos y cada uno de nosotros...

Un recuerdo especial merece para mí D. Vicente Tradacete, La docencia que nos impartió excedió con mucho la de su asignatura. En el aula era un auténtico espectáculo: recitaba de memoria poemas, frases lapidarias, dichos populares, textos en latín... Despertaba vocaciones literarias. Convertía la clase en improvisado teatrillo donde todos participábamos. "Luces de bohemia", "Tiempo de silencio"... Nos enseñó a leerlas y a entenderlas. El mismo fue "víctima"

del interés que despertaba por las letras recibiendo aquellas satíricas "Coplas a D. Vicente Tradacete" de aquel joven ripiador y que comenzaban: "Deformado por el Rex/ blanco como un casquete/ no me preguntes quien es/ es Vicente Tradacete...".

En el Instituto se forjaron muchas y buenas amistades. Amigos que ya se tenían de antes o que conocimos allí por primera vez. Chule, Víctor, Marquitos, Javi, Pierre, Alfredo, Mariano... Allí pasamos juntos buenos ratos que solemos recordar juntos cada vez que nos encontramos.

Ahora el Alfonso VIII cumple ciento cincuenta años. Nuestro paso por él solamente fue de cuatro. En él hicimos nuestra historia particular. Como la han hecho y la hacen todos los que cursan estudios y viven la adolescencia en sus aulas. Dejando historias que contar. Haciendo la Historia del Instituto

JAVIER PELAYO GONZÁLEZ

¿DE DÓNDE VIENES ALFONSO VIII? (Canción nostálgica)

ualquier excusa es buena si la ocasión permite traer a la memoria retazos de un pasado que a estas alturas dormita entre la preocupación por lo inmediato y la prisa por un mañana incierto.

Si ciento cincuenta años de vida de un Instituto han supuesto o no algo en el devenir de una ciudad por donde pasaron prohombres y anónimos de muchas generaciones, cada vez más atosigadas por los vaivenes de la historia, es tarea de cronista que se hayan sumergido en biografías de éxitos o fracasos. Aquellos que pasamos por sus aulas percibimos que el tiempo ha relativizado las viejas anécdotas, las viejas trapisondas, que marcaron el carácter de esos cursos.

Lo cierto es que bajo esas recias y geométricas paredes, frías y grises, -el Instituto "Alfonso VIII"- se pergeñaron en mi memoria sombras y rostros que aún siguen vivos como la voz de aquel grandullón canoso precoz, que fue don Víctor de la Vega, quien tijera en mano, arremetía contra el carnet de puntos, para separar del incesto con la pared o el radiador de los pasillos a más de uno al que recriminaba con un "no te asobines cazurro". Largas horas de negociaciones en despachos y recreos para aprender entre todos el respeto con el que el tiempo, dificil por entonces por la transición democrática, nos envolvió alejando terrores y permitiendo, poco a poco, la entrada inevitable de otros aires. Su bata, gigante como él, era la prueba de su vocación entre el estudio de pintura y el aula. Hoy todavía corre por la exposición conmemorativa con pincel y botecillo en mano "retocando una sombra". No muy lejos anda Oscar Pinar, sonrie el "maestro"

Y del blanco pasamos al negro. Un cura sin sotana y con la juventud rozándole los talones, a quien en más de un mal trago pasimos con pérfidas preguntas sobre el pecado de las putas y su diferencia con las mujeres del mañana, ya hoy, desendas para el amor libre. El sexo, oculto, estaba el otro lado del río y al recelo de las monjas ¿Cuámos años tardamos en sentarnos en las escalinatas de piedra de los Moralejos cantando y sonando que todo iba a ser distinto en esta pulcra v sacra capital.

Fueron años de multicopista en la "Casa del Pueblo" o en la CNT. Muy pocos de entonces reconozco ahora

Angel Luis Mota, entre el teatro y la palabra justa "en tanto en cuanto", y su macstro Lázaro Carreter, barbilampiño, guevedo en las formas, su gracejo irónico permite viajar del acá al ayer en retazos de directa y franca verdad que al vuelo lanza y si puedes

Dónde están aquellos días, ya sin nostalgia, en los que bancos de cuatro palas nos sumergian entre el sudor y el vaho adolescente a Peñaranda, Peñuelas, Pérez, Plaza con lo que traian de chistes verdes, copias inconfesables y motes heredados?

Fue el primer año de rio revuelto, de dios y de su madre, donde caimos de los curas, Salesianos, y de la pública, de todas partes, y sobre todo de internado, cerrado y cutre. Entrar profilácticos era prácticamente imposible. El recado lo cumpliamos los "liberados", los externos, aquellos que compartiamos ilusiones de amores como el de Budia y/o los más viejos mercados de la pornografia local en la que observaba a la lugareña "sudar" lecho de paja con un cerdo de buenas arrobas. Una instantánea que costaba un duro verla unos segundos y hecha añicos en el momento en el que amortizó el desembolso. Aunque de amores estuvimos de acuerdo en imentar que Lola, profesora de francés, quisiera un tanto a Rodolfo por simpatía filosófica amén de tertulias de sicofonia y parapsicología en la calle de San Pedro. "No me lo asustéis más, por favor". Lástima que la hipnosis de Ortega no llegara a tanto.

Y es que otros nombres se nos vienen a la memoria por los momentos, la sorpresa o la congoja. Tal es el caso de Pilar Tolosa que nos relataba sus viejos recuerdos de piedra caliente en el abrigo al salur de casa, a unos jóvenes que jugábamos a la "huelga general" por falta de calefacción en el centro. Difícil de desentrahar como un encaje

de bolillos era compaginar la revolución con las matemáticas y don Fernando Manzanares que permitió salir del cadalso en última gracia a una pandilla de "letrillas" despistados que nos refugiábamos del griego para "no morir de éxito" con un contrincante descrinocido. Le asediábamos desde el teléfono con una supuesta partida de ajedrez tratando de devolver el disgusto por las raquíricas notas que nos repartíamos entre el cero y el uno. A ambos los recuerdo con profundo respeto.

Tanto como aquellas lecciones de historia de un "profesor" bajito con frenillo al que tanto debo los restos de mis pobres análisis y sentido de la realidad allá donde se produce. Magnifico conocedor de un marxismo que complementábamos con filosofía. Sin lugar a dudas íbamos muy deprisa, hahis que coger un tren que temíamos perder enseguida. Javier supo estar más alto que su altura es dificil olvidarlo. Como tampoco olvidamos a Jesús Ruiz, el "Sumerio", quien amplió nuestras fronteras allende los Pirineos. Porque qué bien nos hubiera venido el legado de un "Sumerio", y un "Atila", el rey de los hunos, "porque vosotros sois los otros". Tradacete en Latín, en estos difíciles momentos faltos de humor y originalidad.

Y a la postre la gimnasia de entonces. Calzón azul, camiseta amarilla, manga corta, y a correr. Balonmano y potro, cuerda y baloncesto en los recreos. Años de ilusión y entrega por la competición. Un atropello no tener para un par de botas de clavos para los campos a través. No podía ser, así que sentados un par de chalados nos fumamos un par de cigarros ante la incrédula mirada de Lidio que no tenía para más y que supo aguantarnos la rabieta, parecía un alto en el camino más que una sentada ante la puerta de la vieja delegación de deportes tras el general chapado. Porque aquella España, miento, aquella ciudad vetusta hoy no la encuentro. Símbolos que han desaparecido, y curas, amén de otros ejemplos cívicos, que buenamente ya no infunden vacuos respetos. Porque aún recuerdo frías mañanas en las que algunos de los nuestros, en determinados momentos, escondían piernas y espaldas flageladas por no sé que santos oficios.

Pasó el tiempo y los que nos quedamos aquí debimos luchar lo nuestro. Unos aguantaron todo, otros nos hicimos hueco, también labrado, en otros lares. Al final, el haber vivido casi las mismas historias con los mismos protagonistas nos hacen mecernos en nuestras vidas como los ríos a estas hoces. Alfonso VIII tuvo que pelear lo suyo para conquistar esta plaza, creo que más le hubiera costado mantenerla y hacerla crecer. Esto es tarea hoy del Instituto que lleva su nombre y el de tantos otros repartidos por nuestra amplia geografía. Aquellos rostros, estos de hoy, y sus vivencias son la faz de esta tierra.

MIGUEL ANGEL PEÑUELAS

RECUERDOS DEL ALFONSO VIII

ara mi la escuela fue una gran aventura. Atravesaba todos los días la vereda por donde iban seres misteriosas que conducían rebaños, precedidos de perros con pinchos en el cuello; me encontraba con maquis, resineros, pastores, cazadores. Salí de mi aldea, de dormir al arrullo del Júcar y llegué al Alfonso VIII de Cuenca. Pasé de



vivir en una película de John Ford y de la edad de los instintos a participar de otra pedagogía más sistemática. Había profesores huesos y malvados, pero había otros que convertían la enseñanza en un arte, en un gran espectáculo. De ellos recuerdo con emoción al profesor de Historia, que llevaba pajarita y se apellidaba Niño. Su clase era para mí tan divertida como ir al Cine España, Me enseñaron a escribir buen castellano, porque entonces se enseñaba la Gramática con precisión y rigor. Y de escribir vivo, casi desde aquellos años. De lo que escuché en la Sierra, y de las reglas que me inculcaron en las maravillosas clases de Literatura. En Cuenca se habla muy bien, incluso en los medios rurales. El Instituto, tenía unas reglas escolares muy austeras. Allí aprendí gran parte de lo poco que sé. Pero recuerdo el Instituto con melancolía, los amigos, los profesores, las profesoras, los paseos por Carretería, los primeros libros que leí en la Biblioteca. Estaban en el índice autores insospechados. A pesar de las limitaciones de la situación recuerdo que en el Alfonso VIII recibimos una educación intensa y necesaria.

RAUL DEL POZO

LA SIERRA **CONQUENSE** SIRVIÓ DE MANTO PURPÚREO AL INTRÉPIDO **ALFONSO VIII**

a sierra, nuestra sierra, da sensación de embriaguez a quién la contempla Sierras altas, verdes praderas, cumbres rocosas, cúmulo de incesante vida; océano inmenso de alegres y suntuosos pinares, hogar caliente del plácido sueño. Montes serenos que elevan sus faldas hacia el crepúsculo infinito del amplio manto celeste. En ella, nacieron varones ilustres, se forjaron intrépidos guerreros y en lo alto de esas cumbres donde uno parece tocar el infinito, la huella del aire sereno, puro y balsámico, nos conduce a sensaciones placenteras de un mundo de ensueño y fantasía.

Uno es de allí. Orgulloso de ello, me dejo envolver por su cromático paisaje. Me siento trovador de campanario, campesino sin arado, caballero sin espada, entre los jilgueros y las perdices por el día, y, el carabo y mochuelo por la noche, susurrando entre enebros, bojes, aliagas y asperillos, me parece discurrir superando vivencias de un sueño a otro como cuando se capta la onda de una emisora lejana que difunde un programa grato de oir y que se aleja y desvanece para después retornar en lúdica sinfonía.

La perdiz cuchichea en el sembrado y

pueblo, de cada aldea, innegable al sentir de sus moradores, vislumbra la personalidad de unos rostros campesinos serranos, dignos del más puro carácter de una naturaleza fructífera en belleza pero incomprendida en su riqueza.

Si de madrugada recorremos alguna elevación de nuestra sierra, una cierta neblina apenas deja vislumbrar los escasos restos de la historia ha dejado como huella. Ya el hombre del Paleolítico, entre la magia y el arte, ocupó aquí solar, albergó en su capacidad cultural el dominio de la piedra y supo plasmar su maravilloso ingenio en la roca con ciervos, jabalíes, toros y pájaros.

Allá en lo alto, montaraz, vigila el torreón desdentado, el lienzo amurallado o la puerta dintelada. Desde el puntal, otea el horizonte y su pupila navega en el remanso. Fortalezas de su tiempo, donde el moro supo marcar su propia y auténtica personalidad. En Moya, Cañete, Huélamo y Alcalá, seguidores de Mahoma enmarcaron páginas de su historia. Si a los Hawara, a los Benni Zenum y Ben Mussa debemos su arte; a los Ruiz Azagra; los Mendoza y los Cabrera, su sensación de poder; a la orden santiaguista, su revitalización agraria y señorial en una época llena de infortunios y desestabilizaciones, donde también el Cid Campeador cruzó y rindió homenaje frente al solar de Salvacañete.

En Valdemoro, el moro hizo su valle; en Huélamo, plantó palacio; en Alcalá, su alcázar y por Valdemeca, marcó camino hacia La Meca.

Pero el cristiano marcó poder y en Cañada levantó almenas; en Cardenete y Enguídanos, forjó muros y en Víllora, Narboneta y Mira, cerró fronteras.

ciento ochenta y nueve. Ocasión propicia para que fuera por estas fechas, lo más tardar, cuando el Rey confirmó y corroboró con su sello la concesión de este "Código de libertad y la prerrogativa de tamaña dignidad".

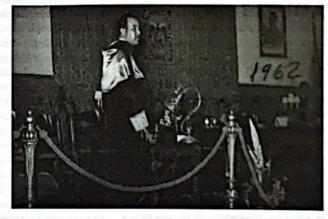
Para la historia quedan las concesiones y litigios que el rey Alfonso tuvo con la orden santiaguista. Desde su intervención premiada con aquellos honores especiales: las casas en el Alcázar, junto a las de Aben Mazloca, un molino en el río Moscas y un huerto en la ribera del mismo con la aldea de Vivera; hasta los pleitos fronterizos, en Valtablado y Villanueva. Ahí queda también ese hospital de cautivos de Santiago en ese deseo de su ansiada redención.

La figura de un rey como D. Alfonso estimuló, una repoblación y propició determinadas concesiones, donaciones y prestaciones, tanto reales como particulares que fueron dando forma a una nueva estructura conquense de carácter singular.

Favoreció a la orden santiaguista donándole en el término de Cuenca, diversos heredamientos más o menos distanciados y que, por ello, no constituyeron patrimonio del hospital de Cuenca: los diezmos de las salinas de Belinchón, la aldea de Villanueva de Los Escuderos, concedida por el Rey en 1185 y ciertos derechos de repoblación en la cañada de Val del Manzano. Estas donaciones o derechos enfrentó al concejo de Cuenca a la Orden, y el rey tendría que intervenir en una politica de naturaleza distinta, pero eficaz.

Lo que el rey Alfonso VIII quiso demostrar al conceder tales privilegios a la Orden era el agradecimiento por su apoyo y ayuda en la conquista de nuestra ciudad; pero, a su vez, estableció los resortes o propició los mecanismos de formación de la pro-





en el sauce, el mirlo trina.

En nuestra sierra, pueblos sencillos ocupados por callejas, campanarios desdentados, caserones sin blasones, voladizos de rara simetría, musgo antíguo tallando las arcadas de rejas y balcones de yedra, cincelando el yeso humilde. En su construcción, escasean las fachadas solariegas y los blasones de hidalguía, pero, entre callejas estrechas y recortadas, la argamasa, cal cemento, yeso y paja, albergan hogares cincelados por las trébedes, el candil y la especiera.

La singularidad de cada zona, de cada

Pero Cuenca es alfonsina, Alfonso el octavo que llegase hasta nosotros, conquistase y diese Fuero, concesión y privilegio, ideó la estructura para una sociedad falta de libertad y ansiosa de paz.

Alfonso VIII puso mucho empeño en su conquista: "Transcurridos nueve meses, entró en la ciudad de Cuenca, prefiriéndola a las demás. "Eligió a Cuenca como Alphonsípolis, la prefirió para residencia suya y adoptó a sus ciudadanos como su pueblo predilecto". Su hijo, el infante D. Fernando nació aquí el veintinueve de noviembre de mil

piedad urbana gracias a las actuaciones posteriores de los determinados concejos, sobre todo, el concejo de la ciudad de Cuenca.

Reconocer la figura de Alfonso VIII como forjador de una estructura singular encaminada a configurar el concepto urbano de un núcleo tan significativo como el conquense nos permite mantener vivo en el recuerdo esa figura altamente considerada y de un privilegio sin igual.

MIGUEL ROMERO SÁIZ

HE SOÑADO TUS MANOS

e soñado tus manos muertas en el Jú-

Tus manos muertas boca abajo, inútilmente muertas.

Muerte callada apretando las gargantas de un cauce absorto.

Brotan en tus manos muertas el agua y la distancia.

Los árboles sin hojas, sin ramas y sin savia miran tus manos muertas luchar contracorriente.

La noche está convulsionada, tus manos, río abajo sin más.

Mi sinrazón te sigue en tinieblas entre borbotones con brillos de plata. La luna nos acecha por álamos ingrávidos, bebiendo esta gran noche a sordos, sin descanso.

donde se ahogan tus manos y mi sueño.

AMPARO RUIZ

EL AMOR EN LOS TIEMPOS AQUELLOS

Cra enorme la distancia entre hombres y mujeres, pero el amor se daba. Era imaginario y profundo. De aquel sentido del amor destacaron en Cuenca, como en toda España, ingenios como el de Doña Rogelia y tantos otros, famosos hoy, que empezaron fraguándose en escenas de estos predios; de ahí su chispa graciosa, fuerte y constante. Sin embargo, han cambiado las tornas, y del amor post-romántico, propio, se ha pasado a un nihilismo absorbente que no deja paso a nada más, pero que no resuelve.

Las gentes sencillas, como suele ocurrir, fueron quienes mejor siguieron las grandes normas: engendraron felicidad a destellos y muchos hijos. Ahora vemos cuánto los necesitamos. Ya se advierte que está de sobra el esnobismo que luego ha sustituido a todo aquello.

Los chicos íbamos a clase por la mañana; las chicas por la tarde. Bueno ¿y qué? Ingeniábamos cualquier pretexto -pensando en las chicas- y nos pasábamos por la Secretaría del Instituto Alfonso VIII para "pagar las permanencias", por ejemplo (uno de nosotros cada tarde y los demás de acompañantes). Bajaba D. Joaquín Rojas (eximio profesor y director, dicho sea de paso) y al vernos allí empantanados nos decía: -"Venga, no me andéis ahí haciendo la pantomima..."- utilizaba este ufemismo, pero sabía de sobra que íbamos a ver a las chicas, las famosas "doce chicas" de nuestro curso. Nosotros -los varones- éramos unos cincuenta. La misma sonrisa de D. Joaquín nos animaba a seguir en aquellos escarceos, graciosos por lo que tenían de discreteo, medio vedado, que obligaba a agudizar el ingenio. ¡Qué nostalgia hemos sentido siempre de nuestros esporádicos encuentros con aquellas doce chicas! Eran como un símbolo. Daba igual la desproporción numérica. No cuadraba otra actitud en aquellos tiempos y en aquellas circunstancias. Pero ¿acaso no fue mejor así? Hay una cosa totalmente cierta: todo ha sido inolvidable. Y no es tan fácil repetirlo, aunque sí evocarlo y realmente, se hace con cierta frecuencia: en Madrid, por ejemplo, cuando nos reunimos los conquenses, cada 28 de enero, para asistir a una Misa y celebrar a San Julián, después, en la parte baja de la parroquia de Santiago se organizan unos ágapes muy amenos en los que siempre se evocan en la conversación historias de los tiempos aquellos.

En el Instituto, entonces, se organizaban excursiones, frecuentemente en bicicleta, al alimón entre profesores, alumnas y alumnos, constantemente atraídos por los plácidos parajes de Cuenca, con la cautela de su luz airosa y su saludable frescura. En estas excursiones, la familiaridad con los profesores -dentro del amor y el respeto- era la tónica dominante. Y si sentimos grato recuerdo de ello quienes entonces fuimos alumnos, no lo han sentido menos quienes eran profesores. Poco antes de morir, aún me decía D. Luis Brull: -"Todavía recuerdo dónde te sentabas...". Y es que, cuando al final de su carrera, como "profe", se trasladó a Madrid, lo único que deseaba era jubilarse, porque nunca pudo dejar de acordarse de aquellos felices años conquenses. Nuestro afecto por él y por tantos otros profesores (y por los bedeles, que eran una institución: Perfecto, Peregrín, Julián...) es algo que no abunda mucho en la órbita de la Enseñanza. Además del "Himno del Instituto", compusimos otro, en latín, no exento de ironía, pero en el que los verbos como "laudemus", con un dativo de persona, eran profusión (los verbos de "alabar" rigen dativo).

¡Y qué decir de los festivales de teatro que organizábamos entre alumnas y alumnos (aquél "Médico a Palos", por ejemplo) y en los que aquellos geniales caricatos como el malogrado Villarroya y nuestro entrañable Raúl Torres hacían de las suyas! ¡Oué éxito de representación y de público de toda la ciudad de Cuenca, muy aficionada al teatro, pero en la que no había -ni hay- un tea-

La expresión del afecto que proferíamos

ante catedráticos, profesores y alumnas era diversa, pero unánime entre nosotros. Y nuestra ilusión con aquellas chicas era muy simple: "...si hemos de vivir en casa pequeña, con un poco de felicidad que engendremos la llenaremos toda...". Posiblemente, éllas compartían -imaginariamente- esta

Al terminar el Bachillerato pasamos a estudiar a las distintas Universidades de España, principalmente a Madrid (nuestro distrito universitario) y a Valencia. Pero al Ilegar a la gran ciudad, de aquella ilusión sencilla, en el campo sentimental (y no sólo en él), hubimos de adaptarnos a otras así: -¡Qué manera de quererme!. ¡Sabías antes que mi familia que iban a subir las acciones y no eres para avisarme!".

LUIS TARÍN TORRECILLA

CRÓNICA DEL SUEÑO DE **AQUELLOS** TIEMPOS

En aquellos tiempos yo era una isla emanada, imanada de las aguas casi sexuales del Júcar. El río era mi otro yo, y la "piedra del caballo" un totem lujurioso de soplo divino, una hipótesis fantástica, un sheriff a lo Kent Maynarda, a donde a acudíamos "todos" para ser enseñados por Manitú, a nadar. Era difícil nadar, comer pan blanco y no conocíamos el olor a chocolate ni los comics; no existían ni siquiera esbozos de la acción, las únicas maquinaciones de la noche -sin radio, ni series televisivas, ni cine americano-, eran asomar los ojos a las estrellas y suspirar en las ventanas de la Calle del Peso, mientras nuestros cabellos adolescentes, infantiles, olían a brillantina: casi el único aroma, perfume, mezclado con la esencia de espliegos, tomillos y romeros de los albumes de José Algarra Maeso, experto cazador de lagartijas -y yo su ayudante-, que era un gran hacedor de herbolarios, además del líder de los malos -yo, el segundo-, condenados ambos, siempre, por D. Eduardo Dueñas, por D. Paco León, por D. Trinidad Carnicero, urbanita madrileño -del que admiraba sus corbatas, sus trajes, su compostura, su desenfado y su desafío de ojossiempre condenados al fuego eterno por las matrículas, los primeros de la clase, los números uno, los beautiful peopel conquenses, que sabían quebrados, derivadas y mixtificaciones filosóficas.

¡Hasta que llegaron los buenos y me sacaron del barro!

¿Qué quienes eran? ¡tantos!: Don Luis Brull, D. Juan Morán, Doña Mercedes, Don Enrique Cuervo, Doña Virginia, Don Antonio Martín, Luis Tarín, Villarroya, Felipe Ramírez, Roberto, Pastor Benítez, Pilar Tolosa, Gentes hermanas de Amadís de Gaula y su hermano Galaor, de Caraculiambro, el de la Insula Malinorania, del Pastor Darinel y del Caballero Platir, de los que tanto me hablaba D. Primitivo Rubio en las portadas, con olor a melones y albaricoques, de la calle del agua, lugar donde se cocía cotidianamente la vida de la ciudad, entre descargadores de seras de pimientos y naranjas en muelles secos, vendedores de rifas de garrotas dulces, drogueros de azul-añil, especieros de azafrán del Campillo, turroneros de La Parrilla y vendedores de peines que tenían un pájaro amaestrado que decía el porvenir amoroso de la tía Celestina, una vez por semana, llegada a la plaza de los Carros para traerme chorizos de Cañada del Hoyo.

Fue entonces justo, cuando florecían los grajos en los grandes palacios del Cerro de las Majestad y Federico Primero de las Mesetas del Moscas, vino a decirnos versos al aula con cenefas descarriladas, cuando descubrí, descubrimos que el Instituto, el viejo y el nuevo "Alfonso VIII", era el verdadero corazón del planeta de aquellas viejas y hermosas mañanas de primavera, y las mentes lúcidas, lejos y ajenas, permanecíamos de espaldas a Europa, mirando de reojo a los noticiarios del cine "España" o del "Cervantes" donde echaban "¿Don Quintín el amargao", "La pequeña coronela" y "La ciudad de oro", o "Fu-man-chu"; las mentes de la Juventud conquense eran felices en "el Alfonso VIII", volviendo los abrigos, llevando cada invierno la gabardinita al tinte, jugando al billar en "La Churre", haciendo "El Médico a palos" en el escenario con Don Enrique y Ilevando a hombros la Semana Santa.

Hasta que de pronto, la Cuenca diferente, la de "yo que tu no cruzaría el Júcar, forastero", nosotros los de entonces, los que ya no somos los mismos, descubrimos a Don Luis y a: "eran las siete de una calurosa tarde en la colinas de Seeonee, cuando papá Zoilo despertó de su sueño profundo... mientras la luna brillaba a la entrada de la caverna...". D. Luis Brull nos regalaba un tesoro oculto de Rudyard Kipling y su "Libro de las Tierras Vírgenes" -ahora, ¡cómo va a ser un tesoro algo que aparece hasta en los yogures!- ¡El pequeño ser vivo Mowgli y la selva lejana y misteriosa de la India o de Saba, ¡que más daba! aparecía en nuestra vida "Rikki-Tikki-tavi", "Quiquern", la gente de los hielos orientales, y los balleneros del sur, y ya nadie hablaba en clase, se ponían los ojos brillantes y uno era capaz de decir: "vamos hasta Carretería, que te invito a un helado en los Velasco", y cambiarlo por un sello, por ejemplo, mientras se imitaba a Erol Flynn o a Glen Ford hablando al revés:





"Oy eq ut Don ol rian rotefosra", con acento magnífico de Boston, jeso sí!.

Por fin mis mapas físicos eran tan casi bonitos como los de Armando Machetti González, mi compañero de banco, y Don Juan Morán me escribía un poema en el PERFIL, un día, Pablo Rubio, el gran visir de las matemáticas de las mil y una noches conquenses, me sentenciaba en un momento de amor humano: "Tu serás un gran escritor". He sido, durante muchos años como decía mi hijo, el mejor escritor de Cañada del Hoyo, ahora ya no.

Pero soy feliz rememorando los felices días en el Alfonso VIII. A veces aquel ámbito proyectaba mi ansiedad hacia otro mundo y tomaba notas para lo que entonces se llamaba el porvenir -hoy futuro-, vestido de "tomillero", con catalejo y todo, entre los inmensos bestiarios de piedra que acompañaban al Júcar vendido a Levante, sigo sin saber quién soy ni dónde me dirijo, pero lo poco que soy se lo debo al "Alfonso VIII", y a la inquietud de un profesor que nunca me estimó y si me estimuló: Don Joaquín Rojas, que quedó extenuado por estas generaciones maduras que hoy mueven todo lo conquense.

Ya escribo la "Memoria Conquense", lo que viene a significar que estoy en el prólogo del END de las películas. Eso no sé si es bueno o malo, acaso sea indiferente, porque nunca he logrado que el alcalde de mi pueblo me dé un telefonazo para decirme: "Tú sí que vales muchacho!". Ese es el misterio mágico de las Lagunas y las Torcas, que no otra cosa. Pero a esa pregunta que me hizo un poeta en Damasco: "¿Qué harías tú en el exilio?". Yo respondería siempre: "contemplaré el océano de piedra", naturalmente en la Ciudad Encantada.

RAUL TORRES

JIRONES DE MI MEMORIA CONQUENSE

Sesquicentenario... El profesor de Lengua les ha dicho alguna vez a los alumnos que ese "palabro" significa "centenario y medio" (el prefijo sesqui -indica "una mitad más": sesqui-aniversario, por ejemplo, indicaría -si se empleara- que alguien, o algo, cumple añito y medio). El Instituto Alfonso VIII de Cuenca cumple su sesquicentenario. Es mucho o es poco: ¡me parece tan joven el Alfonso VIII...! Claro: un Instituto tiene cada año la misma edad: la edad de los

He escrito eso y, al punto, me ronda la nostalgia. No hace siglo y medio, pero sí casi un cuarto de siglo ya (y eso sí que es demasiado) que subía la calle de Astrana Marín, por esa rampa que evoco ahora mismo con un calambre del corazón, un profesor de Literatura recién llegado de Francia, donde había pasado los primeros doce años de su trayectoria docente. Y transponía las recias puertas del Instituto... Empezaba en aquel momento una etapa de cuatro años, un tramo agridulce -lo digo enseguida-; pero -y lo digo con más fuerza aún- un tramo de mi vida que siento como insustituible.

Y ahora que me piden que escriba unos folios para PERFIL, se me agolpan de repente tantas cosas que no veo ni el tiempo ni el espacio para escoger, ordenar, envasar en frases y palabras... El cursor tiembla en la pantalla del ordenador... ¡Ea! Voy a lanzar espontáneamente, tumultuosamente, jirones de mi memoria que acuden a las yemas de los dedos. El ordenador, eso sí, se encargará de meterlos en dos apartados: "Paisajes con figuras" y "Los alumnos del Instituto".

Paisaje con figuras

Decidimos regresar a España por Cuenca ¿Desde cuándo nos habían seducido la ciudad y sus tierras? "La ciudad encantada -oí decir mucho tiempo antes- es la misma ciudad de Cuenca". Allí reencontramos -mi mujer y mis hijos- las raíces más hondas de esa España a la que volvíamos definitivamente. A mis hijos los llamaron "los franchutes". Pero ¡qué conquenses eran a los pocos meses!.

Las primeras impresiones que siguen dominando son las de un calor humano y una autenticidad popular entrañables. También -entonces- las de ciertas presiones y mordazas odiosas (¿o simplemente molestas?).

El Escardillo... Allí -mirad ese balconcillo, en esa proa entre la calle Estrecha y la subida de Palafox- allí estuvo nuestra casa... A un paso, ya sabéis, la Hoz del Júcar. Y la bajada a las Angustias... Y esas calles tan preñadas de sabor popular como el señorío -en el buen sentido de la palabra- que merodean por el Salvador o que trepan a la Plaza Mayor...

En nuestra casa, nos reuníamos un grupo entrañable de amigos (¿alguien recuerda
el invento de la "leche de pantera"?) Hablábamos de todo, y casi todo era importante.
Otras veces, cenábamos por ahí (¡Ah, la Posada de San Julián!) y terminábamos por la
Hoz del Huécar, empeñados en oir cantar
"la sapa". O cantando nosotros mismos el
"No nos moverán" en la Fuente del "Porlan" (como consignaría a la mañana siguiente, con fina ironía. El Diario de Cuenca, antes Ofensiva).

O nos perdíamos por el paisaje ¡Aquellas excursiones, y chuletadas, o paellas, por Tejadillos, por el Cerviñuelo, o por la Hoz de San Miguel, por la Hoz del Buey (¿en cuál de las dos se acabaron los cigarrilos y sólo quedó mi tabaco y mi pipa, que fue la mejor pipa de la paz y de la amistad?) Tantos sitios... "Esta provincia -decía yo- no hay quien se la acabe". Y uno se perdía un día entero, sin encontrarse con nadie... Y acudía a los labios la frase tópica, allí tan verdadera: "parece el primer día de la Creación".

Otra vez la ciudad... Encuentros con la gente... Cuenca es una ciudad en que uno se encuentra con gente sin parar (y no hablo sólo de Carretería). Gentes de todas clases. Si me pusiera a citar nombres, no bastarían estos folios. Pero voy a jugar a poner, como emblema, algún nombre de cada "ramo", o de algunos ramos: pintores (Zóbel), carpinteros (los Garrote), banqueros entrañablemente cultos (Nicasio Guardia), fontaneros (Hipolitillo), magistrados incorruptibles (Miguel Falomir), poetas (escogeré simbólicamente a un ex-alumno; Enrique Patón. ¡Perdón! He querido decir José Vicente Trogal)... Y profesores, compañeros... aquí, sin ninguna duda, el emblema lleva el nombre de Juan Martino, a quien debía un homenaje).

Pero, junto a él, ¡cuántas personas queridas! ¡Y qué momentos! Me veo -nos veoen "Ca Galo", llenando las servilletas de papel de diagramas sintácticos... O en la cafetería del Torremangana enredando el castellano, con el latín y con el griego... O en aquellas reuniones "secretas" en que trazamos un plan de participación de alumnos en el claustro (¡Qué herejía entonces!).

En torno, teníamos una vida cultural que yo recuerdo perfectamente proporcionada a las dimensiones de la ciudad: el Grupo VIII de teatro y, pronto, los Amigos del Teatro, el Cine Club, la Asociación de Música "Maestro Pradas"... (Casi veíamos y oíamos más cosas entonces que ahora, en una ciudad tan llena de "ofertas" y tan agobiante como Madrid).

Me vuelvo a asomar al balcón del Escardillo: desde la esquina de la tienda de Pilar baja aquel hombre con su burra (¿Cómo se llamaba, Señor?). Sube rugiendo el autobús de la Plaza. Amalia sonrie en su ventana. Mis hijos, junto a la fuente, juegan con otros chicos del barrio (¡y qué conquenses son los venablos verbales que lanzan!). La luz del atardecer, antología de todos mis atardeceres conquenses, se queda prendida de esta página...

Los alumnos del Instituto

¿Cómo eran los alumnos del Alfonso VIII hace veinte años? Sólo una cosa diré, que hoy echo tantas veces de menos: dominaba un tipo de alumno para quien el estudio, la cultura, eran algo así como "camino de salvación" (y aquí, el título teresiano se carga de significación humana y social). Claro: lo veían a su alrededor, recuerdo cómo me sorprendió la consideración social que en la ciudad tenían –teníamos– "los profesores".

Pero entremos en aquellas aulas ¡Cómo las he añorado, sobre todo desde hace algún tiempo ¿Se me creerá? No recuerdo ni un momento en que me sintiera frente a aque-

bas? ¿Nos carcajearemos ahora de los topetazos con la censura ("Delegación Provincial de Información y Turismo")? ¿Recordaremos cómo nos destrozaron aquel número especial sobre Mundo Pop? ¿O cómo nos cortaron determinado chiste, en cuyo lugar pusimos – y no captaron la alusión– la viñeta de un hermoso macho cabrío?

No he querido evitar estas notas que pueden desafinar. Antes hablé de un tramo "agridulce" de mi vida. Podría recordar también algunas admoniciones, por no escribir amenazas, antes o después de algunas conferencias mías (sobre Lorca, sobre Baroja...), gestos torvos en algún momento políticamente difícil... Pero, con la distancia de los años, todo lo que fue agrio se ha quedado en absolutamente insignificante. Y queda el enorme y gozoso peso de tantos momentos fecundos y felices.

Pero volvamos a los alumnos ¿Cómo serán hoy, me pregunto, los alumnos del Alfonso VIII? Probablemente, no muy distintos de mis alumnos del "Príncipe Felipe",



llos alumnos. Claro que los había de todos los niveles, de todos los calibres... Pero la atmósfera general era abierta, cordial... Me decían algunos que yo les sorprendía... (¿aires didácticos "franchutes" tal vez?).

Quiero evocar algo especial: aquellas actividades extraescolares de los sábados por la mañana (sí, sí: he dicho "de los sábados"). Unas veces en un aula; otras, si hacía buen tiempo, en unos bancos puestos en círculo en el patio... Leíamos poesía...; escuchábamos canciones de Paco Ibáñez, de Serrat, de Raimon, sobre poemas viejos y nuevos (y en varias lenguas españolas)...; oíamos cintas grabadas por mí con las voces de Camilo José Cela, de Julio Cortázar, de Nicolás Guillén...

Con frecuencia, el lunes siguiente, llegaban al Director del Instituto "quejas" de la vecina Secretaría Provincial del Movimiento (¡gracias, Peña, por echarme más de un capote!)...

Y PERFIL... como emblema de sus colaboradores -y de los alumnos- he de anotar aquí también un nombre: Antonio Lázaro ¿Te acuerdas, os acordáis, de nuestras reuniones para planificar, repartir tareas, llevarlas a la imprenta, maquetar, corregir pruebarrio de la Vaguada. En un mundo en que todo invita unas veces a la lucha despiadada por el éxito, otras veces al aturdimiento, algunas veces a la autodestrucción ¿para cuántos chicos o chicas tendrá sentido la lectura, el pensamiento, el arte, la cultura? ¿A cuántos se les habrá hecho sentir que "formar la cabeza" es la única manera de que nadie se arrogue el papel de pensar por nosotros, de manejarnos como a figurillas de guiñol? Desearía que fueran los suficientes como para que la atmósfera de las clases sea como la que yo recuerdo.

Las imaginación vuelve a llevarme al paisaje de Cuenca. Ahora me veo asomado a una ventana frente a un paisaje manchego (¿es en Belmonte? ¿es en Motilla del Palancar?) Me he pasado la noche corrigiendo exámenes de los chicos de un colegio adscrito al Instituto. desde la ventana, veo cómo empieza a clarear. El horizonte es dilatado. Canta un gallo, El alba parece invencible. Con esa imagen quiero terminar estas líneas.

VICENTE TUSÓN

LA HISTORIA INTERMINABLE

Es probable que estos sean tiempos muy distintos. Es más que probable que quienes llenan ahora las aulas del ALFONSO VIII lo sientan de forma muy diferente. También es verdad que están menos años y que muy distintos factores les llevan a estar más dispersos y atendiendo a

más estímulos. Pero están, y sienten, y estudian y escriben. Ellos son nuestra HISTORIA INTERMINABLE y entre perplejos e incrédulos cuentan así de tantos años desde su inevitable y envidiable juventud.

MI VIAJE AL INSTITUTO

Tengo quince años y estudio primero de BUP. El primer día del curso, cuando entré en la clase y me senté en mi sitio tuve la impresión de que no era la primera vez. es como si hubiese estado allí mucho tiempo antes. Era una extraña sensación que no entendía, pero que pude comprender unos meses después. Me ocurrió algo fantástico, difícil de creer pero que a pesar de todo quiero contar. Nadie puede imaginarse lo que se de este viejo Instituto. A pesar de mi edad, he vivido su historia, pude ver como se construía e incluso he conocido a varias generaciones de sus primeros alumnos.

Pero será mejor que explique como ocurrió. Contaré esta historia desde el principio.

Era un lunes cualquiera y en clase de lenguaje nos habían repartido unas circulares con las bases para participar en un concurso de trabajos literarios sobre el150 aniversario del Instituto. La leí y la guardé en la cartera, lamentando mi falta de conocimientos sobre el tema. No podía participar ¿qué sabía yo de sus orígenes y de sus gentes? Otra vez será, me dije.

Con esos pensamientos miré casualmente mi reloj y vi con disgusto que se había parado jy eso que era nuevo! Intenté ponerlo en marcha presionando los botones con fuerza, esperando que volviera a funcionar, pero no había manera ¡vaya birria de reloj me había comprado! De repente ese montoncito de chatarra pareció volverse loco, como respuesta a mis maniobras. Sus manecillas comenzaron a girar en sentido contrario y a una velocidad cada vez mayor, hasta que no podían verse sus agujas. Me quedé atónita y al cabo de un rato cuya duración no sabría precisar, volvió a pararse en la misma hora que antes marcaba. Yo sentí una extraña sensación. Es como si algo me arrastrara y una luz brillante cegaba mis ojos. Después comprendí que eso era el regresar en el tiempo.

Fueron unos segundos y cuando quise darme cuenta, todo a mi alrededor había cambiado. Estaba sentada en medio del campo. A mi lado había unas vacas. Menos mal que parecían ignorarme, me puse en pie aturdida ¿Qué hacía yo allí? me pregunté. A lo lejos, divisaba la torre de Mangana y también la Ciudad, aunque parecía haber

encogido. Era mucho más reducida. No había calles asfaltadas, sólo caminos. Los edificios que yo acostumbraba ver a diario no existían. Me daba la impresión de que la ciudad terminaba mucho antes de donde yo estaba. Ya no tenía ninguna duda: me había trasladado en el tiempo ¿pero cómo?

Enseguida hallé la explicación, pues mi dedo tembloroso parecía haberse quedado pegado al reloj. Pude ver la fecha que marcaba: 1 de diciembre de 1844 ¡Me había transportado hasta entonces! La fecha me "sonaba", pero no sabía por qué. Supuse que sería de algún acontecimiento histórico que en ese momento no recordaba ;para recordar estaba yo con esta "movida"!

Anduve largo rato por las calles de una Cuenca desconocida, recortada, empobrecida, silenciosa y tranquila. Faltaban muchas ristas, todos llevaban sotana. debían ser muchos más que actualmente.

A mitad de camino llegué al edificio de la Merced, entonces me vino a la mente que aquella fecha, la que marcaba mi reloj, era la de la inauguración del Instituto, y en esos momentos me hallaba en la puerta de su primera sede.

No pude resistir la tentación de pasar a echar un vistazo. Se trataba de una antigua iglesia. Era un sitio espacioso, aunque no tanto como el de mi tiempo. Calculé que el número de alumnos de allí había, apenas pasaría de los cincuenta, la mayoría eran varones, aunque en otra aula había un grupo de chicas que estaban cosiendo. Eso me llamó la atención ¿por qué no estudiaban lo mismo? Comprendí que el plan de estudios de ese momento formaba de manera distinta a



cosas, edificios, calles, también gentes y coches, en fin, progreso. En su lugar había aspectos tan distintos que no dejaba de asombrarme a cada paso. Los rebaños de ovejas y cabras cruzaban caminos que yo conocía como calles muy principales: había carros tirados por animales que hoy excepcionalmente vemos. Podía pisarse y olerse el estiercol en lugar de humo de los coches. Los vestidos de la gente en su mayoría, no indicaban lujos ni riqueza. Estaban cruzandome con gente trabajadora, hortelanos, agricultores, lecheros, leñadores, obreros que se calentaban en fogatas callejeras.

Decidí subir a la Plaza Mayor. Encontré en mi camino un número de curas y seminauno y otro sexo según su futuro papel en la sociedad. Claro, las mujeres debían ser buenas amas de casa, los hombres, en cambio, necesitaban una mayor preparación para estudios posteriores.

Observé la falta de una clasificación por edades, ya que había alumnos pequeños con otros más mayores. Me daba la sensación de que la enseñanza estaba poco consolidada, y que carecía de los medios suficientes.

Entonces decidí adelantarme en el tiempo para ver cómo evolucionaba. Esta vez procuré tener algo más de cuidado. Las sensaciones fueron las mismas, y "aterricé" en la puerta del edificio del Obispo Palafox. Tras unos momentos de asombro por lo bien que me había salido, me fijé en lo que había cambiado la ciudad en unos años. Por cierto, estaba en 1861. No dudé ni un momento en mezclarme entre un grupito de alumnas que se dirigían a clase. Ellas parecían no vernos. Era una ventaja para poder observar.

El lugar resultaba más acogedor que el anterior, mientras andaba por un pasillo largo, me iba fijando en la cantidad de alumnos que había. Debían ser ya más de cien. Esto me alegró, pero no obstante las mujeres seguían siendo una minoria y había una separación por sexo. Todavía las enseñanzas eran distintas

Mientras yo observaba la estructura del Instituto, en el que sólo se han hecho añadidos y remodelaciones posteriormente, según pude apreciar, un grupo de alumnos, cantaba el "cara al sol". Cuando terminaron y se deshicieron las filas, una señora, que luego identifiqué como la profesora de Educación Física, se acercó a mí y me dijo:

-; Entra al gimnasio, no te quedes ahí

Yo, que no salía de mi asombro, me fijé en la ridícula vestimenta de aquella señora, llevaba una especie de pololos y me dieron ganas de reirme; pero las ganas se me fueconcurso, que antes había guardado en la cartera, y me puse a escribir esta historia. que aunque no sea muy creíble, me esta haciendo pensar en repetir la hazaña, o, incluso, adelantarme a ver el futuro de mi familiar instituto, Alfonso VIII.

MIRIAN CARO H.



Por un momento me detuve para mirar a través d e una ventana entre abierta; llovía, el agua bajaba rápidamente por la cuesta empedrada que en mis tiempos, conducía al Conservatorio. hacía frío y como no quería mojarme al salir, decidí "jugar" de nuevo con mi reloj y de esta forma conocer la evolución del Centro y sus enseñanzas.

No me resultó fácil programar el reloj para "saltarme" una horrible guerra civil. Por fin lo conseguí ¿ A qué no os imagináis dónde "aterricé"? en el mismo campo donde la primera vez. Me extrañó un poco, pero sí, el asunto tenía su lógica. Enseguida pude ver cómo unos hombres estaban colocando las cimientos del que es el actual edificio. Todavía la ciudad quedaba un poco apartada del lugar pero incluso, a pesar de la guerra, había cambiado algo. He de reconocer que me quedé un poco corta en el tiempo, y aunque aquello era curioso de ver, no tuve más remedio que adelantarme de nuevo. Para mí, esto empezaba a ser rutina.

Cuando quise darme cuenta estaba en el patio interior del Instituto. Miré en el reloj la fecha: era un 25 de noviembre del año 1946, había pasado aproximadamente medio siglo desde mi visita anterior Centro Palafox, lo cual quería decir que el Instituto estaba "nuevecito", pues tan sólo hacía 13 días de su inauguración.

ron enseguida al percatarme de que yo, iba exactamente igual que ella. Cosas de mi re-

No sabría decir con precisión si la sala donde pasé era el actual gimnasio, pero en todo caso, éste no se parecía absoluto al que yo, solía ver. Los ejercicios eran moderados pero a pesar de ello, no sé cómo me las arreglé para torcerme el tobillo. Menos mal que nadie se dio cuenta, porque de lo contrario, me hubieran llevado al médico y probablemente se me hubiera descubierto "el pastel".

No tuve más remedio que disponer una precipitada vuelta hacia mis días. Antes de partir, llegó hasta mi un fuerte olor a quemado; en un principio pasó por mi cabeza la idea de que podía ser un incendio, pero pronto me tranquilicé cuando recordé que en esos años la clase de cocina era una asignatura más. Sin más demora apreté el reloj; esta vez, con seguridad, consciente de lo que hacía, y en el fondo un poco triste.

Aparecí sentada en mi pupitre, todos estaban quietos ; los había detenido! el tiempo no había transcurrido para ellos, apreté un botón y volvieron al presente.

Tuve un momento de duda, pensando si todo no habría sido un sueño o algo así, pero el dolor de mi tobillo, me hizo afirmar que cuanto había vivido era verdad.

Por eso saqué la hoja con las bases del

SIETE MESES EN UN INSTITUTO DE **150 AÑOS**

 ${f A}$ quí estoy, frente a un papel, dispuesta a escribir una redacción sobre mi instituto. No creo que habiendo llegado aquí hace escasos siete meses, pueda juzgar este lugar, pero intentaré explicar como lo veo y lo que siento por él.

Empezaré por la parte física: el primer día que llegué, me pareció un edificio enorme, lleno de pasillos y escaleras por los cuáles era casi inevitable perderse. Ahora en cambio, lo paseo todos los días y me doy cuenta de que es de estructura bastante simple. Lo mismo me pasó con mis compañeros. La primera vez que los vi, me parecieron muchísimos y todos raros y, ahora que los conozco, casi no puedo acordarme del primer día que eran extraños para mí.

A todo el mundo que le digo que somos unos ciento setenta alumnos los que cursamos primero aquí, se quedan asombrados y sin embargo, para mi, ya es habitual ver a todos y a cada uno de los novatos del Alfon-

Con los profesores me pasó tras cuartos de los mismo. Cuando los dos primeros días se nos presentaron, todos con una sonrisa en la cara y con ganas de que congeniáramos, pensé que jamás conseguiría aprenderme todos sus mombres y las asignaturas que cada unos nos impartiría. Algunos de ellos, siguen con su sonrisa y su buen ánimo, enseñándonos distintas cosas e intentando que lleguemos a sentir la misma preferencia por su asignatura que la que ellos sintieron en su día. Otros, nos han enseñado que su materia no es santo de nuestra devoción, y están ayudándonos a darnos cuenta de que cuanto más alejemos nuestra futura profesión de lo que ellos enseñan, más felices seremos. Puesto que ambos tipos de profesores nos enseñan, ya lo creamos bueno o lo creamos malo, están cumpliendo con su deber de enseñantes, por lo cual, no creo poder reprocharles nada.

Aquí sucede algo extraño: nosotros venimos, por lo cual el personal docente tiene trabajo, y se gana el sueldo. Y ¿cuál es su trabajo?. Enseñamos para que en un futuro, nosotros podamos ganarnos nuestro pan.

Hablaba antes de la estética del Alfonso VIII, y creo que sería una barbaridad no nombrar algo que a todos nos ha llamado la atención alguna vez: el verdor del instituto. Estoy segura de que tenemos el centro con más verdes de toda Cuenca. Hagamos un pequeño sondeo: el verde de las patas de las mesas, el verde de las tablas de las mesas, el verde de la pared, el tono verdoso que toman las caras de los profesores en algunos momentos, el verde de la pizarra y así, una larga lista que podría continuar.

Comencé esta redacción diciendo que iba a explicar la parte física, pero creo que la he mezclado con lo que siento por este lugar. Pero sigo pensando que debía esperar un poco más de tiempo para poder juzgar este sitio mejor.

EUGENIA CRUZ MARTÍNEZ

150 AÑOS DE UN VIEJO INSTITUTO

legas nuevo. No conoces a nadie. Sólo sabes que dentro te esperan unos malísimos profesores, dispuestos a hacer lo que sea por aplastarte suspendiéndote, sin embargo estás dispuesto a plantarles cara y aprobar.

Subes la empinada cuesta, hasta ahora no parece que estés muy perdido, cruzas la puerta principal, sabes que podías haber pasado por la otra, pero en tu primer día, tenías que hacerlo bien.

Preguntas a un achica, que parece buena persona, y por su aspecto adivinas que tiene que ser mayor, y por lo tanto sabrá dónde está tu aula. Te da las indicaciones propias y haces como si te hubieras enterado, pero en cambio, sólo has pillado la primera frase: "sigue recto y sube por la escalera de la derecha, hasta el segundo piso". Haces lo que ella te ha dicho, y en vez de encontrar tu clase, ves a un montón de gente, todos mayores y contando todas sus experiencias del verano, te gustaría ser uno de ellos, pero, sin embargo, no eres más que una novata de primer curso, que no tiene ni idea de donde está. Entonces suena el timbre, todo el mundo corre a clase, y en menos de un minuto te ves sola, sin nadie a quien preguntar, y pensando que en tu clase todos estarán sentados, escuchando atentamente las primeras

indicaciones del profesor, por lo que ya sabrán mucho más que tú.

No sabes que hacer, por lo que decides inspeccionar tú mismo el Instituto.

Conforme ves más paredes y más aulas, comprendes que no está hecho hace un par de años, si no que debe de tener por lo menos alrededor de unos 100. Hay algunas mesas muy antiguas, que te recuerdan a algunos muebles de valor, que aún guardan tus abuelas

Por fin, después de mucho andar y mirar, encuentras tu clase. Llamas a la puerta con miedo por lo que pueda suceder, pasas y ves a un monton de chicos y chicas, que como poco, durante un año, van a ser tus compañeros de clase. Encuentras un sitio vacío, al lado de una chica que parece muy simpática. Te sientas rápidamente, y comprendes que en ese momento dejas de ser observada. El profesor sigue su discurso. Estaba hablando de la antigüedad del Instituto, haciéndonos comprender lo importante que era para él y todos los profesores, y es más, que debía ser desde ese momento también para nosotros el que lo cuidásemos. Este año cumplirá 150 años, cuidémoslo, como si del primero se tratase, esta fue la última frase del profesor. Desde ese momento comprendí que el Instituto iba a significar más que un centro de estudios para mí.

MARTA GONZÁLEZ DE LERMA

CAL Y ARENA

evanto la vista de mis apuntes y me encuentro con un radiador del mismo color que la mitad inferior de todas las paredes, verde, la otra mitad de la pared es blanca o al menos lo era cuando empezó el curso.

A mi izquierda una ventana, los cristales aún conservan las marcas que el último día de lluvia dejó en éllos, una persiana que no sube ni baja, y detrás de ella puedo observar el patio interior: cuatro canastas en pésimas condiciones y dos oxidadas porterías tiradas en un rincón. También puedo observar las paredes del bloque de clases de enfrente: el tejado está en buenas condiciones y casualmente adornado por bolsas de pipas, papeles, tizas y otros menesteres. Gran número de ventanas, todas en fila, dispuestas en una pared cuya capa de pintura se cae por momentos.

Salgo del aula y los pasillos, salvo la disposición de algún banco y de alguna papelera, son iguales que las clases: blancos y verdes. Más bien parecen los de un manicomio o los de un hospital: fríos y repletos de gente que fuma, grita o come, según le apetece.

¡Que susto! de repente ha sonado el timbre anunciando el comienzo de una nueva clase. Mientras el profesor/a viene, aprovechan todos para hacer las últimas bromas del momento. De nuevo estamos dentro: la clase, más que tal parece una lata: 34 personas distribuidas en un mínimo espacio, hacen la entrada al aula "deliciosamente oloro-

Yo estoy situada en un rincón. El rincón delantero. Mi situación queda más próxima a la pared que la del profesor, casi se diría que si adelanto ligeramente la cabeza podría besar el radiador. Desde aquí, cuando se necesita mirar al profesor, en lugar de hacia adelante, precisamos dar un giro total al cuello y dirigir nuestro ojos hacia atrás. Pero de esto nadie tiene la culpa, aunque creo que hasta en el servicio estaríamos más es-

Luego llega la hora de Informática y nos trasladamos al aula correspondiente, que es tan grande, como fría. En los días de pleno invierno se hace realmente incómodo tener que articular los dedos sobre las teclas del ordenador, pues estos están agarrotados por

Es la hora del recreo. Casi todos se dirigen hacia la cafetería. Esta, sí que es espaciosa, por lo cual, más de la mitad de ella está inhabilitada. Lo que nos falta en nuestra clase, le sobra al bar.

De todas formas, no todas las aulas son pequeñas. Suelen ser considerablemente espaciosas. En realidad, la más pequeña es la 16, la nuestra. ¡Mala suerte!.

Hora de gimnasia: dos gimnasios y dos patios, uno exterior y otro interior. A elegir.

Hace unos meses resultaba todo un reto pasar por el pasillo de los vestuarios: cascarillas caían del techo, el suelo siempre mojado y con todas las pisadas marcadas, un fuerte olor a humedad... un lugar muy apto para la recolecta del champiñón. Por supuesto, era inimaginable que nadie se atreviera a ducharse allí; ni siquiera a lavarse las manos. Pero no todo es malo. Puede decirse que lo que han hecho allí es un auténtico milagro: ni el techo se cae, ni resbala el suelo, ni es necesario contener la respiración cuando se pasa por él.

Uno de los privilegios de los que únicamente nuestro instituto cuenta, es el frontón. Un frontón verde en sus inicios; ahora cubierto con nombres, símbolos nazis y otros "grafitis" en tiza.

Por lo que aquí se ha descrito podría pensarse que nuestro querido Alfonso VIII está medio en ruinas, pero no es así. Pese a ser el más antiguo de Cuenca y contar ya con 150 años (toda una historia) se conserva espléndidamente. Simplemente sufre las consecuencias de algunos descuidados

También podemos decir que es uno de

los más grandes, contando con tres plantas, más la baja, en la que se encuentran la biblioteca, la capilla, la cafetería, el salón de actos, un pequeño museo, los gimnasios y el seminario de Educación Física.

Cierto es que el Alfonso VIII siempre ha contado con muy buena fama. Nuestros padres cuentan que antiguamente, era reconocido como el más duro de Cuenca: a él sólo acudían profesores seleccionados y tenían sus alumnos el índice más alto de aprohados en selectividad. Lo primero, ya no sigue haciéndose, pues profesores que anteriormente han estado en otros institutos conquenses ejercen ahora en el nuestro Ignoro qué nivel tendrán los demás centros, supengo que actualmente será más o menos el mismo en todos, pero el Alfonso VIII sigue conservando su fama entre la gente.

Lo segundo si lo seguimos conservando. El índice de aprobados en selectividad es el más alto de todos los centros, de lo cual, nos sentimos muy orgullosos. De hecho, son ya 150 años de orgullo, un siglo y medio de enseñanza, que quién sabe cuantos genios habrán estudiado en él, y cuantos estarán por hacerlo.

MIRIAM-ESTELA MANZANARES LÓPEZ

las fotos en blanco y negro de años pasados. No me haría falta el libro de historia, ni ninguno. Me sentaría a sus pies a escuchar todo lo que tiene que contar. Todo lo que es testigo directo. Todo lo que el Instituto Alfonso VIII me puede enseñar.

Ciento cincuenta... y que cumplas muchos más.

ISABEL MARTÍNEZ DÍAZ

DOS AÑOS EN EL ALFONSO VIII

S on dos años los que llevo estudiando en este Instituto, dos años en los que me ha dado tiempo a conocer y a familiarizarme con los sistemas que aquí se emplean y con los lugares por donde voy pasando. Me acuerdo terísticas de dicho año, disfrutaba de mis días estudiando en la biblioteca, saboreaba el momento en que me encontraba entre estanterías repletas de libros en el silencio de una mañana oscura, y me venía entonces a la mente la idea de la obligación que me resultaba ya hasta simpática, aprendiendo a sacarle provecho y a hacerme a ella. En resumen 1º de BUP fue un curso divertido y agradable para mí.

Al comenzar 2º lo hice con ganas, como siempre, más pronto me dí cuenta de que esta vez las cosas no iban a ser fáciles, todo era más duro y complicado, y no te podías dormir en los laureles como aquel que dice, ahora cobraban importancia las advertencias de la gente sobre el Instituto Alfonso VIII. A pesar de esto y de que tenga que esforzarme, he de decir que un año más he tenido suerte y me ha tocado una clase, que aunque movida, me gusta, mientras sigo amoldándome a este lugar cada vez más. Y es que aparte de los estudios que aquí vienes a llevar a cabo, siempre ganas den anécdotas, buenos momentos, compañeros y malos momentos atenuados entre la agarabía de la clase, que supongo deben ser un tesoro del recuerdo al paso del tiempo. Muchas veces me paro a pensar en el día en que la nostalgia me invada recordando los años aquí pa-

VIEJOS MUROS

iendo el otro día una de esas fotografias que hay pegadas en el tablón de anuncios del primer piso en la que salian antiguos profesores, me decia a mi mismo jouanta historia tiene el Instituto! jouantas caras he visto!. Porque en siglo y medio caben muchas generaciones. Me lleva este pensamiento a la reflexión: ¿Cuántas personas han entrado por la puerta por la que entro yo? ¿Qué lievaria en su cabeza cada una, sin saber que, calladamente unos muros espian su pensamiento? Y han visto y oído tanto, tanto... : tantos suspiros, tantas lecciones, tantaos amores, tantas... vivencias. Vivencias de dentro y de fuera de los muros en los que se asienta el edificio: ha vivido el despertar de una ciudad, como también ha criado el despertar de un alumno...; ha visto engrandecerse a la ciudad y al alumno, con casas uno y conocimientos el otro. Estaba en las guerras mundiales y en las guerras intelectuales. Estaba en el paso de la historia inmortal y en el de la historia mortal. Por sus pasillos corrian y corren las vidas camino del conocimiento y sucodiéndose las vidas ...

Si los muros hablasen... no harían falta



que en mi primer día de clase aquí, la impresión que tuve fue bastante buena, aunque al expresarlo alguien me advirtió lque ya me hartaría de este lugar al cabo de un tiempo. Yo no hice caso; desde siempre éste había sido el Instituto al que había querido asistir, el que tiene fama de duro y exigente, y me sentía orgullosa de haber sido admitida. El primer año no me pude quejar, ya que todo me iba bastante bien; pero de vez en cuando me agobiaba y odiaba este edificio, una veces agradable y otras tantas serio y gris. Fue un año muy bueno en el que conviví con unos compañeros y unos profesores bastante majos. Recuerdo también una de las carac-

sados. Supongo que me vendrá a la mente la imagen de los compañeros, la buena gente con la que he compartido ilusiones, alegrías, penas, temores... Con la que he vivido numerosas anécdotas graciosas y curiosas, que quedan como algo hermoso anclado en el ayer.

Recordaré también, ansiosa de retenerlos y revivirlos ciertos momentos y lugares que en su día constituyeron para mí algo de gran importancia y que ahora se me aparecen como preciosas pequeñeces. Momentos, por ejemplo, de temor en que cierto profesor me sacaba a la pizarra yo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no caerme al suelo del sofoco y del miedo, y para que la voz me saliera del cuerpo apenas en un hilo, tras haberme hecho a mi misma serias promesas de no ponerme nerviosa. Momentos en que a mitad de la clase, escondidas y en voz baja, surgian los diálogos más interesantes; o saltaba alguien su gracia y tenías que contener la risa hasta reventar por mantener más o menos una buena conducta. O veces en las que ante algún problema todos nos hacíamos cómplices. O también momentos de concentración en los exámenes, y sonrisas y lágrimas posteriores, harán presencia en mi mente los detalles de lugares, que por no tener otra cosa mejor que hacer, sabría describir, palmo a palmo, tras previa observación en momentos de soberano aburrimiento, así como la cinta aislante azul que colgaba del techo de la clase a modo de guirnalda, los símbolos de tiza en el tablón de anuncios muchas veces junto a ingeniosos y originales carteles realizados por el personal de la clase, la pintura descascarillada que alguna vez me cayó sobre la cabeza procedente del techo, o la nuca del compañero de delante incitándome a una resonante palmadita. También el servicio lograba a veces captar mi atención con sus detalles: las dos pequeñas firmas realizadas con bolígrafo sobre la cisterna y algunas pintadas que las señoras de la limpieza hacían desaparecer como por arte de magia en cada una de las vacaciones trimestrales. ¡Ah! y se me olvidaba el banco del pasillo en el que tantas personas, entre ellos una servidora, sufrieron las consecuencia de su inocencia, involucrándose en terribles emboscadas y dándose sonados golpes. Y, por supuesto, tampoco me olvidaré de los globos que pendían del techo de los pasillos y que los caracterizaban junto con los bancos, las papeleras nuevas y los alumnos.

En fin, tras esta breve descripción pienso que nuestro instituto no se encuentra en tan mal estado como mucha gente opina, y menos para sus 150 años, que ya son años; y que se encontraría mucho mejor si todos nosotros nos dedicásemos a tratar las cosas con más delicadeza, pues este es un Instituto especial: primero por su antigüedad, lo que ya es bastante y hace todo lo demás (su aspecto serio y distinto), y segundo quizá porque, dicho sea de paso, le tengo cariño. Y por fin, llegados a este punto, la conclusión que obtengo es que el Instituto Alfonso VIII es mi otro hogar.

NATALIA MORENO FERNÁNDEZ

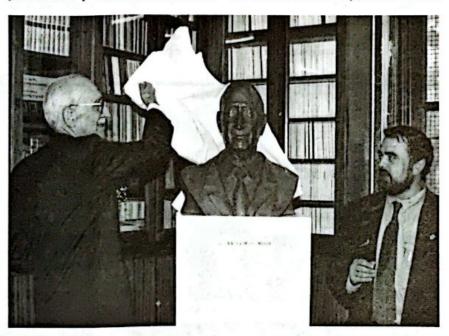
EL "INSTI" VOLADOR

Torre de control, despego - cambio". El avión de la compañía Instituto de Cuenca Airlines despega en un día nublado. Era otro vuelo rutinario para él, siempre igual: primero venía el grupo de nubes del primer curso, con las clases correspondientes: lengua, música, inglés..., luego el de 2º y después los de 3º y COU, con los seminarios

que ves ahora ¡Oh!. ¿Y esa nube? Forma la corona... ;ah! Es la de la monarquía. Está encabeza otro grupo de nubes, que termina en tu ruta".

El abuelo terminó poco a poco de explicar, y el avión, zumbando alegremente, terminó su recorrido.

Cuando aterrizaron, se despidieron amablemente. El piloto se había quedado perplejo -aunque las últimas nubes fueran algo más grises e inestables (la crisis económica)-, pero en general el vuelo había sido estupendo, tanto que no lo pudo apartar de la cabeza en unos días. Lo que más le llamó la



dispuestos como el cirrocúmulo mayor del cielo. El avión siguió volando, y aterrizó una hora después, terminando su viaje de revisión. El inspector escolar había terminado su faena: todo en orden. Pero se iba a encontrar con algo inesperado: un vivaracho anciano, que había ocupado su puesto prácticamente los 150 años anteriores, y que le había invitado a hacer un viaje con él.

"Viejo, pero no tanto, amigo: viajar es cultura y aún puedo pilotar un avión de los míos; te voy a dar una clase de historia". El inspector aceptó un poco extrañado, tomando incluso el paracaídas. Es más, tuvo miedo al ver el avión, que era de 1844. "No tengas miedo" -dijo el piloto-, "aunque el avión sea malo, sigue siendo bueno".

El viaje empezó, y el abuelo empezó a explicar, pues aquella ruta era desconocida para el amedrentado piloto.

"¿Ves esa nube? Es la de Palafox -el piloto miró con asombro: una nube llena de niños vestidos a la época comentando el privilegio que era tener un instituto en Cuenca-"Y ese alumno, ¿lo ves?, si -dijo al piloto-. Es D. Juan Martino. El estará en el viaje"

Poco a poco fueron pasando las nubes: "Mira, la del edificio de tu ruta; mira las que se deshacen: son nubes de guerra, y esas planas largas y blanquecinas son las de la dictadura franquista. Ten en cuenta que la primera de éste grupo ha cruzado todo lo atención (y eso después de innumerables reflexiones) fue el anciano, ¿cómo podía ser tan viejo y tener un espíritu todavía juvenil? ¡No todo lo antiguo tiene que ser viejo!.

LUIS RECUENCO MUÑOZ

MI ABUELO Y "SU" **INSTITUTO**

Ls muy difícil y precipitado contar la historia de un instituto como éste en una hoja de examen y además en estos momentos no conozco mucho su historia.

Sé, por lo que me contaba mi abuelo (antiguo alumno de este centro) que hace 150 años no estaba ubicado donde está ahora. Sé que los alumnos entraban con menos edad que nosotros y estaban más años. También sé que había otro tipo de disciplina. Pero todo ello es demasiado objetivo y se pue-

de conocer mirando libros, dosieres y libros editados por el centro y que se pueden encontrar en la biblioteca del Instituto,

Lo que verdaderamente llamaria la atención del lector de este texto, serían las palabras escritas por mano de un antiguo alumno, con todos sus recuerdos y sentimientos. Cantaria con emoción las salidas al pario, recordaria cómo eran las clases, la decoración de los pasillos... y un larguísimo etc...

Siendo honesto, venir a clase no me produce ninguna ilusión y estoy deseando que lleguen las vacaciones para dejar de asistir al centro

Pero cuando me disponia a hacer aparición en este instituto tenía gran emoción pues mi difunto abuelo me habia contado grandes cosas y yo tenia ganas de dejar algo en la historia.

Como ya he dicho en repetidas ocasiones, mi abuelo fue alumno de este centro. No comó ni destacó entre los demás, tal vez por modestia, tal vez porque así fuera, pero si me comó alguna felicitación recibida por el profesorado.

No es por "fardar" de abuelo pero fue inteligente y este centro consiguió que llegase a ser uno de los abogados mejores de Cuenca. Mucha gente lo quiere por ello, pues a veces me dicen ; sabes quien soy? Soy un antiguo cliente de ta abuelo, lo queria muchisimo y él era un hombre muy trahujador porque preparó el pleito buscando todas las salidas y demostró que había trabujado mucho. Esto lo he oido mucho y decinn que preparaba los casos estudiando to-

dos los libros y encontrando "mil salidas" en las leyes.

Digo todo ello no para alabar a mi abuelo, sino para dejar constante el espíritu de trabajo que este Instituto, su profesorado, ha sabido inculcar.

Este año mi abuelo iba a hablar sobre el Instituto en una cena (creo) y quería recordar a uno de sus profesores don Luis Brull de Leoz. No ha podido ser por ese desafortunado percance y por eso, por rendir honor a mi abuelo he aprovechado esta ocasión y me gustaría tener otra oportunidad antes de abandonar el centro para dejar algo de mí.

J. RUBÉN SÁNCHEZ TORRECILLA

RELACION DE PARTICIPANTES EN LA EXPOSICION

ANTONIO ABAD (25)

JULIO ABAD (39)

MATILDE ARNAL (45)

JAVIER BARRIOS (37)

J. BRIEVA (7)

AURILIO CABAÑAS (2)

JOSE M. CEREZO (47)

FAUSTO CULEBRAS (21)

DAMIAN DE DIOS (30)

VICTOR DE DIOS (44)

ENRIQUE FERNANDEZ (16)

ARTURO FORRIOL (36)

A. FRAILE (5)

ENRIQUE GARCIA COLOMA (14)

ENRIQUE GARCIA ESTEVE (18)

ADOLFO GOMEZ DE LA IGLESIA (13)

RAMON HERRAIZ (12)

ANTONIO HERRERA - LLANOS

FLORES (26)

FELIPE JIMENEZ PEREZ (42)

JOSE Mª. LILLO (38)

EDUARDO L. ARCAS (29)

LUIS MARCO PEREZ (23)

MANUEL M. CASADO (11)

LEONARDO MARTINEZ BUENO (17)

EMILIO MASEDA (6)

JESUS C. MATEO (20)

NICOLAS M. SAHUQUILLO (8)

ALFONSO MEDINA (34)

JESUS MOLINA (19)

MIGUEL ANGEL MOSET (28)

AMADOR MOTOS (1)

LUIS MUROS (41)

ADRIAN NAVARRO (27)

FRANCISCO ORTEGA (24)

RAFAEL PEREZ (43)

OSCAR PINAR (40)

A. MANUEL PINEDO (10)

JUAN M. RODRIGUEZ

FERNANDO R. DE SANTIAGO (46)

LUIS ROIBAL (3)

ALBERTO ROMERO (31)

MIGUEL ROMERO

MANUEL S. MENDEZ (22)

G. TORNER (4)

SANTIAGO TORRALBA (9)

J. L. VALENCIANO (15)

VICTOR DE LA VEGA (32)

VITEJO DE LA VEGA

FELIX VILLALBA (35)

MIGUEL ZAPATA TELLECHEA (33)

PREMIO LITERARIO

El Jurado compuesto por D^a. Teresa Olivares (Fernando Zóbel), D^a. Pilar Mampaso (Alfonso VIII), De. Pilar Tolosa (Santiago Grisolía) y D. Jesús Fernández (Hervás y Panduro), concedió los premios literarios "150 AÑOS DEL INSTITUTO DE CUENCA" Luis Enrique Buendía (A) y C. Luján Berenguel (B).

Ambos trabajos aparecen publicados en este número de PERFIL.

PARTICIPANTES EN EL CONCIERTO

CAROLINA ABAD

RUBEN AMIGO

RICARDO ASENSIO

ELISA BERMEJO

BEATRIZ CALONGE

JAVIER CAMPOS

MIRIAM CANO

Mª. JOSE CUESTA

MERCEDES GIRON

DIEGO GONZALEZ

ELENA GONZALEZ

PEDRO HUELAMO

M*. DEL MAR JAEN

ELENA LOPEZ

NIEVES LOPEZ

EVA MARTINEZ

ISABEL MARTINEZ

RAUL MARTINEZ

FERNANDO OLMEDILLA

MIRIAM OLMEDILLA

MIREN PEREZ

MERCEDES PRADANA

NEKANE RAZQUIN

AMPARO RUIZ

JUAN CARLOS SAIZ

LOLA SEGARRA

LAURA VILLANUEVA

DANIEL WIENS

UN CURSO PARA CELEBRAR 150 AÑOS

Cuando las generaciones venideras contemplen el espléndido mural de Víctor de la Vega con que se adorna nuestro Salón de Actos o admiren el soberbio busto de Juan Martino realizado por Antonio Herrera y Llanos Flores para nuestra Biblioteca, o entren a contemplar el Museo Juan Giménez de Aguilar en el que se han recogido piezas de la didáctica d elas ciencias, seguramente.

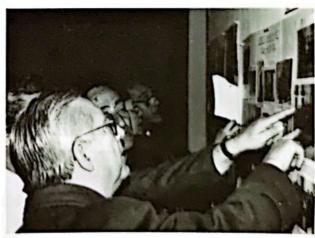
Pero desde el 1 de diciembre del 93 en que se iniciaron las celebraciones ha habido bastantes más actos. Actos que han ido desde el informal encuentro de antiguos profesores y alumnos hasta la exposición colectiva de los artistas que han pasado por la institución, un concierto a cargo de nuestros "virtuosos" particulares o una muestra de fotografías antiguas, sin olvidar diversas conferencias y, cómo no, este número de PERFIL que ahora tiene en sus manos y en el que participan un largo número de adictos al arte de la pluma (o del ordenador, que tanto monta).

Lo mejor: que la celebración ha transcendido la mera efemérides y ha servido para que de nuevo unamos manos y voces pensando en el pasado pero mirando hacia el futuro.















UN CLAUSTRO DE 150 AÑOS

No significa que los aquí fotografiados tengan cada uno ciento cincuenta años. Tampoco que la suma de las edades de todos ellos alcance esa cifra. Significa, sencillamente, que los que aquí posan en la puerta del Alfonso son los que componen el claustro de profesores actual (personal no docente incluido), continuadores de aquéllos que comenzaron en 1844 a impartir clases de enseñanza media en el edificio de la plaza de La Merced. Han pasado los años, pero a unos y a otros, y a los muchos más que entre unos y otros ha habido, animó y anima SU ENTREGA A LA EDUCACIÓN.









COSECHA DEL 94

Ahí los tienen, como un vino joven y ligeramente afrutado, los que en estas cuatro fotos posan para la posteridad son los jóvenes que este año cursan C.O.U. en el Instituto. Son la última cosecha, por ahora, y los que a

partir de junio pasarán a la categoría, por tantos compartida, de antíguos alumnos. Toda una vida por delante.

¡Suerte, muchachos!.

